

SIMONE LARI



*Los Guardianes
De la Lágrima*

— REVELACIÓN —

Los Guardianes de la Lágrima Revelación

de Simone Lari

Portada de Atelier Grafico

Foto de Portada de "Subbotina"

Traducido por María Emilia Juan López

Licencia Adquirida a través de la Página web: www.123rf.com

Obra regularmente registrada.

Ebook protegido por Digital Right Management.

© Todos los derechos están reservados al Autor.

*A ella que me ha embrujado
sin realizar ninguna magia
mostrándome simplemente su corazón.*

Este libro es una obra de fantasía.

Los nombres, personajes, lugares y hechos son fruto de la imaginación del autor y han sido utilizados de manera ficticia. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas reales, o de fantasía, que se están viviendo o han sido vividas, es pura coincidencia.

Cualquier reproducción, total o parcial, y difusión en formato digital no expresamente autorizada por el autor debe considerarse una violación del derecho de autor, y por lo tanto es sancionada penalmente.

Sumario

[Capítulo 1 – Los Dieciocho Años de Nina](#)

[Capítulo 2 – Vans y Gabriel](#)

[Capítulo 3 – Christopher y Sting](#)

[Capítulo 4 – Festejos](#)

[Capítulo 5 – Sol Negro](#)

[Capítulo 6 – Un Callejón Abarrotado](#)

[Capítulo 7 – Encuentros Imprevistos](#)

[Capítulo 8 – La Villa de Abraham](#)

[Capítulo 9 – El Chalet de Jared](#)

[Capítulo 10 – Regreso en Punta de Pie](#)

[Capítulo 11 – La Guarida de los Duergaris](#)

[Capítulo 12 – Solicitud de Mediación](#)

[Capítulo 13 – El Contacto](#)

[Capítulo 14 – Sombras Grises](#)

[Capítulo 15 – Una Comida Difícil](#)

[Capítulo 16 – El Acuerdo](#)

[Capítulo 17 – Forma Parte de Mi Trabajo](#)

[Capítulo 18 – Interludios Interesantes](#)

[Capítulo 19 – El Refugio del Enemigo](#)

[Capítulo 20 – Contraataque por Sorpresa](#)

[Capítulo 21 – A Cada Uno lo Suyo](#)

[Epílogo](#)

[Notas del Autor](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1 – Los Dieciocho Años de Nina

[sumario](#)

Un gorjeo insistente se insinuó entre las hojas de la ventana entreabierta de la habitación de Nina.

Las cortinas finas, de tonalidades lila claro, apenas se movieron, empujadas por la fresca y delicada brisa de la mañana, acompañada por los tímidos rayos del sol que desde hace poco había surgido.

Nina sonrió sin abrir los ojos.

Se encogió debajo de las sábanas, tirándolas hasta la altura de la nariz, y acunándose en su tibieza envolvente. Después, tímidamente, sacó hacia afuera los brazos, que estiró con gestos secos y poco agradados.

«Uhhmm» gimió mientras continuaba estirándose.

Finalmente abrió los ojos con iris del color verde como los prados de Irlanda. Dirigió la mirada hacia el despertador con forma de corazón situada sobre la mesita y realizó que hora era: las seis y cincuenta y nueve.

Tendió la mano abierta hacia el despertador y, apenas dieron las siete, aturdida por una melodía despiadada, se dio prisa por apagarlo inmediatamente.

« ¡Nina, baja, el desayuno está listo!» gritó la madre desde la cocina al piso inferior.

¿Pero cómo diantres puede ser así de malditamente puntual?, se preguntó asombrada, escondiendo la cabeza debajo de la almohada, con el vano tentativo de no escuchar más aquella llamada.

Con un amplio gesto apartó la manta y se sentó en el borde de la cama. Se restregó durante un largo rato los ojos aún somnolientos, y después se miró alrededor batiendo repetidamente los párpados para aclararse la vista.

Su escritorio, lleno de libros de fantasía y peluches, la mesa del ordenador y los posters colgados de la pared le parecieron repentinamente demasiado infantiles.

Hizo una mueca contrariada.

Es toda una cuestión psicológica, sólo pasó una noche. Lo que hasta ayer me ha gustado no puede resultarme estúpido e infantil esta mañana. Los gustos no cambian en una noche, reflexionaba en su interior.

Descalza buscó las cómodas pantuflas de gatitos y corazones.

Cuando se puso en pie, concedió a sus jóvenes miembros otra sesión de estiramientos matinales que, además de ser útil y agradable, habría aplazado

algunos preciosos instantes su llegada a la cocina.

Ahora estaba lista: abrió la puerta de la habitación y se dirigió hacia las escaleras, cediendo a un sonoro bostezo.

Al improviso, puso en blanco los ojos: el pie izquierdo resbaló bruscamente hacia adelante y en un instante se encontró sentada en tierra.

« ¡George!» prorrumpió contrariada, mientras con la mano se tocaba la nalga afectada.

Agarró el rollizo triceratops de goma que la había traicionado y lo estrelló con poca gracia contra la puerta entreabierta de una habitación con paredes azules y verdes.

« ¿Te has hecho daño, tesoro?» preguntó la madre, asomándose desde el piso de abajo.

« ¡No cuanto le haré a aquel zoquete!» amenazó agitando nerviosamente las manos.

«Vamos, no seas dura con él» exhortó la mujer, un momento antes que un niño travieso con carita vivaz y enfadada la ceñise por las caderas, hundiendo falsamente la cara de culpable sobre su panza.

¡Me limitaré a cortar la cabeza a todos sus malditos dinosaurios!, meditó Nina entre sí, mientras descendía cuidadosamente las escaleras.

Apenas descendió el último escalón, la madre la envolvió en un cálido y largo abrazo. « ¡Feliz cumpleaños, tesoro mío!» dijo con voz cariñosa.

«Ma-mamá, a-así me sofocas» protestó Nina que, además del apretón de la madre, se encontró con la cabeza de su hermanito hundida entre las nalgas.

« ¡Y tú, pelmazo, quita inmediatamente la cara de ahí!» le reprochó liberándose con un golpe de cadera digno de una voluptuosa bailarina carioca.

Cuando divisó el mantel colorado sobre el que reposaban la cafetera y la jarra con leche humeante, no se resistió más.

Liberándose de la afectuosidad de sus familiares, se dirigió rápidamente hacia la mesa, en donde tomó lugar.

Inmediatamente llenó una taza de café con leche, después examinó atentamente las diferentes cajas de cereales, de galletas y las diferentes mermeladas esparcidas sobre la mesa, como si no conociera de memoria la exacta composición de todos ellos, incluida la cantidad precisa de azúcares y grasas.

«Tesoro, al menos hoy come sin examinar las etiquetas» sugirió la madre.

«Es precisamente hoy que debo estar atenta: entre la comida, la cena y la tarta, me llenaré.»

«Tienes dieciocho años y estás en plena forma, puedes permitirte alguna caloría de más.»

George, que mientras tanto había ocupado su trona acolchada, agarró con las dos manos la taza de leche decorada con un T-Rex con un simpático pijama con lunares rojos.

« ¡Calorías!» repitió excitado el niño, sin conocer exactamente el significado.

Nina observó la silla vacía situada a su derecha.

« ¿Papá ya se ha ido al trabajo?»

«Sí, se ha marchado temprano, como siempre» explicó la mujer.

«Tenía la esperanza que al menos hoy, visto que es mi cumpleaños de dieciocho y que es sábado, se tomaría el día libre» proferió, indisimulando una cierta desilusión.

«Estará con nosotros a la hora de comer, no te preocupes. A propósito...»

Nina abrió desmesuradamente los ojos.

«No, ya te he dicho que no. ¿No pretenderás que me deslome precisamente hoy?» objetó preventivamente, intuyendo hacia donde quería ir a parar.

«Así será: me ayudarás a preparar la comida» dijo la mujer, confirmando sus temores.

« ¡No, Clarissa, no puedes hacerme esto, no hoy!» insistió Nina.

«Deja de llamarme por mi nombre, sabes de sobra que no me gusta.»

«Quizás porque, cuando lo hago, has superado de sobra mi límite de paciencia» refunfuñó sarcástica.

«Hija mía, tú no sabes ni lo que es la paciencia» puntualizó con tono determinante. «En todo caso, no puedes hacerme cocinar sola para un ejército de personas. Vendrán todos, los abuelos, los tíos...»

« ¡Pero si yo no te he pedido que invites a todos los parientes!» contestó entre dientes.

«Vienen desde muy lejos, casi nunca nos vemos, ¿cómo podían faltar para un evento de este tipo?»

«Por lo que me respecta, los tíos podían quedarse donde estaban. La hermana de papá no me está simpática, y tampoco mi primo. Los abuelos, beh, aparte de la terrible exhibición de dentaduras postizas, me alegra volver a verlos.»

«Lo sé bien que a tí te importan tus amigos y la fiesta de esta noche, pero también los tíos y los abuelos te quieren mucho, y desean celebrar contigo este paso importante a la mayoría de edad.»

«Ok, te ayudaré. Espero que al menos hagan buenos regalos: ¡ejército de tacaños comilones!»

« ¡Tacaños comilones, tacaños comilones!» repitió George, con tono divertido.

« ¡Nina!» le reprobó la madre señalando a su hermanito, ya repitiendo la frase como un loro.

La joven hizo señal de coserse la boca, y después de haberse engullido su café con leche, corrió a prepararse.

Después de haberse concedido una larga ducha, se detuvo a mirarse al espejo: se encontraba atractiva con la toalla envuelta alrededor de la cabeza y la piel aún humeante. Después, para no tomárselo muy en serio, poniendo morritos, se imaginaba ser una diva del viejo cine condecorado.

Después, vino el momento de aplicarse las cremas hidratantes, que se deleitaba con una lentitud casi ritual; por último se miró de nuevo para realizar un atento examen. La larga melena castaña, apenas secada, le caía a mechones sobre los hombros, con una consistencia adecuada: el suavizante había hecho su trabajo. Continuó y, analizando su rostro, hizo un guiño, mientras apuntaba malamente un fastidioso grano con una sospechosa punta blanquecina. Inmediatamente extrajo del mueble de baño todo lo necesario para resolver aquella imprevista amenaza.

Como si estuviera preparando cuidadosamente un set de instrumentos de tortura, colocó pinzas, copos de algodón, maquillaje y una cantidad exorbitante de otros productos en vilo sobre el borde del lavabo, después enderezando dos dedos finos de uñas brillantes, con la mirada y el pulso determinado abordó la cuestión de frente.

Finalizado el trabajo de restauración, se detuvo aún un momento para fijar su imagen reflejada, después dirigiendo su mirada hacia abajo, mientras observaba sus senos redondos y pequeños que despuntaban del modesto sujetador rosa.

Los agarró con las manos y los levantó, apretándolos el uno contra el otro. Examinando el efecto, realizó una mueca contrariada.

¿Vosotros no queréis saber nada de crecer un poco, eh? Tengo que comprarme un sujetador efecto push-up, pero uno de esos que hacen milagros.

Se prometió que por la tarde iría de compras, después de la comida forzada con todos sus parientes. Algo le decía que sus amigas ya habían pensado en algo similar, algo provocador y a la vez útil, pero ella quería estrenarlo esa misma noche.

Tenía curiosidad por saber que efecto habría hecho a sus compañeros de clase, y comprobar si un buen amigo suyo habría notado o no la diferencia.

Continuó a prepararse para la memorable jornada, y un maquillaje ligero fue

el toque final. Muy diferente hubiera sido aplicar una mano de color con una cierta fantasía. Tenía la intención de dar lo mejor de sí aquella noche en la cena con sus amigos.

Capítulo 2 – Vans y Gabriel

[sumario](#)

Vans se detuvo un instante en el umbral de la puerta, escrutando perplejo primero la fachada en mal estado, y después la oscuridad que reinaba dentro de la casa.

El ruido de una persiana que crujía anticipó una flébil luz que, tímidamente, combatía las tinieblas, desvelando débilmente el ambiente.

«Da asco» comentó el joven de ojos implorantes y gesto adolorado, apenas entrevió el mobiliario en estilo años Sesenta y la nube de polvo que flotaba de frente a él.

«A ti no te está nada bien» farfulló Gabriel adelantándolo ágilmente, a pesar de la pesada mochila que llevaba en la espalda y la maleta en la mano.

« ¡Está atento!» le puso en guardia, llevándose al pecho un transportin en el que se asomaba una gata atigrada.

«Mueve el culo, chaval, no permanezcas inmóvil» resonó una voz arisca desde dentro de la casa, un instante antes del enésimo crujido siniestro producido por una desgastada persiana.

Vans entró refunfuñando palabras incomprensibles.

«Jared, ¿me puedes repetir el motivo por el que hemos vuelto a esta ratonera?» preguntó con tono despreciativo.

«Te recuerdo que esta ratonera es mi casa, y que eres mi invitado, pero si lo prefieres siempre puedes dormir afuera. ¿Te ha siempre gustado acampar, no?»

«No en pleno invierno y sin mujeres.»

«Mira que después de todo no está tan mal» intentó de convencerlo Gabriel, «hemos estado en lugares peores.»

Jared se acercó a los dos, jadeando. Los pesados botines y el paso hicieron crujir el rígido parquet de madera.

Unos ojos rasgados, miraron a corta distancia.

La estatura de los tres era casi idéntica, pero Vans era mucho más robusto que Gabriel, que tenía un físico seco, mientras que Jared tenía algunos kilos de más.

« ¡Vosotros dos, gilipollas, si habéis dirigido mejor el caso de la mujer demonio en Larson City, ahora no tenéis por que estar obligados a realizar esta labor!»

« ¡Pero qué estás diciendo, hemos realizado un trabajo ejemplar!» objetó Vans, seguro de sí mismo.

«Ehm, sí, ha ido todo... *bien*» intentó confirmar Gabriel.

« ¿Todo bien, decís? Omitimos el hecho que el padre que habéis eliminado fuera humano, y que os habéis hecho ayudar por una joven vestida con un traje de látex negro...»

« ¡Piel! Se trataba de un fastástico traje de piel que le hacía un buen *culo*...» La expresión extasiada de Vans mientras recordaba aquel cuerpo sensual se tropezó con la seria y oscura de Jared.

«Os han visto: a vosotros y vuestro coche. Os habéis dejado espiar por una vieja cotilla con prismáticos.»

«Sí, pero la descripción que dio a la policía era muy imprecisa, y no hemos dejado huellas» argumentó eficazmente Gabriel.

Emitió un bufido que le despeinó las cejas, y dándose media vuelta y con aire impaciente Jared se pasó una mano sobre la frente. De repente se puso a toser por haber inspirado demasiado polvo.

«Tío, ¿acaso nos estás escondiendo algo?» supuso Vans mientras metía los dedos entre las rendijas de la jaula intentando acariciar la gata.

«Sí, no sé, regresar a Persépolis después de tantos años... ¿por qué?» preguntó Gabriel.

Indeciso, Jared rebuscó dentro del bolsillo del sobretodo y extrajo una hoja arrugada de pergamino.

Les indicó de seguirlo a la mesa, donde con el brazo apartó los cachivaches que se habían acumulado encima, después abrió la hoja y la desplegó.

«Mirad aquí.»

Los dos jóvenes se acercaron; Vans apoyó delicadamente el transportín sobre el sofá grisáceo debido al abandono, y después observó atentamente el escrito.

«Uhm, es latín, me parece.»

« ¡Claro que es latín! ¿Lees otras cosas además de cómics? Gabriel, ¿puedes iluminar por favor?»

El joven acercó el mensaje al rostro y lo examinó.

Su expresión se hizo cada vez más preocupada. En lugar de traducirlo literalmente, se apresuró a especificar el contenido, que Jared conocía muy bien.

«Es una trampa, la ha puesto un vampiro anciano de la estirpe Tremein de Stoneridge.»

«Es imposible: ¡los hemos eliminados a todos esos capullos!» contestó Vans.

«Pues parece que no. Uno de ellos sobrevivió y escapó, aquí non dice dónde, y ha advertido a la estirpe, aportando una descripción detallada de los dos cazadores que han eliminado a sus jóvenes servidores.»

« ¿Y, que es lo que cambia? ¿Saben quiénes somos? Pues si quieren que vengan, nos facilitarán el trabajo. No tendremos más que ir a buscarlos» comentó Vans con frivolidad.

«Regla número uno: ¡un cazador no debe nunca convertirse en una presa!» lo reprochó Jared.

«Claro, tío, lo recuerdo bien.»

«Durante un tiempo os mantendréis tranquilos y alejados: nada de discusiones, ya lo he decidido. Y ahora id a descargar la furgoneta.»

Los dos si dirigieron intrigados hacia la puerta.

Primero un ruido seco, después atenuado, proveniente de debajo de la bota de Vans, les hizo levantar los ojos hacia el cielo.

«Es solamente una pequeña cucaracha o, mejor dicho, *era*» precisó Gabriel sonriendo.

Una vez fuera, se dirigieron a la furgoneta del tío. Se cargaron de bolsas y se apresuraron a entrar.

«Cuando nos trata así no lo soporto. Es un pedante, y después inicia a recitar sus estúpidas reglas tipo Gibbs de NCIS.»

« ¿Pedante? ¿Dónde has escuchado esa palabra, en la radio?» dijo con tono irónico Gabriel.

« ¿Me estás tomando por un estúpido?» respondió Vans contrariado, «La he sentido en televisión» admitió después.

Una vez que acabaron de descargar las maletas, regresaron con el tío, que estaba chanchullando en el cuadro eléctrico para activar la corriente.

« ¿Cuándo te vas a decidir a desguazar aquella chatarra de ahí afuera? Ni Chuck Norris se dignaría en conducir ese trasto» lo desafió Vans, a pesar de saber perfectamente cuánto el hombre quería a su furgoneta.

« ¡Mira quién habla! El único americano en comprar un modelo de coche europeo, un monovolumen.»

«Escucha una cosa, sobre mi coche no se discute. ¡Un color brillante como el suyo no se encuentra, y además no consume nada!» protestó.

«Escuchad una cosa» dijo Jared, cortando la discusión, «os he encontrado unos trabajitos para hacer, al menos estaréis ocupados y ganaréis dinero honestamente, una vez cada tanto.»

« ¿De qué se trata?» preguntó Gabriel.

«Para ti he encontrado un trabajo como dependiente, en una droguería cerca de aquí, mientras para Vans un buen trabajo manual: leñador.»

« ¡Ei! ¿Por qué los trabajos pesados siempre los tengo que hacer yo?»

« ¿Quizás prefieres trabajar en el almacén?»

« ¡Jamás! ¿Dónde está mi contrato?»

Gabriel se echó a reír.

«Estos son vuestros documentos. He cambiado las condiciones generales y el apellido: a partir de ahora seréis los hermanos Brawn.»

« ¿Te has vuelto loco? ¿Hermanos nosotros? ¡No es creíble!»

«Los dos sois altos y castaños.» Jared captó la mirada de objeción de Vans. «Ok, el tuyo es más oscuro y él tiene algunas efélides, pero en el fondo os parecéis bastante, por lo que tenéis que esforzaros para que vaya bien la cosa. ¡Ah, como podéis ver, para ayudar a vuestras cabezas huecas a no confundirse, he dejado vuestros verdaderos nombres en los documentos, apreciadlo!

«Me gusta mi apellido, no estaría mal poder usarlo una vez cada tanto»

«Regla número dos: *no utilizar nunca las verdaderas generalidades*. Además Kelsing es un apellido difícil de llevar» argumentó Jared.

La mirada de Vans se perdió en el vacío, y su lengua suelta se frenó de golpe. Gabriel le apoyó una mano sobre el hombro y lo movió con fuerza.

«Vamos a acomodar nuestras cosas» propuso.

Los dos iniciaron a llevar algunas maletas al piso de arriba, donde estaban situadas las habitaciones.

Frotándose la frente, Vans se recordó de tener aún que soltar a Kira. Por lo que recuperó la jaula y la llevó consigo al piso de arriba.

Cuando llegó delante de la puerta de su habitación, la abrió dando un golpe seco con el hombro que por poco no arranca la hoja de las bisagras. Apartó la nube de polvo con amplios gestos de la mano y buscó rápidamente el interruptor.

Lo pulsó y una lamparilla que colgaba solitaria del techo se iluminó parpadeando.

« ¡La luz funciona!» gritó para que Jared lo escuchara desde el piso de abajo.

Una vez que apoyó el transportín sobre la cama con mantas desgastadas y disecadas, se dirigió hacia la ventana. La abrió para ventilar la habitación y tener más luz. Los estúpites crujieron un poco, pero sin poner mucha resistencia.

Así constató con gusto que al menos la vista no era del todo mal.

El refugio de Jared se encontraba a pocas millas del centro de la ciudad, pero los abundantes árboles y la vegetación espesa lo rodeaban por completo.

Por primera vez desde que habían llegado, Vans sonrió brevemente, hasta que un largo milpiés no le caminó sobre los dedos.

« ¡Aaah, que asco!» gritó moviendo la mano.

« ¡Venga hombre!, ¿luchas contra las criaturas de la noche, y después te dan

miedo los insectos?» lo humilló Gabriel desde la puerta.

«No me dan miedo, me dan asco, que es diferente.»

«Sea lo que sea, un poco de miedo no nos vendrá mal, incluso creo que lo necesitábamos.»

«No me digas que retomarás tu rutina de buen boy scout: ayudar a las ancianas a cruzar la calle, dar paso prioritario al autobús y, sobretodo, ir con regularidad a la misa.»

«No, sabes que desde hace tiempo lo he abandonado» replicó triste, «pero ayudo siempre a las abuelas a cruzar y si tengo oportunidad cedo el paso a alguna bella dama» dijo irónico.

Vans esbozó una sonrisa, después dirigió la mirada hacia el horizonte y suspiró.

«Sabes, venía cuando era pequeño a este lugar, y conservo aún buenos recuerdos.»

« ¿De verdad? Bueno, en fondo no es así extraño, Jared es tu tío.»

«En cambio es extraño. Es muy extraño estar aquí sin mi madre, sin mi padre...» Deglutió, apretando los puños.

«Estamos yo y Jared, somos nosotros tu familia y te queremos mucho» replicó amagando un abrazo.

« ¡Ei, estate quieto! ¿Lo sabes, no? Demasiado afecto: soy alérgico a estas cosas.»

Gabriel le asestó un puñetazo sobre el hombro.

«Lo sé, lo sé: era una broma.»

Volvió a entrar en su habitación a acomodar sus cosas, e poco después, la voz de Jared resonó del ojo de la escalera.

«Ah, me olvidaba de deciros que Lynn vendrá aquí en unos días; se quedará con nosotros un tiempo, ¡más tarde os explicaré mejor!»

« ¡Bien!» respondió Gabriel.

« ¡Nooo!» rezongó Vans, « ¡Nos faltaba esto!»

Finalmente se decidió liberar a la gata que, tímidamente, comenzó a salir poco a poco. Moviendo las vibrisas aspiraba el aire, y miraba atentamente a su alrededor.

Colocó la pata derecha fuera de la jaula, y con cierta dificultad debida a la apertura estrecha que a la falta de la izquierda, finalmente salió y brincó sobre la cama.

«Uhm, parece tranquila, al menos no hay espectros o cosas extrañas en la zona» constató Vans, aliviado.

Se acercó para acariciarla delicadamente sobre la cabeza y debajo del mentón.
«No le digas nada a aquel cascarrabias de Jared que te dejó estar sobre la cama. Será nuestro secreto, ¿ok?»

Capítulo 3 – Christopher y Sting

[sumario](#)

Un flamante coche deportivo de color rosa, con los cristales tintados, atravesó como una bala el callejón pasando por delante de una antigua mansión de estilo colonial. La gravilla de la tierra era lanzada lejos del derrape de las ruedas.

Estaba por atardecer, pero una medialuna de color anaranjado intenso aún se asomaba por encima de la cima de los árboles.

Realizando un brusco viraje, el coche se detuvo muy cerca de la entrada.

Algunos guijarros saltaron sobre el lateral de un sedán negro, este también con los cristales tintados, rayándolo inevitablemente, mientras que otros no tuvieron reparo en chocar contra el radiador de una Harley que estaba aparcada a unos pocos metros.

El coche dio tres veces el gas profundamente, y después de un estruendo del motor, se apagó.

Un joven pelirrojo con peinado hacia atrás, con grandes gafas oscuras, una cazadora negra de piel y unos pantalones vaqueros apretados, salió rápidamente del coche.

Calándose la capucha en la cabeza, del asiento del lado pasajero agarró un contenedor para transportar material biológico y cerró fuertemente la puerta, después alcanzó la puerta de entrada que se abrió de par en par.

Un humo sutil inició a desprenderse de su figura.

En el umbral, el joven, masticando con la boca abierta un chicle, se dirigió hacia el sol que ya estaba cayendo para mostrarle orgulloso el dedo corazón que tenía envuelto en un guante oscuro.

Un brazo fuerte realizando determinado apretón lo aferró por los hombros, tirándolo hacia atrás.

La maciza puerta se cerró realizando un sordo estruendo y el ligero humo desapareció rápidamente.

«Sting, eres un estúpido» sentenció un joven alto y fuerte, con espeso pelo negro enmarañado.

« ¡Y tú, *Christopher*, eres siempre un maldito perfeccionista, mojigato y aguafiestas!» replicó con tono despreciativo.

«Abraham está por despertarse, ¿has cogido las bolsas de plasma?» preguntó perentorio, evitando responderle a tono.

«Sí, aquí están: bien frescas. ¡Puag!» Mostró el contenedor blanco con un

gesto de disgusto.

«Es inútil que hagas siempre hagas la misma parodia. Este es el método que utilizamos para nutrirnos, acostúmbrate» le reprochó Christopher y, quitándole el contenedor de la mano, se encaminó hacia el salón que estaba adyacente a la entrada.

Una imponente rampa de escaleras de madera oscura se abría sobre el piso superior, acompañada por dos hileras de pasamanos finamente decorados.

«Finalmente el pelirrojo ya llegó» dijo con tono ácido una joven con vestido oscuro ajustado, desde la cima de las escaleras.

« ¡Alyna, tesoro, que pálida que estás! La próxima vez convendría que vayas tú a buscar el desayuno al viejo: un poco de sol no te vendría mal, pero no te me vuelvas demasiado crocante» replicó Sting con un intenso sarcasmo.

La joven replicó con un guiño irónico, y después miró a Christopher que, con paso rápido y garboso, la alcanzó en muy poco tiempo. Intentó adelantarla, pero ella lo detuvo poniéndolo una mano sobre el pecho.

Sus profundos ojos negros se hundieron en los de color azul claro, casi blanco, de Alyna.

La misma mano bajó procaz hasta el abdomen, para después continuar, intrépida y anhelante, hacia abajo.

Christopher observó torvo aquella sonrisa complaciente, que de repente se convirtió en una mueca contrariada cuando él, con un gesto repentino, eliminó aquel contacto inoportuno antes que se posase sobre la ingle.

Ella respondió arrebatándole de la mano el contenedor y argumentando: «Entrego yo el plasma a Abraham, sabéis de memoria que no le gusta nutrirse delante vuestro.»

Y diciendo esto se encaminó hacia una de las habitaciones del segundo piso. Christopher la seguía atentamente con la mirada, hasta que ella, al percibir sus ojos encima, no se detuvo.

Abrió el contenedor, del cual salió una fina condensación fría que no le dio ningún fastidio, y extrajo dos bolsas de plasma para lanzárselas con precisión entre las manos.

Él le hizo una seña imperceptible con la cabeza y volvió a bajar las escaleras, mientras ella desaparecía en la oscuridad del pasillo.

Cuando llegó ante Sting le dio una de las bolsas. «Ten, tu ración.»

«Ni de broma, bonito. ¿No sabes qué día es hoy?»

«Es sábado, veintidós de febrero, para ser exactos» respondió, sin disimular una mueca apenas esbozada.

«Muy bien, míster calendario. ¿Y sabes también lo que me sucedió, exactamente doscientos años atrás, durante una gloriosa noche?»

« ¿Perdiste la virginidad tal vez?»

«No, esa ya la había perdido hace tiempo. Adopté mi estado de vampiro.»

«Bien, entonces felicidades. ¡Bebe!» lo indujo pasándole nuevamente la bolsa.

« ¡No, no se habla! Esta noche salimos a buscar sangre caliente, que brote de la piel lisa de alguna bella joven. No tengo la intención de beber esta asquerosidad buena solamente para las transfusiones.»

«Non lo podemos hacer, lo sabes bien.»

«Mira que no quiero matar a nadie, solo pretendo nutrirme como se debe, al menos esta noche» dijo con mirada implorante. «Y el deseo de sangre no es el único que pretendo apagar...» añadió guiñando un ojo.

«Hagamos un pacto: tu bebe tu ración, ahora, de frente a mí, y esta noche te acompaño al bar que tú quieras» propuso Christopher.

« ¡Está hecho!» exclamó Sting, agarrando la bolsa de plasma donde hundió los caninos.

Su rostro apenas se transfiguró, las iris de sus ojos se dilataron y los bordes se volvieron de color rojo bermellón; la expresión se volvió severa y contraída.

El rostro se volvió normal, adquiriendo mayor colorido, apenas acabó de nutrirse.

Christopher hizo lo mismo, mientras Sting se secaba los labios pasándose la lengua con avidez.

« ¡Abraham quiere hablar con vosotros!» anunció Alyna desde el piso de arriba.

Sting blanqueó los ojos molesto, mientras Christopher le dio un empujón llevándolo fuera de la habitación.

Los dos alcanzaron a la joven en el piso de arriba, y juntos se dirigieron hacia el anciano.

A pesar que la casa mostraba los ricos fastos de un antiguo esplendor, el salón era seguramente el ambiente más cuidado y característico.

Cuadros que representaban batallas campales y antiguos castillos colgaban de las paredes. Una imponente chimenea, decorativa más que útil, dominaba la pared este. Alfombras pesadas con tramas entrelazadas con extrema maestría embellecían los suelos.

Un mobiliario antiguo y gusto refinado, perfectamente íntegro, se disponía con arte en la sala.

La decoración era completada por un amplio sofá de piel con delante una

mesita realizada en madera de ébano de forma rectangular y tres sillas, cuyo aspecto rígido y austero podía preludiar perfectamente su incomodidad.

Abraham, que a juzgar por su aspecto y por la vestimenta no era muy diferente a un noble de campo que rondaba los sesenta años, estaba sentado inmóvil sobre el sofá, con los brazos extendidos y la mirada determinada dirigida hacia la entrada.

Posó sus severos ojos indagadores sobre los dos jóvenes, después les invitó a acomodarse con un claro gesto de la mano.

« ¿Señor, quería hablar con nosotros?» preguntó educadamente Christopher, mientras ocupaba la silla situada en el centro.

«Uhm» refunfuñó quedamente el anciano, asintiendo, esperando que Sting y Alyna tomaran lugar.

«Acabo de enterarse de una serie de noticias alarmantes» sostuvo con tono extremadamente serio. Su voz fúnebre resonó en la sala como un macabro presagio. «Un núcleo de la estirpe Tremein ha sido exterminado, a manos de dos jóvenes cazadores.»

« ¿Eso es todo?» preguntó Sting, sorprendido. «Por su tono de voz parecía que tenía que anunciar alguna desgracia.»

«Sting, cállate» le reprendió Christopher con voz complaciente.

Con pocas ganas, bajo la mirada amenazadora de Alyna, el joven contuvo su desinterés.

«Las estirpes han decidido bajo un acuerdo común organizarse en pequeños núcleos, compuestos por un anciano y tres discípulos, para evitar llamar la atención y atraer a cazadores.»

« ¡Y no han hecho bien!» objetó Sting. «La unión hace la fuerza. Divididos, en cambio, somos más vulnerables.»

«De hecho los ancianos con un alto linaje, sin desprestigiarlo a usted, Señor, residen en fortalezas bien defendidas, con un muchos discípulos y vampiros expertos. Esto contradice la hipótesis que separarse pueda ser una defensa eficaz» ilustró Christopher.

«Exacto. Quizás él se ha explicado mejor, pero yo entendía exactamente la misma cosa» replicó Sting.

«No podemos vivir todos en fortalezas, como los ancianos de alto linaje» aclaró Alyna. «Eso es un privilegio para pocos, que va meritado. Deberíais estar agradecidos con Abraham por habernos ofrecido su protección y sus preciadas enseñanzas.» Diciendo esto dirigió al anciano una mirada colmada de falsa admiración.

Este le devolvió una sonrisa grata y un ademán de asentimiento.

«De todas formas, la estirpe Tremein meritaba su extinción» comentó Sting, con tono despreciativo. «Son la vergüenza de nuestra especie, una raza extremadamente limitada, capaz solamente de rodearse de humanos como guardianes diurnos y de crear descendencia débil y completamente sometida a su creador.»

Christopher observó la intolerancia manifestada por su amigo. Sabía cuánto despreciaba la idea de tener que vivir bajo el constante control de un anciano, y compartía todo el desprecio por su condición subordinada.

Pero a diferencia suya, conocía bien cuáles eran las ventajas de convivir con reglas y dentro de los muros de la estirpe: un lugar seguro donde poder vivir, la protección de su clan y la seguridad de tener sangre sin tener que matar a nadie.

La esperanza de supervivencia de los vampiros que decidían vivir errantes sin reglas, solitarios o en pequeños grupos, era muy baja.

Los miembros de otros clanes o los cazadores decretaban un final prematuro. Los primeros, movidos por la eterna rivalidad entre razas, atacaban a todo aquel que no estuviera bajo la protección de su estirpe. Los segundos porque a menudo los errantes se nutrían de manera tradicional, matando a numerosas víctimas.

«Los Tremein eran una estirpe numerosa y potente, muy prolífica. El hecho que se encuentren en extinción nos debe hacer reflexionar, e inducirnos a ser cautos.»

«No tenga dudas, seremos muy cautos, *señor*» concluyó Sting.

Con un ademán exasperante, el anciano les indicó la puerta, concluyendo la conversación antes de tiempo, pero apenas el joven y rebelde vampiro agarró la brillante manija de latón, su voz resonó oscura a sus espaldas: «Espero, por tu bien, que te comportarás como se debe, ahí afuera. No me gustaría tener que prescindir de tu compañía.»

Sin girarse ni replicar, Sting abrió la puerta y salió decidido.

Cuando los tres llegaron a la boca de las escaleras, Sting se relajó. «Uff, por un momento he pensado que quería imponernos el toque de queda, como si fuéramos un grupo de adolescentes granujas» ironizó con el tentativo de desdramatizar la amonestación del anciano.

«A pesar de tener dos siglos escasos de vida, aún conservas la estupidez típica de los adolescentes» afirmó despreciativa Alyna, antes de retirarse a sus aposentos.

«Acaba de jugarse la salida de esta noche. De todos modos no la habría invitado a salir con nosotros.»

«Abraham no ha dicho sandeces. El final de una estirpe no es una cosa que no debe tenerse en cuenta. Es señal de los tiempos que corren. Los humanos están bien organizados y adelantados, los cazadores son numerosos y conocen bien nuestros puntos débiles» dijo Christopher, preocupado.

« ¡Mira, Chris, yo creo que te estás confundiendo! Esta época es maravillosa para nosotros. Las chicas adoran los vampiros y a todo aquel que se parezca a ellos. ¿Has visto cuánto son fascinantes y desinhibidas? Es muy fácil conquistarlas. ¡Después están el cine, la televisión, las redes sociales!» enumeró extasiado.

«Tú aprecias demasiado el siglo XXI, yo en cambio extraño el siglo XIX.»

«Es necesario saber adaptarse para sobrevivir. Tenemos que ser el ejemplo de esta oportunidad. Tener el privilegio de vivir las épocas y los cambios de la condición humana, ser testimonios y jueces, ¡es un don y un privilegio! Yo me aburriría si la sociedad no cambiase así rápidamente en cada generación.»

«Quizás algo de razón sí que tienes» concluyó Christopher, suspirando.

Capítulo 4 – Festejos

[sumario](#)

«Muchas felicidades, querida. ¿Ya te he dicho que hoy estás *verdaderamente* estupenda? ¡Radiante diría!» dijo una mujer de unos cuarenta años, ceñida dentro un vestido demasiado estrecho, del que salían despiadados rollos de grasa.

«Sí, tía, me lo has dicho, gracias» confirmó Nina.

¡Lo habrás dicho al menos cinco veces, una por cada porción de tarta que te has devorado!

« ¡Es el momento de los regalos!» anunció la abuela, una delgada y ágil señora de sesenta años de pelo gris. «Ten, tesoro, espero que el mío te guste.»

«Ágata, querrás decir el *nuestro*, visto que yo lo he pagado» le recriminó el abuelo, ganándose un ligero puntapié sobre la espinilla por parte de su mujer.

La mujer entregó a la festejada un paquete decorado con lazos y cucardas de color, y un adhesivo que llevaba el nombre de una boutique renombrada.

Nina sonríe, saboreando el regalo de la abuela.

Lo abrió sin titubear, rompiendo el envoltorio en mil pedazos, bajo la mirada trastornada de los abuelos y de buen humor de la madre, mientras que sus tíos aún estaban ocupados en disputarse unos trozos de tarta.

Incluso George estaba más interesado en el dulce que el regalo de su hermana y, con la boca llena, se mantenía callado y bueno en su lugar.

Clarissa observó divertida la escena y abrió los ojos como su hija cuando extrajo de la caja un vestido ceñido de noche negro decorado con algunos strass y un amplio y doble escote, en la parte delantera y espalda.

Nina lo observó extasiada y después se lo acercó al cuerpo para comprobar las medidas. La longitud del vestido, que le llegaba a mitad del muslo, era perfecta para su gusto.

Dorian, su primo, le echó una mirada hambrienta, como si el dulce más delicioso sobre aquella mesa no fuera más la torta, sino ella.

«Gracias abuela, y *abuelo* naturalmente. ¡Es estupendo, de verdad perfecto! Me lo meteré esta misma noche, ¡ahora mismo me lo pruebo!

Abrazó a los abuelos, apoyó de mala manera la caja sobre la primera silla que vio libre y se dirigió hacia las escaleras.

«Umpf, espera, mi regalo y el de tu tío» la detuvo la tía, farfullando con la boca llena.

La mujer extrajo del bolso un sobre amarillo abierto y se la dio a la joven.

Nina la agarró esbozando una sonrisa, aunque en realidad nada en aquel momento le apetecía más que probarse aquel estupendo vestido.

Estaba por abrirla, con la mente que ya realizaba hipótesis en diferentes opciones: un billete para un breve viaje, un cupón válido para una jornada de bienestar en algún SPA o quizás un bono regalo de algún negocio de moda.

«No sabía que regalarte, por lo que hemos decidido darte dinero. Estos siempre sirven, así te compras aquello que quieras.»

La revelación no la sorprendió, conociendo su vagancia egocéntrica.

¡Imagínate si la tía se hubiera esforzado en irme a comprar, o incluso en pensar en un regalo para comprarme! Bueno, no está mal: me compraré algo que me gusta.

Nina le dio las gracias, sin acercarse demasiado con miedo que le ensuciara el vestido, y después se precipitó a toda velocidad al piso de arriba.

Cuando llegó a su habitación, se atrincheró celosamente dentro y se emplazó delante del amplio espejo lleno de adhesivos de grupos musicales tanto en la parte de arriba como de abajo.

Al encontrarse todavía con el sobre en la mano, decidió dar una rápida ojeada al contenido antes de dejarla en algún lugar: cincuenta dólares en billetes de pequeño corte.

Ok, el detalle es lo que cuenta, pero considerando todo el dinero que tenéis, ¡esto es una tacañería! ¡Os sale más dinero de los bolsillos que panza de los pantalones! Bueno, paciencia.

Nina adhirió nuevamente el vestido al cuerpo, obteniendo un primer reflejo de cómo le estaría puesto.

«Gracias, abuela, me estará de fábula. ¡Tú sí que tienes una mente moderna!» exclamó satisfecha.

Apoyó el vestido en el respaldo de la silla, y desabrochó el primer botón de la camiseta, para después quitársela en unos pocos y apurados pasos.

Estaba por desabotonarse los vaqueros, cuando una profunda sensación de malestar la invadió. Se detuvo, teniendo inmediatamente la sensación de vestirse.

La puerta de su habitación se abrió y Dorian irrumpió en la habitación sin avisar.

Ella agarró la camiseta que había apoyado sobre la cama y la utilizó para cubrirse. Una mirada contrariada, la intimó irritada: « ¡Vete, estás en mi habitación y nadie te ha invitado a entrar, me parece!»

«Nina, ¿cuál es el problema?» dijo él, fingiéndose sorprendido. «He venido a

ver cómo te estaba el vestido que ha regalado la abuela. Somos primos, no pasa nada si te veo semi desnuda.»

« ¡Te gustaría, pero ahora vete!» insistió seria.

Al contrario, el joven se acercó, fijando intensamente el ombligo descubierto y el borde de las braguitas que se asomaba por encima de los estrechos vaqueros.

Llevó una mano al hombro, ella dio un paso hacia atrás, golpeándose contra el espejo, que le impedía retroceder más.

Dorian la tocó delicadamente, bajando hasta el codo. Cuando llegó al antebrazo, la agarró fuertemente.

Nina se sobresaltó, pero no hizo esfuerzo.

«Y así y todo te gustó cuando nos besamos, la noche que cumpliste dieciséis años» pronunció con tono seguro, fijándola con mirada depredadora.

«Había bebido, sabías perfectamente que no me sienta bien el alcohol. Me obligaste a hacerlo» replicó ella.

«Puede ser» admitió él, « ¡pero te gusta, admítelo, golfilla!» Le agarró el otro brazo. Nina se sobresaltó.

«Déjame, no te lo repito más» lo amenazó ella.

«No me lo repetirás, porque en realidad no quieres que me vaya, mi primita putilla.» Se le acercó a la boca, lamiéndose los labios deseosos.

«Lo intentas siempre, ¿eh? ¿Te gustaría darme dos golpes?» preguntó ella, con tono malicioso.

« ¡Oh, no sabes cuánto!»

« ¡Entonces no te disgustará si te doy yo uno!» pronunció asestándole un rodillazo en la ingle.

Dorian se torció, llevándose las manos hacia los genitales golpeados.

«Maldita cabrona...» agonizó.

« ¡El cabrón eres tú! Nunca he dicho nada a mis padres para evitar problemas en la familia, pero ahora soy lo bastante grande como para defenderme sola. Por lo tanto si quieres cuidarte esas dos ciruelas marchitas que tienes ahí abajo, mantente alejado, *primito*.»

Agarró el vestido, y saliendo de la habitación cerró la puerta, dejando que Dorian se recuperara de su dolor. Se puso el vestido en el pasillo y bajó las escaleras, sonriente y segura de sí misma.

« ¡Oh, pero estás radiante!» exclamó la abuela apenas la vio.

« ¡Radiante, *radiante!*» le repitió George.

«Estas hermosa, tesoro. Aunque si el vestido me parece un poco...» Las objeciones de la madre se detuvieron bruscamente apenas se encontró con la

mirada contrariada de su hija.

De repente se abrió la puerta de la entrada, justo en el momento exacto que Nina terminaba la rampa de escaleras.

Su padre, jadeante, con el sobretodo plegado sobre un brazo y una carpeta en la mano, irrumpió en el salón.

« ¡Tesoro, estás adorable!» dijo realizando una amplia sonrisa.

Nina se quedó de piedra; lo fijó con la boca abierta e indecisa durante un momento sobre como acogerlo. Cerrando la boca con un gesto contrariado y desilusionada, se dio media vuelta y se dirigió a su habitación, apartando malamente a Dorian en mitad de las escaleras.

«Felicidades Steven, incluso hoy has logrado llegar tarde» subrayó Clarissa con tono áspero, arrojando contra el marido un plato con una porción de tarta media derretida.

Este aspiró para replicar, pero la expresión arrepentida de su mujer lo hizo desistir.

La mujer se dirigió al estudio, donde cogió un pequeño paquete, y alcanzó a su hija en el piso de arriba.

Cuando llegó delante de la puerta de su habitación, golpeó tres veces. «Nina, ¿puedo entrar?»

Después de unos instantes llegó la aprobación, anticipada y seguida de largos refunfuños.

La joven estaba sentada en la cama, con el codo apoyado sobre el muslo y la mano sujetando el mentón.

« ¡Mira que si vienes a otra vez a justificarlo, pierdes tiempo! ¡No tenía que haber hecho tarde, no hoy!»

«Tranquila, no pretendo justificar a aquel cabezón, aunque me imagino que haya tenido algún contratiempo serio para llegar tarde...»

« ¡Basta, cállate: estás intentado justificarlo, no cuela!»

Clarissa sonríe. «Tienes razón, perdóname tesoro.» Le dio un fuerte abrazo.

Ella se dejó confortar por su madre, después se apartó y, con una sonrisa, comentó: « ¡El vestido de la abuela es una pasada! Quiero ponérmelo esta noche para la fiesta. ¿No tienes nada al contrario, verdad?»

« ¡Tienes dieciocho años, puedes ponértelo si quieres, no veo nada malo» dijo acariciándole el rostro, «pero, al menos intenta no contonearte demasiado, y si sube demasiado sobre el muslo, acomódatelo!» le advirtió cordialmente.

«Jejeje, está bien, mamá.»

«Creo que esto te estará bien con el vestido.» Le entregó el paquete.

La joven observó el pequeño paquete con los ojos llenos de esperanza y felicidad.

Lo abrió, con un mayor cuidado con respecto al regalo de los abuelos.

El paquete reveló en su interior un pequeño estuche negro, embellecido por nudos celtas de color oro.

Nina sonrió inmediatamente, apreciado el envoltorio antes del contenido.

Abrió la cajita titubeante, que reveló custodiar en su interior una Triqueta inscrita en un círculo de plata brillante, que colgaba de una fina cadena.

« ¡Es preciosa! Gracias, mamá.»

Se abalanzó entre los brazos de su madre, donde permaneció un buen tiempo antes de prepararse para la fatídica y tan esperada fiesta.

Capítulo 5 – Sol Negro

[sumario](#)

«De verdad todo maravilloso... ¡Hic! Una espléndida fiesta de cumpleaños...»

«Eh, gracias, Heric» respondió Nina intentando de sacarse de encima a su pesado amigo borracho.

« ¿Nos hacemos siempre reconocer, verdad?» comentó Tony liberándole el cometido de sujetar aquel peso con fatiga. «Un día de estos te lo destruyo aquel maldito documento falso» añadió enfadado.

« ¡Adiós, Nina, nosotras nos vamos, acaba de llegar el padre di Tess!» gritaron unas jóvenes a la salida del ruidoso restaurante.

«Sí, adiós, chiquillas. ¡Regresad a casa, mientras nosotros nos vamos a divertir!» le provocó una joven con pelo corto negro y puntas de color rojo, alta y atlética.

«Jude, ¿qué planes tienes?» preguntó Nina, perpleja.

«No te preocupes de nada, deja que me encargue yo del resto de la noche. Encontraré un buen bar para que vayamos. Ya verás, que con aquel vestido y tu cuerpecito sexy, romperás corazones, esta noche» le dijo agarrándola por un brazo. Una mano se insinuó debajo del faldón del abrigo, en busca de la superficie lisa del traje.

«Tony, ¿lo acompañas tú a Heric a casa? En este estado no está para conducir» observó una joven de pelo castaño, con grandes gafas y una larga trenza que le descendía detrás de la espalda. No era alta ni atlética como su amiga, pero tenía curvas y un rostro tranquilo.

«Angelique, la verdad que había pensado ir con Nina e con vosotros, pero... sí, de acuerdo...»

« ¡No querrás traerte a aquel peso muerto!, ¿verdad? ¡Si a uno le sienta mal el alcohol, no debería abusar desde el inicio de la noche!» replicó Jude, con tono ácido.

«Vive lejos, pero puedo acompañarlo y después os llamo para saber dónde estáis, o bien acompañarme. Ante todo, ¿dónde tenéis pensado ir?» preguntó directamente a Nina.

Ella aspiró para responder, pero Jude se le anticipó de nuevo.

« ¿Te has vuelto loco? ¿Cinco en tu coche, con este que quizás nos vomita encima? « ¡No, no se habla!

«Ten paciencia, Tony, acompaña a Heric y después llámanos, así después nos

vemos» argumentó Angelique.

«Uhm, ok. Es solamente que la idea de vosotras tres, solas...»

«Tranquilo, *papaíto*, no haremos tarde y estaremos atentas» lo tranquilizó Nina, acariciándole el rostro.

Tony se echó a reír.

«Está bien, lo llevo a casa y regreso contigo... ehm, digo con vosotras» se corrigió, cohibido.

Se cargó mejor a su amigo sobre los hombros y se dirigió hacia su coche, mientras este farfullaba palabras incomprensibles y agitaba convulsamente la mano en dirección a las tres jóvenes.

«Ese aún no ha entendido que no tiene esperanzas contigo» dijo Jude sin piedad, moviendo la cabeza.

« ¿Qué estás diciendo? Tony es un buen amigo, nos conocemos desde cuando éramos pequeños. Se estaba solamente preocupando por mi seguridad» precisó Nina.

«Uhm, será. ¿Y tú, empollona reprimida, qué piensas?»

Angelique miró de reojo a la amiga, y respondió con voz clara y altisonante: «Pienso que Tony sea muy buen chico. Sea como amigo, que como algo más, Nina tiene suerte de tenerlo en su vida.»

« ¡Bla, bla, bla, ya hemos entendido que te gusta, pero esta noche somos solo nosotras tres y la noche!» gritó Jude estrechando hacia sí a Nina y Angelique.

Las chicas se pusieron en marcha, estrechadas en el apretón de la amiga, taconeando y levantando nubes de vapor de sus labios rojos carmín.

«Encontremos rápido un bar, me estoy congelando los pies y lo que no es pie» protestó Nina.

«Atenta a aquello que deseas» le reprochó Jude, indicándole el bar que estaba de frente a ellas.

« ¿*Sol Negro*? Que nombre extraño» comentó Angelique.

La larga cola en la entrada, compuesta por los sujetos más disparatados de ambos sexos, hizo brillar los ojos de Jude.

« ¡Con toda aquella gente para entrar, será seguramente un lugar de moda!»

«Nunca lo he escuchado ni he estado» admitió Nina, perpleja e insegura de ponerse en la cola.

« ¡Porque tampoco podías! ¿Ves el cartel?» Les indicó el letrero *Prohibida la entrada a menores de 18* en la entrada.

«No me da buen presagio» dijo Angelique, asustada.

« ¡Pues no es así! Venid, tengo un mente un atajo.»

Jude agarró a las amigas de la mano y se insinuó en la cola.

« ¡Permiso, permiso! Ok, puedes tocarme el culo, pero déjanos pasar. ¡Permiisooo!»

Nina y Angelique se sonrojaron vistosamente, mientras Jude se hacía paso entre la multitud en la entrada, empujando y pidiendo paso sin ningún pudor.

«Ahu!» exclamó Nina, mirándose detrás.

« ¿Qué pasa?» Preguntó Angelique, plegándose como una contorsionista para superar un estrechamiento.

«Alguien me ha dado una palmadita en el trasero.»

«A mí en cambio me han dado dos codazos en la nariz» se quejó la amiga.

« ¡Bien, lo hemos logrado!» dijo la entusiasta Jude que, una vez que llegó delante de los gorilas de la puerta, tomó un profundo respiro y se dispuso a mostrar todo su descarado proverbial.

«Hola. ¿Alguna vez te han dicho cuánto te pareces al luchador Stone Cold? ¡Tienes un físico impresionante! Y después los hombres pelados me parecen tan sexy» dijo melosa.

«Vuelve a la cola, chavala» sugirió el macizo y calvo hombretón, sin dejarse camelar, pero Jude no perdió los ánimos.

«Escucha, hoy mi amiga cumple dieciocho años, y queremos festejar» afirmó desabrochándose los alarmares del abrigo. De la larga cola, algunos jóvenes impacientados empezaron a murmurar. « ¿Por qué no nos dejas entrar? Como regalito especial de cumpleaños. Te reconoceré el gesto, verás.» Después de un sinuoso pestañeo, el faldón del abrigo se abrió mostrándole las medias autosujetadoras de red. «Venga, tesoro, sólo tú puedes hacerme feliz.» Un beso remilgado salió de los labios pintados de rojo.

Impasible de un modo inverosímil, el hombre repitió: «Regresad a la cola *ahora*», la mirada se hizo penetrante, «es mejor.»

Jude abrió los ojos. «Oh» le escapó con tono agrio, después introdujo las largas uñas pintadas dentro de la pochette. «Ok, ya he entendido, eres un tipo duro. ¿Qué me dices si te presento a un amigo?» Le dijo mientras le posaba un billete de cien delante de sus narices.

Éste le pegó la nariz, y con un gruñido tétrico exclamó: «Y ya con esto, te has ganado la expulsión. ¡Desaparece de mi vista!»

« ¡Ok, no quería ser insistente!» ironizó Jude guardando el billete y anunciando la retirada.

« ¿Qué pasó?» le preguntó Angelique cuando regresó hacia ellas.

«Nada. Nos vamos. Lo siento Nina, nos pillar todavía un poco de frío. Al final

de la calle hay un restaurante, podemos mientras tanto ir allí...»

« ¡No!» respondió Nina, colocando el pie hacia adelante.

«Espera un momento.» La amiga le apartó la bufanda del escote. «Quizás aún tenemos una oportunidad.»

Nina se dirigió inmediatamente hacia el gorila. Este ya mostraba un gesto antipático cuando Nina comenzó a hablarle: «Lo siento mucho por los modales de mi amiga, y sé que no le importa para nada, pero esta noche cumpla dieciocho años. Quisiera celebrarlo de un modo verdaderamente especial.» El hombre se calló, mientras le fijaba el canalillo que asomaba del escote. «No queríamos colarnos, créame, solo que teníamos frío, y tenemos el toque de queda, no podíamos esperar. ¿No podría hacer una excepción y dejarnos pasar?»

Ninguna reacción. Como embelesado, el gigante fijaba con los ojos abiertos y vacíos su escote. Nina se inclinó para interceptar sus ojos y llamar su atención. « ¿Entonces?»

Este se sobresaltó, como si se acabara de despertar de un sueño con los ojos abiertos. « ¿Entonces qué?»

« ¡Para dejarnos pasar!» interrumpió Nina con impaciencia.

El hombre hizo una sonrisa inesperada, con gesto atontado. « ¡Claro, señorita, entre y diviértase!» Desenganchó la cinta, invitándola a pasar. Con una sonrisa de par en par, Nina invitó a sus amigas a darse prisa.

« ¡Grande, gracias!» exclamó Jude, disponiéndose a seguirle, pero el portero le bloqueó el paso.

¿Qué diantres estás haciendo todavía aquí? ¡Te dije que desaparecieras!»

« ¡Pero yo estoy con ella!»

«Ella está conmigo» confirmó Nina.

El gorila le observó de nuevo el canalillo, después en los ojos y se detuvo, completamente embelesado.

« ¡Pasa, Jude!» ordenó Nina.

«Pasa, Jude» repitió el hombre.

Cuando, finalmente, Jude estuvo de la otra parte, se rascó la frente, quejándose: « ¡El poder de las tetas!»

«Pero si tengo una 80» objetó Nina colocándose de nuevo el foulard. Al hacerlo, se acarició el espléndido medallón con forma de Triqueta, regalo de su madre, colocado con gracia en el espacio entre los pequeños pechos.

Una vez que dejaron los abrigos en el guardarropa, las tres se adentraron en el local.

El ambiente, amplio y con luces tenues, se concentraba en una única gran sala

con forma de rombo.

Una ligera neblina artificial se levantaba del centro de la pista, llena de personas que realizaban movimientos con poca gracia. La música, comercial y de ritmo monótono, tenía un volumen ensordecedor que hacía difícil la comunicación incluso desde muy cerca.

Algunas pequeñas mesitas, con rígidos sofás de piel, separaban la pista de un estrecho pasillo lleno de personas que se desperdigaban con prisa, cocktail en la mano, en ambas direcciones.

« ¡Que confusión!» exclamó Angelique, con poco entusiasmo.

« ¡Vaya pasada!» valoró Jude, con los ojos bien abiertos y una sonrisa espléndida.

«Extraña, la forma romboidal» observó Nina

« ¿Eh?» preguntó Jude.

« ¡Decía que es extraña la forma romboidal de la sala!» repitió, alzando la voz.

« ¿Qué cosa?» preguntó otra vez la amiga.

«Decía... ah, eres una tonta. ¡Me estás tomando el pelo!»

Jude alargó aún más la sonrisa y empujó a las amigas hacia la barra, pellizcándoles con fuerza el trasero.

«*Sol Negro*. ¡Uhm, este local no está nada mal, y mira cuántos manjares gustosos que hay en la cola!» dijo Sting con una ávida sonrisa.

«Limítate a desfogar tus bajos instintos. Por lo demás, ya has comido» le reprendió Christopher.

« ¡Venga, relájate, amigo! No me digas que no te beberías una o dos, de estas bellas jovencitas.» Le guió un ojo.

Este se miró alrededor y no pudo esconder un temblor invadido de deseo. El olor de su sudor caliente, la pulsación rítmica e incesante de las venas de sus cuellos y muñecas lisas y suaves, junto con la vista de las gracias de sus cuerpos expuestos como respuesta al frío de la noche, lo tocaron más de cuánto deseaba admitir.

Apretó los puños, tragó saliva y movió la cabeza, después respondió con desenvoltura: «A diferencia tuya, yo me sé controlar bien. Te recomiendo de esforzarte como yo y evitar de causar problemas, si no quieres hacer enfadar a Abraham.»

«Te prometo que me portaré bien, o al menos lo intentaré» dijo Sting, con tono despreciativo.

Los dos bordearon la cola, rápidos y ágiles, sin golpear a nadie, moviéndose de manera tan fugaz que pasaron inobservados.

«Ei, ¿has visto a la jirafa y al enano?» susurró Vans en el oído del amigo, poco después que dos insólitos individuos le superaron de manera casi imperceptible.

« ¿Recientemente tus preferencias sexuales han cambiado?» dijo irónico Gabriel, cuchicheando a su vez.

«No es momento de bromear. Cuando pasaron a mi lado, he tenido una extraña sensación. No les perdamos de vista.»

«Sus movimientos son extraños y están pasando la cola sin que nadie les diga nada.»

Los dos observaron a aquella extraña pareja que ahora hablaban con el gorila de la puerta.

Vieron al más alto que movía los labios, acompañando las palabras con movimientos fluentes de la mano. De repente la expresión del hombre, inicialmente arisca y contraída, se hizo relajada y jovial.

Los hizo pasar, invitándoles varias veces.

«Dos palabras, un gesto con la mano, y están dentro» constató Vans.

«Quizás trabajan en el local o son clientes habituales» valoró Gabriel.

«Si fuera así, el gorila les habría recibido mejor e invitado a pasar inmediatamente. Mira, no sabría explicarte el por qué, pero aquellos dos no me gustan para nada.»

« ¿Qué quieres hacer?»

«Este antro tendrá seguramente una salida de seguridad que da sobre la parte posterior. Mueve el coche y apárcalo allí, podría servirnos.»

«Si las sospechas las tienes tú, ¿por qué tengo que ir yo a mover el coche?»

«Yo la mente, tú el brazo: ¿división del trabajo no?»

« ¿Pero no era al contrario?» Como respuesta el amigo le entregó las llaves. Gabriel resopló.

«Tranquilo, te reservo el lugar» lo humilló Vans.

Mientras Gabriel abandonaba la fila en dirección contraria, tres jóvenes lo cruzaron con ahínco.

Una morena con las puntas rojas arrastraba a las otras dos. Él se puso de una parte para poder dejarlas pasar. Sonrió mientras lo empujaban para evitarlo y se disculpó con un gesto de la mano cuando, inadvertidamente, golpeó con el codo a la más bajita en la nariz.

La miró durante unos instantes, y después se dirigió hacia el coche sin

demorar más.

Vans vio a las jóvenes proceder mientras coleccionaban una secuela de coros de desaprobación y algún que otro insulto a media voz.

Mira tú a aquellas tres, están superando impunemente la cola. ¡Ahora les hago pagar yo su tributo!, meditó.

Esperó inmóvil a que llegaran, metiéndose exactamente en el centro de la cola. Apenas lo superaron, con gesto seco y decidido le dio una palmada sobre la nalga a la que estaba más cerca.

Ella se sobresaltó quejándose, cubriéndose el trasero, pero sin girarse ni detenerse.

¡Te está merecido bombón!, se regocijó Vans.

Capítulo 6 – Un Callejón Abarrotado

[sumario](#)

«Uhm, no sé qué cosa deliciosa haya dentro de este *demonio rojo*, ¡pero está muy bueno!»

« ¡Jude, tú dices lo mismo con cada copa que te bebes!» le dijo al oído Angelique.

« ¡Pruébalo y me dirás!» la provocó la amiga.

«No, gracias. Al menos una de nosotras debe estar sobria, ¿sino quién nos lleva a casa?»

«Mirad, una mesa libre. Sentémonos» propuso Nina, zarandeando el vaso de caipiroska lleno por la mitad.

«Ve despacio, Nina, has ya bebido un aperitivo y una copa de champán en la cena. ¡Ese cocktail te sentará fatal!» le advirtió Angelique.

« ¡No seas aguafiestas!» reprochó Jude, empujando a Nina hacia la mesa.

La mirada de Sting examinaba el local a lo largo y a lo ancho. Preciso y meticuloso, se detenía para delinear cada curva, saborear cada tramo, apuntando hacia cualquier posible presa intentando aislar el latido cardíaco entre la cacofonía de sonidos caóticos.

« ¿Aún no has encontrada nada que te gusta? Tienes un gusto difícil esta noche» comentó Christopher, mientras se bebía la segunda copa de la noche.

«Al contrario, hay muchas que valen la pena, pero no quiero elegir una con prisa» respondió, sin quitar la mirada de la sala abarrotada. «Quiero valorar cualquier alternativa y encontrar una que tenga algo verdaderamente especial.»

«Tómate todo el tiempo que quieras, eso no nos falta.»

«Escucha, ¿te molesta si voy a dar una vuelta solo? Es que tu look tiene algo de rancio y pasado de moda que aleja a las mujeres» valoró, observando el largo abrigo pesado, debajo del cual se entreveía una sobria y cómoda camisa oscura y un par de pantalones elegantes, todo ello combinado con unos botines de piel.

« ¿Qué pasa con mi vestimenta?»

«Bueno, al menos el abrigo retrógrado podrías quitártelo, es tenebroso. Nada, no importa: déjate, total yo voy a dar una vuelta solo.»

Desapareció en pocos instantes.

Christopher dirigió su mirada desganada hacia la multitud alegre. Escudriñó el local durante unos minutos hasta que sus ojos se posaron sobre una mesa en

particular.

De repente se petrificó, abriendo desmesuradamente los párpados y con la mandíbula contraída.

Intensificó la mirada, focalizándola sobre una de las ocupantes: sus largos y lisos cabellos castaños, los delineamientos delicados y suaves del rostro, y su sonrisa sincera y radiante, lo hicieron estremecerse.

No fueron su belleza o su particularidad lo que mayormente lo impactaron, sino la profunda convicción que aquella no era la primera vez que los veía.

Los conocía bien, ya los había admirado y reconocido entre miles.

«Los ojos, los ojos... tengo que ver sus ojos» farfulló con un hilo de voz.

Se dirigió hacia ella sin notar al joven que le estaba viniendo a su encuentro con paso decidido.

Los dos se chocaron; algo rozó la mano de Christopher, que la retiró con una ligera punzada de dolor.

« ¡Oh, disculpa, amigo, no te había visto!» se justificó el joven. Con una falsa sonrisa, le soltó una enérgica palmada en el hombro.

El vampiro examinó con atención la mano que le había tocado: antes que cerrara el puño, entrevió sobre la palma un hilo sutil.

Un rasguño quemaba sobre el dorso de la mano de Christopher, que seguía al desconocido con la mirada, mientras este se alejaba de él intercambiándole una mirada torva e insistente.

Mientras el joven intentaba perderse entre la multitud, lo había visto introducirse furtivamente en el bolsillo de los pantalones vaqueros una pulsera de la que colgaban símbolos sacros de diferentes corrientes religiosas.

Un cazador, pensó Christopher entre sí.

Buscó a Sting en la pista, pero había mucha confusión y el ruido era ensordecedor. Aislar la presencia del amigo en aquella muchedumbre no era fácil ni para sus sentidos desarrollados. Muchos sonidos, movimientos, corazones palpitantes; el alboroto que derivaba le hacía difícil concentrarse y usar del mejor modo sus capacidades.

Logró aislar solo un olor, un aroma muy particular que había percibido cuando el cazador se le había acercado. Intentó entender de qué se trataba; de seguro que no era un olor humano.

Gato: inconfundible olor felino, se respondió.

Aisló la pista olfativa e intentó seguir el aroma dejado por el cazador.

Mientras Sting se preparaba para dar su emboscada, ya que había encontrado a

su presa ideal.

« ¡Hola, chicas!» exclamó con una sonrisa segura y maliciosa.

Angelique le dio una tímida ojeada, sin responder al saludo, mientras Jude lo examinó de la cabeza a los pies, realizando un gesto de desaprobación. Él también le devolvió con gusto una mirada despreciativa: no era ella la que lo había prendado.

« ¿Cómo te llamas, belleza?»

«Tu acercamiento me parece algo superado y descontado» lo heló Nina, devolviéndole una sonrisa torcida.

«Puede ser, pero tus estupendos ojos verdes meritaban un tentativo» replicó este, sentándosele al lado.

Sus pantalones de piel se le adhirieron al muslo desnudo de la joven. Ello intentó apartarse, pero Jude estaba pegada a su lado, por lo que no había manera de evitar aquel imprevisto contacto.

« ¿Me quieres hacer creer que estás ligando conmigo solamente por mis ojos?» recapituló, mientras exteriorizaba una mueca.

«No, no son solamente tus ojos. Por tu sonrisa sincera, por tu rostro dulce, por tus pechos firmes, por tus curvas sinuosas y, sobretodo, por tus muslos suaves, que prometen pasión» dijo audaz de una sola vez.

Nina abrió desmesuradamente los ojos y sonrojó.

Este le puso una mano sobre el mentón.

A aquel contacto ella probó una desagradable sensación, similar a aquella que probó por la tarde, poco antes que su primo irrumpiese en su habitación.

« ¿Qué dirías si tú y yo nos fuéramos solos a algún lugar?»

La fijó en los ojos, anticipando su mirada penetrante con un simple, pero casi hipnótico, movimiento de la mano enfrente a su rostro.

«Yo, yo, no... no me parece que es el caso» se opuso con extremo esfuerzo. Los efluvios de las bebidas no la ayudaban a ser más fuerte en sus propósitos.

« ¡No seas tímida, ven conmigo!» le ordenó perentorio, cogiéndole la mano y ayudándola a levantarse.

Ella siguió sus movimientos.

« ¡Nina! ¿Qué estás haciendo?» gritó escandalizada y a la vez preocupada Angelique.

«Sobretodo, *con quién*. ¡Por favor, podías elegir mejor!» replicó Jude, ganándose una segundo y breve mirada fulminante.

«Tranquiliza a tus amigas» le susurró Sting en el oído, con voz persuasiva.

«Chicas, está todo bien, nos vemos después» les dijo a estas casi sin pensarlo,

con voz determinada y átona.

El vampiro divisó la salida de seguridad que estaba en la parte posterior. Aprovechando de un momento de ausencia de los gorilas de la puerta, la convenció para salir por el callejón, arrastrándola con él.

En aquel preciso instante, el móvil sonó de modo insistente como inútil en el bolsillo del abrigo de Nina, dejado distraídamente en el guardarropa de la entrada.

Tony intentó llamar también a Angelique y Jude, pero el bullicio del local impedía a ambas de escuchar la llamada.

Resopló varias veces, teniendo por un momento unas ganas irrefrenables y liberatorias de tirar el móvil. Después, desalentado y abatido, entró en su casa.

Sin una razón precisa, Christopher se desinteresó de la pista olfativa y sintió el instinto de controlar la mesa donde había visto a aquella chica tan especial.

Cuando vio que no estaba en su lugar, inmediatamente se preocupó.

Dirigió una mirada en las inmediatas cercanías, justo a tiempo para entrever a Sting que se apresuraba a salir fuera del local.

« ¡Maldición! » gritó, mientras se dirigía a la pista, considerada la vía más breve para alcanzarlo.

Pero no había tenido en cuenta la muralla humana que rápido lo envolvió.

Sintió el instinto de quitárselos de encima con la fuerza, pero haciendo esto llamaría la atención a los de seguridad y seguramente a los cazadores, algo que no quería y que le haría perder mucho más tiempo.

Por lo tanto decidió utilizar la fuerza y la agilidad para liberarse rápidamente y alcanzar a Sting antes que hundiera sus dientes, u otra cosa, dentro de su presa.

En el callejón, Nina se llevó los brazos al pecho por la sensación de frío penetrante que inmediatamente la asaltó.

Sting la fijó durante un instante. «No hace frío, estamos estupendamente aquí afuera.»

La sensación de hielo le pasó, y volvió a relajarse. El vampiro sonrió, complacido, mientras sus ojos relucían con un extraño destello.

Divisó una parte del callejón en la penumbra, poco distante de la salida, y la condujo hasta ahí. La empujó fuerte contra el muro, haciéndola sobresaltarse, después se le tiró encima.

Bajo para meterle una mano sobre la pantorrilla, para después lentamente, subir hasta la rodilla y al muslo, que tocó satisfecho.

Nina estaba confundida; habría querido irse de allí, escapar, pero era como si una parte de ella sugería a su cuerpo quedarse ahí, contra de lo que era su verdadera voluntad.

El latido se le aceleró y comenzó a jadear anhelantemente.

Sting consideró aquellos jadeos como fruto del placer que aquel contacto inesperado y decidido le estaba dando.

De repente, Nina comenzó a sentir una extraña sensación de calor en la altura del pecho.

«Yo, yo quiero irme...» farfulló.

«No, tú quieres quedarte» le sugirió éste, calmándola.

Resistente, la voluntad de la muchacha, meditó entre sí.

Sting se empujó hacia ella.

Nina advirtió su erección que le oprimía contra, pero no era capaz de mover ni un solo músculo para escapar.

Sting la agarró por los hombros y le hizo ponerse de rodillas. Nina se encontró la cara a unos pocos centímetros de la entrepierna de sus pantalones.

La Triqueta que caía entre sus senos, a la altura del corazón, soltó mayor calor. El fastidio al pecho se intensificó al punto de estremecerla del torpor.

Colocando las manos sobre las caderas del vampiro, intentó retraerse con toda la fuerza que tenía en el cuerpo.

«Pero que...»

Sting no hizo en tiempo a terminar la frase, que un fuerte empujón inesperado lo proyectó contra el contenedor que estaba a su lado.

« ¿Qué diablos estás haciendo?» protestó Sting, reconociendo a su asaltante: ni más ni menos que su amigo Christopher.

« ¡No es momento para estas cosas, en el local está lleno de cazadores!» se justificó éste, con tono irritado.

«Está bien, pero podrías haber esperado diez minutos, y quizás no haberme golpeado así de fuerte» se quejó Sting, levantándose y sacudiéndose la ropa.

«Vete al coche, enseguida vengo antes me ocupo de la memoria de la chica.»

«No es que me está del todo bien esta solución...»

Christopher lo fijó con una mirada severa y determinante, por lo que el amigo no hizo más objeciones.

Nina mientras aprovechó de la discusión entre los dos para intentar escapar pero, a causa de la acera rota, puso mal un pie y el tacón del botín se rompió, haciéndola caer de bruces al suelo.

Christopher se agachó.

« ¿Estás bien?» preguntó con un tono de voz alentador.

La joven lo miro con los ojos llenos de miedo. Éste hundió su iris oscuro en los verdes de ella.

«Tus ojos son...» dijo interrumpiendo la frase por la mitad.

A pesar que el ardor en el pecho no había disminuido, dejó de probar la sensación de malestar y peligro inminente de pocos minutos antes.

«Dame tu mano, te ayudo a levantarte.»

« ¡Oye bonito!»

En el mismo momento que Christopher se dio la vuelta, un puño lo golpeó en la cara, haciéndolo caer al suelo.

Vans empujó a la joven con poca elegancia, mientras el vampiro, asombrado y con la mejilla caliente, intentaba ponerse en pie.

« ¿Te gusta?» preguntó el joven, mirando su manopla de hierro. «Plata maciza, con un símbolo sagrado diferente para cada banda, porque no se sabe nunca con vosotros monstruos de que parroquia sois.»

Christopher se levantó inmediatamente, mientras le mostraba los incisivos prominentes y el rostro en llamas y embravecido.

Nina se estremeció del miedo y se tiró hacia atrás ayudándose con las manos para alejarse lo máximo posible.

« ¡Escapa!» le intimó Vans, dirigiéndole una fugaz mirada que le dio al enemigo un momento para contraatacar.

El joven vio con el rabillo del ojo que un contenedor lleno de basura le caía encima. Se llevó los brazos para protegerse el rostro y el pecho, e intentó apartarlo, logrando solamente en parte.

Recibió el golpe, y después una patada en el centro del abdomen.

Acabó en el suelo, pero volvió a levantarse rápidamente para enfrentar al adversario, mientras Nina se mantenía pegada en la pared del edificio, temblorosa y muerta de frío.

«Cada uno tiene sus armas. Tú que eres un asqueroso ratón de alcantarilla, un contenedor de la basura, mientras yo que soy un cazador...» lo provocó Vans, mientras extraía un largo cuchillo de la vaina que colgaba del cinturón.

« ¿Pero cómo es que no sacaste la estaca? ¿No es vuestro pasatiempos favorito?» se burló Christopher con tono ridículo.

«No, prefiero cortarte la cabeza con el machete, pero si hubiera sabido que te gusta ser empalado, bueno, la habría traído» replicó Vans con una sonrisa despreciativa.

Sting se internó en el callejón, con la intención de rodear el bar y llegar hasta el coche que estaba aparcado en la calle.

Mientras pasaba al lado de un monovolumen azul, farfullaba malhumorado invectivas contra Christopher, que lo había privado de su diversión.

De repente se apartó realizando un movimiento felino: un frasco de cristal fino se estrelló contra el suelo, a poca distancia de donde él se encontraba.

«Mala puntería, mal cazador» afirmó.

«Esperaría para decirlo» respondió Gabriel, saliendo a su encuentro con una estaca en la mano, con la que realizó algunos fondos letales.

Sting los evitó con agilidad mientras dirigió un puñetazo directo hacia el rostro que aturdió a su adversario. Por último, con un gancho izquierdo, hizo que se desplomara al suelo.

« ¿Esto es todo?» preguntó desilusionado, mientras mostraba los incisivos. «Querrá decir que ahora te mato, y después vuelvo al callejón a follarme a la chica.»

¡Crash!

Una pesada botella de vidrio se quebró por sorpresa sobre su cabeza, Alguien lo había golpeado a sus espaldas. Después de haber recibido el golpe, se giró irritado, gritando contra Jude que tenía en la mano atónita el cuello de la botella rota: «Pero que narices...»

¡Pssh!

« ¡Aaah!» gritó de dolor. Angelique le había inundado las córneas de los ojos con spray de pimienta.

Gabriel se recuperó y se levantó con fatiga.

Cogió un frasco del bolsillo interno del abrigo, lo abrió y la introdujo dentro de la camisa de Sting.

« ¡Ah! ¡Quema!» protestó el vampiro, mientras se retorció de dolor.

Gabriel empujó con garbo a Angelique y Jude hacia la parte externa del vehículo.

« ¡Rápido, iros de aquí!»

« ¡Ni hablar!» objetó Jude. «Aquella cosa ha sacado fuera del bar a nuestra amiga. ¡Tenemos que encontrarla!»

Capítulo 7 – Encuentros Imprevistos

[sumario](#)

Vans y Christopher estaban listo para golpear, cuando de repente unos pasos y gritos llamaron su atención.

Sin perderse de vista, intentaron desplazar su percepción hacia la fuente de aquellos ruidos insólitos y persistentes, que cada vez se hacían más cercanos.

¡Stump!

De la oscuridad que encubría los pisos superiores de los edificios que daban hacia el callejón, dos figuras oscuras, encapuchadas, se precipitaron hacia abajo de un golpe, amortiguando con facilidad la caída.

« ¿Y estos quiénes diablos son?» prorrumpió Vans, irritado.

« ¿No son amigos tuyos?» preguntó Christopher.

Los recién llegados desenvainaron unas katanas que presentaban incisiones de símbolos extraños.

«Zmeu, vampiros guerreros, del clan Duergaris» confirmó Christopher.

«Fantástico» comentó Vans irónico, «dos corazones, por lo tanto es más complicado para eliminarlos.»

Éstos se estremecieron.

Vans se llevó inmediatamente la mano debajo del abrigo de piel y extrajo un revólver que apuntó contra aquel que estaba más cerca. Realizó dos disparos: el primero en el pecho y el segundo en la cabeza.

Favorecidos por la breve distancia, el primero lo golpeó, mientras que el segundo fue desviado por un veloz golpe de la cuchilla. Vans disparó inmediatamente otros dos: el Zmeu se protegió del proyectil que apuntaba a su segundo corazón, pero aquel dirigido a su rodilla lo alcanzó.

El encapuchado se desplomó; la katana cayó al suelo y rodó a poca distancia.

« ¿Pero quién os ha adiestrado, Míster Satán?»

El ruido del batacazo producido por la caída no fue nada en comparación con el eco generado por los disparos del viejo revólver y por el grito desgarrador de Nina.

El otro Zmeu estaba luchando contra Christopher.

Mientras este esquivaba los incesables ataques de katana hábilmente de su adversario, Vans enfundó el arma y se precipitó hacia Nina que estaba en evidente estado de shock.

« ¡Venga, levántate!» le gritó tendiéndole la mano, «Ese ser no permanecerá

en el suelo durante mucho tiempo, y alguien habrá llamado a la policía por los disparos.»

La voz tranquila pero, a la vez, alentadora de Vans le ayudó a volver en sí. La joven dirigió la mirada hacia Christopher, que se estaba batiendo en duelo.

« ¿Y él? ¿Lo dejamos aquí?» preguntó preocupada.

« ¡Claro que sí!» dijo, incrédulo.

«Pero... antes de ha ayudado. ¡Te ruego, haz algo!»

Vans bufó y movió varias veces la cabeza.

« ¡Lo que hay que oír! Increíble...» masculló mientras introducía otros proyectiles de plata en el cargador casi vacío de la colt. Después, mientras estaba por disparar el primer golpe, Nina emitió un grito roto desde la palma de la mano que tapaba su boca. « ¿Ahora qué pasa?» voceó, encontrándola con los ojos bien abiertos. Siguiendo la dirección de su mirada poseída, vio al vampiro que había disparado ponerse de pie, con chorros de sangre que emanaban del pecho y de la pierna. « ¡Tú, estate un poco quieto!»

El cazador disparó un tiro que lo centró en la otra rodilla, y un segundo en la cabeza, que lo hizo desplomarse nuevamente.

« ¡Vans!» lo llamo gritando Gabriel, alcanzándolo con las jóvenes detrás, y le lanzó una especie de estaca tubular.

Éste lo agarró al vuelo y se precipitó sobre el vampiro que estaba en el suelo, apretando con el dedo pulgar sobre uno de los extremos de la estaca. De la otra extrajo un puntero de plata, que le clavó de manera prepotente en el segundo corazón, en el preciso momento que el vampiro estaba abriendo los ojos inyectados de sangre.

« ¡Muere chupasangre!»

Lo clavó bien a fondo, mientras lo giraba varias veces. El Zmeu Duergaris emitió un grito de dolor. Se llevó una mano al cuello del joven y la otra al puntero, con el tentativo de alejar al primero y de extraer el segundo, pero Vans no renunció y, por seguridad, lo clavó también sobre el corazón que anteriormente había disparado.

Pocos instantes después, como si fuera víctima de una especie de reacción química, del pecho del vampiro salió una hirviente espuma ácida, que le consumió el torso de manera espeluznante.

Vans se apartó tapándose la nariz con la muñeca, quejándose asqueado por las exhalaciones picantes, justo a tiempo para sujetar a Nina que desvanecía por haber visto las costillas y entrañas espumantes del Zmeu.

El otro guerrero realizó un hendiente decidido con la katana. Christopher lo paró bloqueándolo con las manos. Tironeó primero hacia la derecha y después hacia la parte opuesta, con el tentativo de arrebatar el arma de su enemigo. Pero inmediatamente entendió que no tenía posibilidad de desarmarlo, y rompió la cuchilla por la mitad de un golpe seco.

Rápido, asestó una violenta patada al costado de su rival.

Este dio algunos pasos hacia atrás, evitando por un momento de caer. Enfundó la katana rota y realizó un salto hacia la pared del edificio. Con las palmas adheridas al muro, lo escaló a toda velocidad, desapareciendo.

« ¡Pero qué astuto, has hecho escapar a Spiderman!» lo provocó Vans, apuntando el revólver contra Christopher. Éste, despreocupado por la amenaza, comprobó con la mirada aprensiva a su alrededor. Apenas vio a Nina atendida por otras dos jóvenes reparadas detrás de un segundo cazador, volvió hacia Vans.

«Esa no te bastará para volverme inofensivo, especialmente si has acabado tus municiones» dijo el vampiro.

«Entérate tonto: mientras Spiderman estaba por cortarte en pedacitos, la he recargada. ¡Y cuatro golpes me bastarán para clavarte esto donde tú sabes!» replicó el cazador, mostrándole la estaca apuntada.

« ¡Ei!» exclamó Sting, que había llegado en aquel momento, jadeante e irritado.

«Oh finalmente llegó tu amiguito» dijo Gabriel. « ¿Te ha gustado la ducha?»

« ¿Tú eres el capullo del agua santa?»

«Sting, mantiene la calma» lo exhortó Christopher.

Al darse cuenta de la situación, Sting agotó el poco autocontrol que tenía para permanecer quieto.

En aquel silencio tenso y exasperante, creado de malas miradas recíprocas, irrumpieron las sirenas de la policía que se estaban acercando.

«Cada uno por su lado» propuso inmediatamente Christopher.

«Solamente por esta vez. La próxima vez te vas a enterar» reprochó Vans.

« ¡Tú también!» añadió Sting señalando a Gabriel.

En un primer momento los dos vampiros se alejaron cautamente, después Christopher recogió la katana del Zmeu que lentamente se estaba descomponiendo y se perdieron ´velozmente en mitad de la noche.

«Vosotras tres, venid con nosotros» intimó Vans.

« ¡No, no vendremos a ningún lado contigo!» replicó Nina, apenas recuperada del susto.

« ¡Moveros! o ¿preferís explicar lo sucedido a la policía y ser tomadas por

locas?» insistió.

Jude le dio un codazo para indicarle un ademán de entendimiento.

«Es mejor hacer como dicen.»

Nina cedió, realizando un bufido de cólera. Gabriel agarró a Angelique por la mano y la condujo hacia el coche que se encontraba a unos metros. Vans apoyó una mano en el hombro de Nina, pero ella se retiró irritada.

«Tranquila, princesa, no eres mi tipo» le dijo torvo.

Los dos subieron al coche, y las chicas se apretujaron en el asiento trasero. Vans arrancó poco antes que la policía llegara al lugar, donde una papilla orgánica hervía y soltaba aún espuma, generando miasmas venenosos.

« ¿Qué diantres eran esos seres?» preguntó Jude, recalcando cada sílaba.

« ¿Tú que crees que eran, artistas de circo?» dijo Vans, sarcástico.

«Sé que parecerá absurdo, pero aquellas criaturas eran vampiros» reveló Gabriel.

«Absurdo habría sido si no hubiera visto a uno de ellos levantarse después que lo has herido de muerte» dijo Nina, dirigiéndose al conductor.

Vans asintió.

«Y echar espuma hasta consumarse cuando has utilizado el puñal» añadió Angelique.

«Era un puntero de plata» precisó Gabriel.

«Vans, ¿También los otros dos eran vampiros?» osó Nina.

« ¿Cómo diablos sabes mi nombre?»

«Te ha llamado él así en el callejón» explicó Angelique señalando a Gabriel, que respondió exhibiendo una sonrisa culpable.

«Muy inteligente, *Gabriel*, muy inteligente. De todos modos sí, esos dos eran vampiros, sea el alto al que le gustan las estacas, que su amigo parapoco.»

«Bueno, entonces quizás debería agradecerte por tu intervención...» dijo la joven.

«Uhm» refunfuñó éste, haciendo un extraño sonido con los labios.

«De todos modos, yo soy Nina.»

« ¿Pero qué haces? ¿Te presentas a estos dos locos?» protestó Jude. « ¡No sabemos siquiera lo que pretenden hacer con nosotras!»

«Es verdad... ¿dónde os estáis llevando y qué queréis hacernos?» se entrometió Angelique.

«Tranquilas chicas, solamente queríamos alejaros de aquel lugar e intentar de explicaros con calma las cosas» le aseguró Gabriel.

«O mejor dicho, para ser claros y sintéticos: ¡esta noche no ha sucedido nada, no os habéis nunca visto y, sobretodo, los vampiros no existen!» decretó Vans.

«Nos tomarían por locas si se lo contáramos a alguien. Pensaría que estamos borrachas u otra cosa» replicó Angelique.

«Exacto, veo que has entendido perfectamente. Conviene que no se lo digáis a nadie, ni siquiera a un buen amigo, lo que habéis visto esta noche» sugirió pacientemente Gabriel, sin quitar los ojos de encima de Angelique.

«Olvidad todo lo antes posible. Manteneros fuera de este mundo» concluyó Vans, serio.

«tesoro si has acabado el fervorín, ¿nos acompañarías al coche?» farfulló Jude, ácida.

«Me imagino que estará aparcada cerca del local, y yo ahí no vuelvo con toda esta policía.»

« ¿Podrías acompañarnos a casa? Regresaremos mañana a recogerla, y también los abrigo y mi teléfono» dijo Nina.

«Ok. ¿Dónde vives belleza?»

« ¿Estás segura de hacerle saber a este tipo dónde vives?» dijo sospechosa Jude.

Nina esbozó una sonrisa indescifrable, y después dijo su dirección a Vans.

«Déjame aquí, mi casa es aquella de ahí al fondo» indicó cauta.

« ¿Crees que esos dos nos vendrán a buscar?» preguntó Angelique a Gabriel.

«No creo que lo hagan, pero... si quieres, te dejo mi número. Si necesitas ayuda, puedes llamarme en cualquier momento y yo, es decir *nosotros* vendremos.»

« ¿Tú no me dejas tu número?» dijo Nina.

Vans si dio la vuelta con una sonrisa complaciente.

« ¿Has cambiado de idea, morena? Antes en el callejón no querías ni siquiera que te apoyara una mano en el hombro, y ¿ahora quieres mi número?»

Cruzándose de brazos, Nina frunció el ceño.

« ¡Pensándolo mejor, no, no lo quiero!»

Vans hizo media sonrisa e hizo un gesto a Gabriel.

«Puedes llamarme a mí, estamos siempre juntos y mi móvil tiene un número protegido, no localizable en el caso... bueno, en el caso que se lo dieras a personas incorrectas» dijo.

«Bueno señoritas, si no hay nada más, podéis bajar. Así nosotros regresamos a casa y colocamos una buena chuleta en el ojo negro de *Gabriel*.»

«Y yo te doy unas puntadas al brazo» respondió Gabriel indicándole la manga

manchada de sangre.

Angelique se horrorizó apenas la vio.

« ¡Mierda, he ensuciado todo el asiento! Me debo haber herido con aquel contenedor que me tiró encima.»

Gabriel contuvo una risotada.

«Antes de ir, tengo una última pregunta» irrumpió Nina, seria.

Los dos asintieron, ella se armó de coraje.

« ¿Quiénes eran esos dos que han asaltado a ti y al otro vampiro?»

«Por tu bien, es mejor si no sabes nada de esta historia» dijo Vans, por primera vez con un tono calmado y pacífico.

Pero Nina no quedó satisfecha de la respuesta evasiva. Habría tenido muchas otras preguntas de hacerle pero, considerando su modo de hacer, sabía que no habría obtenido las explicaciones que quería.

«Id de día a recuperar el coche y los objetos personales, tened cuidado y que os acompañe alguien» les aconsejó Gabriel.

« ¿Señoritas?» Vans las invitó con un gesto a bajar del coche.

Las tres jóvenes dejaron el vehículo, inciertas y muertas de frío.

Gabriel le hizo el gesto del auricular del teléfono a Angelique, cosa que suscitó una mueca intolerante de Vans que puso el coche la marcha y arrancó, no sin antes echar un último vistazo furtivo a Nina; vistazo que fue intercambiado por una mirada intensa de la chica.

Apenas el coche desapareció, las tres se cruzaron de brazos y se encogieron una al lado de la otra.

« ¿Y ahora qué hacemos? ¿Pedimos al padre de Nina de acompañarnos?» propuso Angelique.

« ¡Claro, así tenemos que darle un montón de explicaciones!» objetó ella.

« ¡Llamemos a Tony! Estará aquí en un santiamén, veréis» sugirió Jude.

« ¡Es verdad! Ten, Nina, llámalo.» Angelique le colocó el móvil con la llamada en curso.

« ¿Por qué yo?» protestó.

«A ti nunca diría de no» murmuró la amiga.

«Aló, ¿Angelique?» respondió Tony con voz adormecida.

«Ehm, no... soy Nina.»

Silencio.

«Ho-hola, dime...» replicó éste, con un tono alertado.

« ¿No es que podrías venir a buscarnos? Hemos tenido un pequeño contratiempo. Estamos cerca de mi casa, en la esquina entre la Jasper y la

King's. Y hace un frío que hiela.»

« ¡Claro, vengo inmediatamente!»

«Genial, muchas gracias.» Nina interrumpió la llamada. « ¿Y ahora qué excusa nos inventamos?» preguntó a las amigas.

«Angelique se inventará algo, total si tú se lo dices se tragará cualquier cosa» dijo Jude.

Capítulo 8 – La Villa de Abraham

[sumario](#)

«Yo no lo entiendo, ¿por qué no hemos matados a esos dos cazadores?» protestó enérgicamente Sting mientras conducía su coche deportivo.

«No eran ni el lugar ni el momento justo» respondió Christopher. «Además matar a uno de ellos sirve solamente a llamar la atención de otros cazadores.»

« ¡Sabes bien lo que pienso de aquellos bastardos!»

«Sí, lo sé bien, ¿pero no te parece que ya has matado demasiado?»

« ¡No! ¡Después de aquello que me han hecho, no será nunca suficiente!» prorrumpió mientras aceleraba.

«La cuestión que me preocupa es otra: ¿por qué aquellos Duergaris se la han tomado con nosotros?»

«Quizás eran solamente errantes que buscaban pelea» supuso Sting.

«No creo que se hayan encontrado con nosotros por casualidad, estaban armados y listos para luchar. Se ha tratado de una emboscada premeditada.»

«Hablaremos con el viejo, decidirá él si es el caso de informar a las altas esferas o de pasar del tema» concluyó Sting tomando la carretera extraurbana que les conducía a la villa de Abraham.

Pocas millas después, en la estrecha y poco traficada carretera secundaria, Sting vio una furgoneta negra, que procedía a gran velocidad en dirección opuesta a la suya.

Cuando los dos vehículos se encontraron en la calzada, de repente la furgoneta se desplazó hacia la derecha, acabando casi en el arcén para evitar un choque frontal.

« ¡Ei! ¿Quiénes eran aquellos?»

«No lo sé, pero no pasa nadie por estas partes. Acelera, tengo un mal presentimiento» replicó Christopher, apretando el mentón.

Cuando llegaron a la villa, inmediatamente vieron que la berlina tenía las gomas rotas, y la misma suerte había corrido la moto, que yacía por tierra, mientras la puerta de entrada estaba abierta de par en par y dislocada de las bisagras.

« ¡Movámonos!» gritó Christopher, con la katana en la mano.

Los dos interrumpieron en el edificio.

Ningún ruido y ningún tipo de movimiento se percibían desde la entrada.

«Controla bien las habitaciones en el piso de abajo, yo voy a verificar arriba.»

« ¡Sí, dividámonos, una idea fantástica!» objetó Sting, sacudiendo nerviosamente la cabeza.

Christopher subió rápidamente las escaleras, escrutando a fondo en la oscuridad del pasillo antes de adentrarse. Abrió todas las puertas, pero no había rastro ni de Abraham ni de Alyna, ni de posibles asaltantes.

Cuando llegó de frente a la sala grande, vio que la puerta estaba entreabierta. Con decisión, la abrió de una fuerte patada e irrumpió en el interior.

Sillas y butacas se diseminaban en el suelo, partes del mobiliario estaban destruidas y el contenido de varios cajones esparcidos por tierra testimoniaba una violenta lucha.

Cartas y viejos rollos de pergamino diseminados por todos lados indicaban que los agresores estaban buscando algo bien preciso.

Un cúmulo de cenizas oscuras aún humeantes llamó su atención.

Se acercó y las inspeccionó, buscando en su interior un pesado medallón con una gema rosa. Lo reconoció. Era una joya de familia de la que Abraham nunca se separaba.

Sting mientras estaba inspeccionando las habitaciones de planta baja. Cuando llegó a la puerta de la biblioteca, la abrió y se topó con una visión que lo hizo sonreír de placer.

Alyna yacía en el suelo, en un charco de sangre, sepultada debajo de un mamparo lleno de antiguos y pesados tomos.

Es una buena ocasión para dar el golpe de gracia a esta capulla, pensó.

Se acercó a la estantería, lo agarró con decisión y lo apartó. Estaba por agarrarle el cuello, cuando retiró la mano y dijo: « ¡Oye!, ¿capulla, estás consciente?» dijo inclinando la cabeza.

Examinó el cuerpo de la vampiresa y vio profundas laceraciones sobre las vestimentas desgarradas. Entre las telas destrozadas se entreveían graves heridas abiertas sobre la espalda y un agujero a la altura del corazón, probablemente causado por un arma afilada.

Aprovechando la situación, dio un generoso apretón a sus firmes nalgas, perfectamente dibujadas a través de sus pantalones de látex.

Una vez satisfecho su deseo de saborear su consistencia, la giró delicadamente de espaldas.

Vio que también sobre su rostro y piernas había diferentes heridas que tardaban en cicatrizar.

La abofeteó con fuerza para hacerla volver en sí.

Unos minutos más tarde, ella abrió los ojos con fatiga. Apenas fue consciente, se sobresaltó de miedo, e intentó de retirarse asqueada cuando se dio cuenta de encontrarse entre los brazos de Sting.

En aquel momento Christopher entró en la sala.

« ¿Cómo está?» preguntó.

«Démosle una bolsa de sangre y estará mejor» respondió este.

«Voy a buscarla» dijo el amigo, alejándose con prisa.

« ¿Y el viejo?» preguntó Sting, sin obtener respuesta.

Alyna intentó liberarse de aquel indeseado abrazo.

«Está tranquila, no te agites. Tienes muchas heridas graves y has perdido mucha sangre.»

« ¡Déjame!» soltó ella.

«Como prefieras.»

Soltó la presa, dejándola caer sobre el suelo. Alyna enarcó la espalda del dolor y rechinó los dientes, maldiciéndolo mentalmente.

Pocos instantes después, Christopher entró con una bolsa de sangre.

«Toma esto.»

Se la pasó. Ella se alimentó, y en poco tiempo las heridas se cicatrizaron por completo.

« ¿Abraham?» insistió Sting.

«Es polvo» comunicó, lapidario.

Alyna hizo un gesto contrariado.

« ¿Qué pasó?» le preguntó Christopher.

«Fuimos atacados, por un grupo de al menos cuatro o cinco vampiros guerreros.»

« ¿Duergaris?»

«Creo... creo que sí.»

« ¿Cómo es que el viejo es polvo y tú, en cambio, estás entera?» dijo Sting con un tono sospechoso.

« ¿Qué estás insinuando?» replicó ella, irritada, « ¡Quizás pensaban que me habían eliminado, o no era yo el objetivo primario!» supuso, poniéndose en pie.

«Tenemos que encontrar y alcanzar la fortaleza del clan, informar a los ancianos de lo sucedido y pedir protección» sostuvo Sting.

«No» contestó Christopher. «Metamos que logramos encontrarla, visto que no tenemos ideas de donde se encuentra, si fuéramos allí sin anunciarnos antes, nos eliminarían sin darnos tiempo a proferir palabra. Además, nuestros asaltantes podrían seguirnos, utilizándonos para conocer la ubicación principal de la

estirpe.»

«Entonces podrían buscar otra célula y unirnos a ellos.»

«Solamente Abraham conocía la ubicación de las otras células. Solos tenemos pocas posibilidades de encontrar una en poco tiempo» reveló Alyna.

« ¿Entonces cómo podemos hacer para reunirnos a nuestro clan?»

Christopher reflexionó intensamente durante unos minutos de silencio que siguieron a la pregunta de Sting.

«Preguntaremos a los cazadores» dijo con tono seco.

« ¿Cazadores?» repitió asombrada Alyna.

«Nos hemos enfrentado con dos de ellos, esta noche. Quizás eran los jóvenes que han eliminado a los Tremein.»

« ¿Te has vuelto loco? ¿Quieres pedir *ayuda* a unos cazadores?» soltó incrédulo.

«Ellos podrían tener la información que necesitamos» confirmó.

« ¿Y cómo pretendes hacer? Metamos que logramos encontrarlos, no nos podemos presentar ante ellos diciendo: *oh perdonad, ¿por casualidad conocéis la dirección de nuestros primos?*» objetó Sting, callándose inmediatamente. «Excepto que tú no tengas en mente sacarles tal información por la fuerza. En tal caso, estaría plenamente de acuerdo contigo.»

«No sabes donde tengan su base ni cuántos sean. Y aunque lográramos agarrar a uno vivo e interrogarlo, no está dicho que tenga la información que nos sirve» argumentó Alyna.

«Quizás ellos no la tienen, pero cuentan con una red de contactos bien desarrollada en el territorio: podrían hallar la información. Y no usaremos la fuerza, propondremos una contrapartida.»

« ¿De qué tipo de contrapartida estás hablando?» preguntó la vampiresa.

«Nos ofreceremos a ayudarlos a encontrar y eliminar el clan Duergaris que opera en nuestra ciudad.»

Sting abrió los ojos.

« ¡Tú te has vuelto completamente loco!»

«Te equivocas, prueba a razonar. Si elimináramos el clan que ha causado la muerte de Abraham, seremos bien acogidos en el nuevo grupo, y nos podríamos ganar reputación y estima suficientes de poder anhelar de residir en la fortaleza del clan. Si los Duergaris que nos han atacado no trabajan solos, pero forman parte de un grupo organizado, entonces temo que tenemos que esperarnos algo más grave que una emboscada en un callejón o de la muerte de un anciano.»

« ¿Una guerra entre clanes? ¿Iniciada por los Duergaris?»

«Es probable, Alyna.»

«Por tanto ofreceremos a los cazadores material de intercambio que en realidad volvería a nuestro favor. Sería como obtener dos favores sin contrapartida... mmm ¡me gusta la idea!» exultó Sting.

« ¿Pero cómo haremos para acercarnos a ellos sin desencadenar una reacción violenta?»

«Para ello necesitaremos a la chica como portavoz: hará de intermediario entre nosotros y ellos.»

« ¿La chica? ¿Dices aquella que estaba por follarme en el callejón?»

Christopher le lanzó una mirada tétrica mezclada con desprecio y rabia.

« ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?» dijo, sorprendido de aquella mirada asesina.

«Sí, estoy hablando de ella. Mañana, cuando anochezca, iremos a buscarla y la convenceremos de ayudarnos» dijo perentorio. «Ahora voy a arreglar la puerta y a cambiar las ruedas de mi moto. Vosotros estad atentos, podrían regresar» concluyó con tono seco.

Sting se detuvo unos instantes, mientras su amigo abandonaba la biblioteca y salía hacia el exterior de la villa. Alyna lo miró con rencor, y éste respondió a su manifestante odio con una sonrisa guasona.

« ¡Tienes un buen culo, felicidades!» afirmó asintiendo, mientras abandonaba la habitación.

« ¿Qué has dicho?» tronó ella, perpleja y fruncida.

Sting alcanzó a su amigo, que estaba forcejeando con la moto que yacía en tierra para extraerle las gomas rotas.

« ¿Quieres decirme que te pasó antes? ¿Qué tiene de especial esa chica para hacerte actuar así de mal?»

Al inicio éste no respondió, pero después, al percibir la insoportable presencia de Sting pateando de impaciencia a sus espaldas, decidió dar una breve explicación.

«Me recuerda mucho a... ella. Es tan idéntica que parecen la misma persona, al menos físicamente.»

« ¿Estás hablando de... Rachel?»

Christopher asintió con melancolía.

Dirigió la mirada hacia el horizonte, en dirección de la luna llena que dominaba alta en el cielo, cubierta solamente por una fina capa de nubes.

Su mente empezó a vagar en recuerdos.

Los primeros que afloraron fueron breves imágenes de su vida mortal, simples

momentos de la existencia vivida con su esposa, en su modesta casa, en un pequeño pueblo; después el reclutamiento para las guerras indias en la zona del Mississippi, y la separación forzosa de su amada.

El último flash de su vida mortal era la mirada repleta de odio del nativo americano que le clavaba su tomahawk en el pecho.

La respiración ahogada, la mirada fija sobre sus manos.

El despertar. Pocas horas antes que a su mujer Rachel le llegara un telegrama donde se le comunicaba su muerte.

El rostro de ella, desencajado, primero asustado y después inundado de lágrimas de felicidad, cuando lo volvió a ver algunos meses después. Ella no sabía, pero ahora no era más el hombre con el que se había casado.

La mirada que se le clavó en el alma mientras le revelaba en lo que se había convertido; aquella mirada llena de determinación cuando le expresó su deseo de ser exactamente como él.

Borracho de amor, convirtió a su amada en una vampiresa, pero era muy joven para convertirse en una criatura completa.

La debilidad y la continua sed de sangre de Rachel se volvieron cada vez más insoportables. La sangre animal no le bastaba. Así, trágicamente, se vieron obligados a cazar seres humanos.

Al inicio se nutrían solamente de mendigos y prostitutas, personas sin familia a los que nadie habría echado en falta.

Hasta que un día pasó algo inevitable.

Aquella noche, la sed de Rachel era insaciable y fulminante. Él la miraba como apretaba los dientes como tentativo extremo de resistirse, mientras avanzaban bajo la plácida danza de relucientes copos de nieve.

Se encogió más fuerte en el abrigo. La sintió estremecerse a una ráfaga de viento.

«Toma mi bufanda» dijo él mientras se la colocaba alrededor del cuello. Fue a volverse hacia su esposa y se dio cuenta que se había quedado atrás.

Rachel miraba intensamente la decadente fachada de un orfanato. Sus grandes ojos azules declamaban toda la sed que ardía amarga dentro de sí. Avanzó un paso, como hipnotizada.

«¡No!» gritó Christopher, intentando agarrarla.

Ciega de sed, ella lo empujó.

La sangre nueva que corría por sus venas la había reforzado, mientras él, en ayunas, se sentía débil y cansado. Lo fijaba animada por el fuego glacial del deseo de homicidio.

«¡Son solamente niños, Rachel!»

Ella sonrió, una sonrisa cortante como una cuchilla afilada. «Quiero probar la sangre de sus tiernas gargantas.»

«No puedes...»

El sentimiento de horror le impregnó las venas. Sin pensarlo, se lanzó contra Rachel con la intención de detenerla.

La lucha fue ardua y violenta. Se golpearon sin vacilar. Rachel estaba hecha una furia salvaje que respondía a sus ataques con una ferocidad inimaginable.

Se le echó encima, intentando llevarle las manos al cuello con la intención de estrangularlo. Christopher por primera vez en su vida de vampiro, tuvo miedo.

La alejó con todas sus fuerzas.

Rachel resbaló hacia atrás, cayendo sobre una rueda de carro.

Emitió estertor desesperado. Christopher vio horrorizado que algo le salía del pecho y sus vestimentas cándidas se estaban rápidamente manchando de rojo.

La brida trasera del carro la había traspasado de lado a lado.

Rachel alargó un brazo hacia él, con un último tentativo de aferrarlo, a pesar del dolor. En la mitad de la palma de su mano lentamente se abrió una herida que ardía como una brasa. De repente otras laceraciones enardecidas florecieron sobre el cuerpo de Rachel, y él entendió que había iniciado la auto combustión. Estaba muriendo.

Por un breve instante su mirada se volvió casi humana; le pareció liberada de ese final horrible de una pesadilla.

«Aunque te recuerde mucho a ella, debes entender que *no es* ella» exclamó la voz de Sting, retirándolo de sus recuerdos. «De todos modos, ahora que conozco el motivo por lo que te interesa, me mantendré alejado, amigo mío.»

Christopher asintió.

«Lo aprecio mucho, y te pido perdón por haberte golpeado con tanto ímpetu en el callejón.»

«No te preocupes no me has hecho nada. Pero ha sido... extraño.»

«¿Qué quieres decir?»

«Es como si tú no fueras el único a mantenerme alejado de ella, era como si otra fuerza me empujase. Bah, quizás ha sido solamente una impresión mía.»

Capítulo 9 – El Chalet de Jared

[sumario](#)

«Ey, ¿te has embelesado?» preguntó Vans golpeando el hombro de Gabriel.

«¿Qué?»

«Estás fijando la luna, ni aunque fueras un maloliente licántropo, y no dejas de suspirar...»

«No estaba suspirando, solamente estoy un poco resfriado» se justificó.

«De todos modos, la chica regordeta con la coleta y la delantera como *Lara Croft* está interesada en ti, te lo digo.»

«¿Qué estás diciendo?»

«Se, veía que se le caía la baba.»

«Solamente quería entender lo que había pasado, exactamente como las otras dos. Pero, ¿tú crees que le contarán a alguien lo que pasó esta noche?»

«No creo» respondió Vans, seguro, mientras observaba las indicaciones viales para encontrar el enlace que los conduciría al chalet de Jared.

«Mira que por aquí ya pasamos antes. Pilla la segunda calle a la derecha» le indicó el amigo.

«Uhm, ok.»

«Si no te acuerda de la calle que tienes que tomar, ¿por qué no dejas que yo conduzca?»

«¡Ni hablar! Es mi coche, mi volante. Tú haz de navegador y dime dónde debo ir ahora.»

«A izquierda.»

«¡Recibido!»

Vans observó la expresión preocupada de su amigo; la mirada, de nuevo pérdida en el vacío hacia el paisaje débilmente iluminado por los faros antiniebla laterales.

«No te preocupes, no le pasará nada a esas tres. Esos vampiros se habrán alejado, no creo que tengan ganas de más problemas por esta noche.»

«Sé que es absurdo lo que te voy a decir, pero si Angelique estuviera en peligro y me llamara, bueno, una parte de mí estaría feliz.»

«Sí, lo imagino, la parte más abajo de la cintura...»

«¡Tonto! Contigo de ciertas cosas no se puede hablar. Regresando al trabajo: ¿qué piensas de la emboscada de los Duergaris?»

«No estaban allí por nosotros, nos hemos encontrado en mitad de un conflicto»

entre clanes rivales, cosa entre vampiros. Nada de lo que debamos preocuparnos; más se matan entre ellos, menos trabajo habrá que hacer.»

«Ojalá fuera así de simple, pero algo me dice que esta historia no ha acabado aquí.»

«¿Quién te lo dice? Tu superior que está allá arriba, entre las nubes, ¿tú *Señor Dios Todopoderoso*?»

«¡Basta! Sabes perfectamente lo que pienso al respecto» replicó.

«Claro, perdóname, pero es que a veces es más fuerte de mí.»

«Lo sé bien. Ya hemos llegado.» Le indicó el chalet que se levantaba de frente a ellos.

Bajaron del coche.

Las luces dentro de la casa aún estaban encendidas. Jared se presentó ante la puerta: apoyó su fusil a un lado de esta última y les invitó a entrar.

«Esta noche habéis venido temprano. ¿Por qué?»

Kira bajó brincando los últimos tres escalones crujientes hasta el piso de abajo; paseando al trote, del mejor modo que su condición de trípode le permitía, se acercó a Vans y comenzó a ronronear, mientras restregaba la cabeza a los tobillos.

El joven la tomó en brazos. Ella comenzó a olfatearlo, con cierta sospecha.

«Sí, debe haberme quedado encima algo de olor de vampiro.»

«¿Qué cosa? ¿Os habéis topado con vampiros?» preguntó Jared, preocupado.

«La historia es algo complicada. ¿Por casualidad tienes un poco de café?»

«Uhm, lo he apenas hecho, venid.»

Apoyó delicadamente al piso la gata, y los dos lo siguieron hasta la mesa de la cocina.

«¡Eh tío, eres una óptima ama de casa! Está todo en orden y limpio» ironizó Vans, mientras inspeccionaba la cocina con miradas furtivas.

«¡No me gusta vivir en una pocilga, y si esperaba que vosotros dos ablandahigos os pusierais a la labor, me crecía la barba blanca!»

«Bueno, si es por esto, ya la tienes» ironizó Gabriel, indicándole la cara.

«Gabriel, inicia a contarme la historia» exhortó impaciente.

El chico le hizo un detallado resumen sobre los eventos sucedidos durante la noche, de cuando llegaron al *Sol Negro*, a la individuación de los dos vampiros, hasta su intervención en el callejón. La parte que más interesó a Jared fue la llegada de los dos Zmeu Duergaris, que Vans resumió exaltando sus gestas heroicas.

«fanfarronadas aparte, ¿es todo verdad?» preguntó el hombre.

Los dos amigos asintieron repetidas veces.

«¿Estáis seguros que fueran Duergaris?»

«Nosotros no, pero el otro vampiro parecía que sí.»

«¿Y los otros dos? ¿Según vosotros a qué clan pertenecían?»

Gabriel se encogió de hombros.

«Yo creo que eran Morland» supuso Vans.

«¿De qué lo deduces?» preguntó el amigo.

«Sea de la facilidad con la que entraron, que de cómo han convencido a la chica de seguirlos al callejón. Ese tipejo no es que fuera fascinante, con ese pelo rojo lamido y aquellos pantalones de piel ajustados.»

«Veo que le has sacado radiografía. ¿Otros detalles?» se burló Jared.

«Si no hubieran llegado las chicas, la hubiera visto negra» se entrometió Gabriel.

«Bueno, también el larguirucho era un tipo duro. Me resultaron extrañas las palabras de la chica, *él me ha ayudado*. Bueno, quizás simplemente se disputaban su cuello con el amigo, o quizás la pobre estaba aún bajo el influjo de su control mental y tenía la visión equivocada de lo que pasaba a su alrededor.»

«¡De todas maneras, os había dicho de manteneros tranquilos durante un tiempo, y vosotros os habéis metido en problemas!»

«¿Qué teníamos que hacer?» gritó Vans, «¿Dejar que hicieran lo que quisieran con la chica? ¡No señor!»

Levantó a Kira con el brazo ileso y salió de la cocina,

Subió rápidamente las escaleras, farfullando en voz baja una serie de frases e injurias sueltas, intentando de zarandear a la gata lo menos posible. Cuando llegó a su habitación, la apoyó sobre la cama y se acostó, estando atento a no golpearla.

Kira se subió sobre su estómago y comenzó a ronronear silabeando el ritmo con una serie de pasos insistentes.

Vans colocó los brazos debajo de la cabeza y fijó el techo de arquitrabes de madera de aspecto antiguo.

Cerró los ojos, e inmediatamente le vinieron en mente imágenes que hubiera preferido no recordar.

Una chica de pelo castaño le imploraba ayuda, cada vez más débilmente.

Él estaba en el suelo, en un charco formado de su mismo sangre, mientras alguien le presionaba con una bota el esternón que temía que se fracturara de un momento a otro.

Una figura con un largo abrigo de piel aferraba a la chica, tirándole con fuerza

el pelo y reclinándole la cabeza de lado, antes de hundirle los dientes en la yugular.

Recordó sus ojos azules implorantes de ayuda. Recordó como los vio apagarse poco a poco, del mismo modo en que los suyos, por el dolor y la copiosa pérdida de sangre, lentamente se cerraban.

Recordó como su mano tendida hacia la joven cayó a tierra sin fuerza, un instante después que los ojos de ella se volvieran inmóviles y carentes de vida.

Cerró los párpados, a punto de exhalar el último respiro, cuando de repente la punzada al pecho desapareció.

Voces desconocidas y amigas resonaron cerca junto con ruidos de disparos, gritos deshumanos y pisadas de botines.

Y la voz de Jared que decía: *Está muerta.*

Después la voz de su padre que, poniéndole la oreja en su corazón, declaraba: *Aún está vivo.*

«¿Te recuerda a ella, verdad?» dijo Gabriel, sobre el umbral de la puerta de la habitación.

Vans abrió los ojos e inspiró profundamente, haciendo gestos de dolor por las heridas en el brazo y por las fastidiosas uñas de Kira que se clavaban en la trama del jersey.

«Por una parte, sí. No es que se le parezca, pero la situación era muy similar: un callejón, una chica en peligro y dos malditos vampiros. La historia se repite.»

«Pero esta vez ha ido mejor.»

«No está dicho, esos dos asquerosos andan por ahí sueltos.»

«Está bien, pero no puedes continuar a pensar en esos eventos, no te hace bien. Era tu primera misión y saliste vivo de milagro.»

«Sabes que no amo aquella palabra: los milagros no existen» objetó Vans.

«Está bien, ahora deja de culparte. ¿Cuántos años tenías? ¿Diecisiete, dieciocho?»

«Dieciséis.»

«Ves. Eras un chaval con las primeras armas.»

«Era un fanfarrón muy seguro de sí mismo, que hizo morir a una chica que tenía que haber salvado. ¡Pero esto no se repetirá, te lo aseguro!»

Gabriel no estaba seguro de sus palabras, pero no quiso objetar; por lo que prefirió cambiar de argumento.

«¿Por qué no dejas que te medique el brazo?»

«Porque no eres una guapa enfermera, y tampoco me hace daño.»

«Quizás no, pero la herida está sucia, y también el abrigo. Mira, has

manchado todas las mantas, eres un animal.»

«Déjame en paz cinco minutos. Después iré al baño a lavarme, y me desinfectaré la herida, ¿está bien *mamá?*»

«¡Haz como quieras cabezón!»

Capítulo 10 – Regreso en Punta de Pie

[sumario](#)

«Gracias, Tony, y perdónanos por la llamada imprevista» dijo Angelique mientras bajaba del coche.

«De nada, ha sido un placer. Ante todo, para ir a recuperar el coche de Jude, si queréis conozco a un buen mecánico.»

«Era, ehm, un problema eléctrico. Debí de olvidarme algo encendido y boom, la batería se agotó» se justificó ésta.

«Quizás mañana podría revisarla. Tengo unos cables...»

«No importa, tengo un convenio con un taller de reparaciones electro-mecánicas cerca de mi casa, la llevaré allí. Ahora arranca y llévame a casa!» ordenó Jude.

«No, esperemos que Angelique haya entrado» añadió terminante Nina, examinando atentamente la zona adyacente al corto callejón de entrada, adecuadamente iluminado y bordeado solamente por seto bajo.

Las luces en el interior del chalet aún estaban encendidas y, apenas puso las llaves en el ojo de la cerradura, se escuchó un ladrido insistente hasta dentro del coche.

Cuando la joven abrió la puerta, los padres y su fiel perro, un husky de pelo manchado y de ojos claros, la acogieron calurosamente.

Solamente cuando cerró la puerta, Nina realizó finalmente un suspiro de alivio.

«Ahora podemos irnos? ¡Tengo frío y estoy cansada!» protestó Jude.

Nina asintió, y Tony arrancó inmediatamente en dirección a su casa, que no distaba mucho de aquella de Angelique. Llegaron en un santiamén, y después de un rápido saludo, Jude se precipitó hacia la puerta de entrada.

Nina levantó la mirada: una débil luz estaba encendida en el piso de arriba, pero no eran los padres de su amiga. Ellos nunca la esperaban despiertos, porque conocían bien cuánto amaba llegar tarde y lo poco que le gustaba darles explicaciones sobre cómo lo había pasado. La ventana iluminada era la de la habitación de Jude: tenía la costumbre de dejar la luz siempre encendida antes de salir, para que cuando regresaba, la acogiera y la guiase hacia su rincón privado de universo.

Nina comprendía muy bien aquella sensación alentadora, por eso miraba fijamente aquella luz: era como saborear su inminente regreso a casa, en su habitación; al seguro.

Los dos amigos esperaron que la puerta se cerrara, y después arrancaron. Apenas llegó debajo de su casa, Nina le dio un abrazo de amigo y le dio un beso en la mejilla.

«Gracias, Tony, eres un verdadero amigo» le dijo, a poca distancia del esperanzado rostro de éste.

Intentó retirarse, pero el joven no soltó el abrazo.

Pero cuando se dio cuenta de la expresión sorprendida de Nina, soltó la presa y repentinamente se retiró.

«Buenas... buenas noches, Nina» replicó, con tono desilusionado.

«Buenas noches, Tony» dijo Nina con una sonrisa.

Pero apenas se dio la vuelta con la mano aún sobre el seguro de la puerta del coche, él le dijo: «¿Qué pasó esta noche? Las tres tenéis un comportamiento extraño. ¿Por casualidad me estáis escondiendo algo?»

Ella se volvió a acomodar en el asiento y, tomando un largo respiro, respondió con la mayor calma posible: «No ha sucedido nada de extraño, a parte de la avería del coche de Jude.»

«Nina, no soy estúpido. Os he encontrado a pocos metros de tu casa, muertas de frío y sin los abrigos. Pasa el coche, pero no habéis querido regresar al restaurante a buscar vuestros abrigos y bolsos. Y teníais una cara durante todo el trayecto ... Después, cuando Angélique y Jude bajaron del coche, eras demasiado aprensiva, como si te esperaras que alguien apareciera en la oscuridad de un momento a otro, preparado para agredirlas» argumentó serio, demostrando su agudeza.

«¿Qué estás diciendo? Entiendo que te gusten las historias, pero esta vez estás fantaseando demasiado» intentó de ironizar Nina.

«No lo creo. Dime dónde habéis estado y que ha pasado. Por favor, quiero saberlo.»

Ella lo ablandó acariciándole una mejilla. Por un breve y fugaz instante, la idea de contarle todo le pasó por la mente, pero la admonición de Vans y el temor de que Tony la tomara por loca, o peor, y que conocer esta verdad lo pusiera en peligro de cualquier modo, la hicieron desistir.

«Fuimos a un bar y bebimos unas copas, después nos tuvimos que alejar rápidamente porque se desató una pequeña pelea, que creó algo de confusión. El coche de Jude se quedó sin gasolina, y ella es demasiado orgullosa para admitir un error del estilo, así tuvimos que regresar a pie hasta mi casa, y nos olvidamos de recoger los abrigos del bar.» Tony la observó, aún titubeante acerca de la veracidad de la historia, y ella continuó: «Cansadas y con frío, pensamos lo

estúpido que hubiera sido pedir a mi padre de acompañarnos, ya que hubiera hecho un montón de preguntas y se hubiera hecho un montón de películas mentales increíbles. Por eso decidimos de llamar a un amigo de confianza» concluyó sonriendo.

«Sí, claro, un amigo de confianza.»

«De confianza, generoso e impagable!» añadió besándole nuevamente la mejilla.

Después, sin mediar palabra, con una sonrisa y un gesto fugaz con la mano, abandonó el coche y corrió rápidamente hasta el umbral de casa.

En el trayecto, tomó las llaves para no perder tiempo en la puerta, cerrándola con delicadeza a sus espaldas. En aquel momento, escuchó el coche de Tony arrancar.

Nina se quitó los zapatos, el pavimento era frío y resbaladizo debajo del fino nylon de las medias.

Bordeó el arco abierto en el comedor agazapada y furtiva, donde el televisor aún encendido iluminaba el ambiente de manera discontinua. El audio, a bajo volumen, cubría su paso cauteloso.

Una vez superado, se asomó y vio a su padre con la cabeza reclinada sobre el apoyacabezas del sofá, y a su madre apoyada en su hombro, ambos envueltos en una caliente colcha de colores otoñales.

Favorecida por el ruido de la película, continuó escaleras arriba que la conducían a su habitación.

«Uhm, Nina...» dijo la mujer.

Ella se detuvo de golpe, fosilizándose como un ladrón sorprendido ante un agente que le apunta una pistola.

Clarissa se levantó lentamente del sofá. Apagó el televisor, envolvió con cuidado en la suave colcha a su marido, y con paso sigiloso, se acercó a su hija.

«¿Qué tal ha ido? ¿Te preparo algo caliente, quieres?» preguntó a media voz, realizando después una amplia sonrisa.

«Diría que ha ido bien. Pero no me apetece nada, solo una buena noche de descanso, gracias de todos modos» replicó ella, intentando la retirada.

«Espera, te acompaño a la habitación, así me cuentas» dijo la madre con esperanza.

«Clarissa, soy mayor de edad. ¿Qué me dirías, si a partir de hoy, evitamos charlas nocturnas entre madre e hija, que acaban siempre con consejos de hiperprotección, mimos no buscados y excesivos doblados de mantas?» dijo con impaciencia.

«Está bien» respondió la madre, resignada, «como quieras, tesoro.»

Le besó la frente y después la miró satisfecha.

A pesar que tenía un rostro cansado y exhausto, Nina sabía que ante los ojos amorosos de su madre siempre estaría estupenda. No lo había nunca admitido abiertamente, pero esto la tranquilizaba infinitamente.

Le arregló la melena y después distinguiendo la cadena con la Triqueta, dijo:

«Me alegro que la hayas llevado contigo» dijo recogiendo el colgante en la palma de la mano.

De repente, frunció el ceño.

Se lo giró entre los dedos, y después, con expresión muy relajada, le preguntó de nuevo: «¿Entonces fue todo bien esta noche? No ha sucedido nada de extraño, no sé quizás habéis encontrado a algún chico particular...»

Nina arrugó las cejas reduciendo los ojos a una fina fisura.

«¡No!» soltó, «Sino te lo habría dicho... creo» rectificó con un sonrisa cómplice.

«Está bien, tesoro mío» concilió Clarissa, mientras le acariciaba la mejilla con un gesto complaciente. «Perdona la insistencia de una madre que aún no se hace a la idea que su hija ha crecido.»

«No pasa nada, mamá, en fondo me gustan tus atenciones, con el pacto que no exageres!»

La abrazó y permanecieron abrazadas durante un largo tiempo. Las sonrisas que se intercambiaron se transformaron en rostros preocupados y angustiados apenas el rostro de una se apoyó sobre la espalda de la otra.

«Buenas noches» se dijeron a la vez.

Nina se dirigió a su habitación, mientras la madre permaneció de pie en las escaleras, pensativa y preocupada.

Una vez que entró en su habitación, Nina emitió un respiro de alivio.

Se quitó el vestido.

¡Serás fantástico, pero cuánto aprietas y que poco calientas!, pensó apenas se lo quitó.

Después miró su colgante. Lo tomó entre sus manos, como había hecho su madre, e intentó quitárselo, pero una sutil sensación desagradable se lo impidió. Era como si estuviera por renunciar a algo tranquilizador, por lo que decidió dejárselo en el cuello y se puso su cómodo pijama.

Se introdujo debajo de la caliente manta de su cama de soltera y apoyó la cabeza sobre la almohada.

Era consciente que intentar dormirse rápidamente era una mera utopía.

Recorrió mentalmente todos los eventos de habían tenido lugar a lo largo de toda la noche, pasando por alto y olvidándose de la parte más normal y divertida transcurrida con los amigos y amigas en el restaurante, para concentrarse en lo que había sucedido desde el mismo momento que habían puesto un pie dentro del *Sol Negro*.

¿Cómo habrá hecho para convencerme de seguirlo al callejón? No haría nunca una cosa similar con un desconocido, además tampoco me gustaba, con ese pelo rojo engominado. Debe haberme hecho algo, quizás con los ojos y con aquel extraño gesto de las manos, tipo hipnosis o algo por el estilo, razonó, mientras recordaba el acercamiento del vampiro y con la facilidad que la había convencida a seguirlo al callejón.

Si giró de lado, buscando una posición más cómoda, y tiró la manta hasta cubrirse la nariz.

El otro vampiro, aquel con expresión triste, por qué me habrá querido ayudar. No entiendo por qué me miraba de ese modo, y por qué decía algo acerca de mis ojos. Parecía amable, no creo que quisiera hacerme daño, o aprovecharse de mí como pretendía hacer su amigo, se dijo valorando su oportuna intervención, que la había liberado de una situación difícil.

Volvió a darse la vuelta, metiéndose boca abajo y apoyando la cara sobre la suave almohada.

¡Y ese tipo, Vans, es un idiota! Pero... a saber lo que habría sucedido si no hubiera intervenido. Y después, tenía un aire serio cuando me recomendaba de olvidar todo, parecía sinceramente preocupado por mí. Tanto él como Gabriel nos salvaron, y ni siquiera se lo hemos agradecido.

«Quién sabe si volveré a verlo» susurró, dando voz a sus pensamientos.

Suspiró, después olió durante un largo tiempo la funda perfumada y cayó rendida por el cansancio y el sueño. La Triqueta yacía inmóvil entre sus senos. Nina, desconociendo el hecho, se colocó los dedos encima, como si encontrara apoyo.

Capítulo 11 – La Guarida de los Duergaris

[sumario](#)

Una moto deportiva recorre rápidamente una larga carretera de montaña, hasta detenerse de frente a una puerta con dos guardias armados. El motociclista se hizo reconocer; estos abrieron rápidamente y lo dejaron pasar.

Recorrió un breve tramo de desmonte que separaba la puerta de entrada amplia e imponente de la villa.

Delante de la puerta, otros dos guardias armados siguieron atentamente su llegada. Éste aparcó la moto con poco garbo, bajó rápidamente y tirando el casco, se precipitó hacia la entrada. Acompañado por uno de los guardias lo atravesó. Las facciones del rostro, severo y tenso, indicaban un temor y preocupación que por momentos crecían.

De repente alguien lo interceptó en el atrio; los dos mantuvieron una breve conversación, el primero se acomodó en una butaca, esperando, mientras el otro recorrió rápidamente la escalinata que se abría en los pisos superiores.

Una vez alcanzada una maciza puerta, vigilada por dos Duergaris, golpeó ligeramente y una voz desde el interior le dio permiso de entrar.

«Señor, un emisario de muerte acaba de regresar de la misión.»

«Bien, Duncan. Tráemelo.»

«Enseguida, señor.»

Ante la presencia del rostro austero y contraído y por la vestimenta majestuosa del anciano, el Zmeu vaciló, intimidado.

«¡Habla!» le intimó.

«Lord Gregor, mi señor, hemos seguido a los dos jóvenes Morland en un bar nocturno, el *Sol Negro*. Hemos esperado que hicieran sus juegos mentales para seducir a mujeres, por lo que nos hemos escondido en un callejón para tenderles una emboscada», y aquí interrumpió su historia con una mirada cargada de terror.

«Continúa.»

«Le hemos atacado, pero... no estaban solos.»

«¿Qué significa?» le dijo con cólera.

«Con ellos estaban unos cazadores» se apresuró a precisar.

En este momento el vampiro es agarrado por la garganta y elevado de la tierra; no opuso resistencia ni objetó.

«¿Me estás diciendo que los Morland están aliados con los cazadores?»

«Exactamente, señor!»

El anciano vampiro lo soltó y éste pudo apoyar de nuevo los pies a tierra.

«¿Entonces qué pasó y cuántos eran?»

«Eran cuatro; siete si contamos a las jóvenes que los seguían; numéricamente eran superiores» se justificó.

«Háblame de los cazadores» lo acosó con tono irritado.

«Eran muy jóvenes, uno grande, con un grueso revólver, y otro más delgado, con una Ankh de plata que le colgaba del cuello.»

«Tu compañero de misión ha muerto combatiendo, ¿por qué no has hecho lo mismo?»

«He regresado, mi señor, para advertiros de esta inesperada alianza entre los Morland y los cazadores. Estaba seguro que era importante ponerlos al corriente de la situación. ¡He sacrificado mi honor y me he retirado de la lucha para ponerlos al corriente!»

«Bien, lo has hecho. Pero tu papel en esta historia ha llegado a su final» sentenció.

Extrajo rápidamente una katana de la funda y, con un movimiento rápido y preciso, le separó la cabeza del cuello.

«Mi señor» dijo Duncan, «¿Cree que debemos informar a los ancianos de esta imprevista alianza?»

«Les informaré, pero para nosotros no cambiará nada. Las órdenes que hemos recibido son claras. Nuestra campaña acaba de iniciar y ya está dando sus frutos, seguramente no serán un par de cazadores los que nos molesten.»

El discípulo asintió con deferencia.

Capítulo 12 – Solicitud de Mediación

1. [sumario](#)

«Gracias por haberme acompañado, con vosotras me siento más segura» dijo Nina, mientras tomaba del brazo a sus dos mejores amigas.

«Yo me siento segura hasta que él esté allá arriba» respondió Jude indicando hacia el cielo.

«¡Oh, finalmente estás comenzando a creer en Dios!» exclamó Angelique, extasiada.

«¡Qué dices! No me he enloquecido. Yo estaba hablando del sol. Cuando está allá arriba alto en el cielo, entonces me siento más segura, hoy por ejemplo hay demasiadas nubes para mi gusto» precisó ésta, haciendo enfadar a la amiga.

«Hemos llegado» se entrometió Nina, «allí está tu coche.»

«Si queréis, os espero con el motor encendido» propuso Jude.

«¡Ni hablar, tú vienes dentro con nosotras!» Angelique agarró a la presa.

Las tres se petrificaron de frente al bar cuando vieron la insignia que mostraba las indicaciones del horario.

Apertura nocturna: De las 19:30 hasta bien alta la noche.

«¡Ostras! Tenemos que regresar más tarde, cuando haya atardecido» constató amargamente Jude.

«Era de esperar que un lugar de este tipo estuviera desierto durante la tarde» comentó Nina, mirando hacia el interior para ver si veía movimiento.

«Podemos llamar a Tony y Heric, y decirles que nos acompañen. O podemos utilizar el número que me ha dejado Gabriel» soltó Angelique.

«¡No!» gritó Nina. «Regresaremos solas, solamente nosotras tres. No deseo vivir con el miedo solamente porque ahora sé que, además de los maníacos, violadores, secuestradores y otras cosas peores en las que se puede encarnar la raza humana, además existen los vampiros.»

«No estás equivocada» replicó Jude, «pero admitirás que sería mejor si no estuvieran aquellos cosas allá afuera. Además, no quisiera que vinieran aquí de nuevo, quizás exclusivamente para buscarte. La otra vez me pareció que te había despertado un cierto interés el pelirrojo.»

«A propósito, no he tenido aún modo de explicaros mi comportamiento la otra noche...» replicó Nina bajando la mirada.

«¿Qué tiene de extraño? Tenías ganas de festejar. La única cosa discutible fue la elección del sujeto: bajo, delgado, la cresta llena de gel en puro estilo años

Ochenta. La única cosa interesante era que tenía el pelo rojo, y bueno también los ojos azules que no estaban mal, pensándolo bien» argumentó Jude.

«¿Pero qué estás diciendo, te has vuelto loca? Puedo pasar por alto tu ateísmo, tu amor por los borrachos y la vida nocturna, pero estimular a Nina a entregarse al primero que aparece no me parece un buen consejo de amiga. Especialmente cuando hay un montón de buenos chicos, que ella conoce y que la quieren, que darían lo que fuera por estar con ella!» replicó Angelique, con cierto malhumor.

«Calmaros, chicas. La verdad es que debe de haberme hecho algo que me ha hechizado, cuando me miró y movió la mano delante de mi cara. Por lo tanto, si por caso os lo encontrarais a él o a uno de sus similares, estad atentas a no mirarlo muy intensamente en los ojos.»

«Ya, como si hubieran escrito *atención, vampiro*» farfulló Jude, mientras buscaba las llaves del coche. «Venga, vamos, os llevo a casa. Regresaremos más tarde.»

«Ha atardecido, démonos prisa» exhortó Christopher en el umbral de la antigua morada huérfana de la protección del Anciano.

«Una cosa, quién ha dicho que tú eres el jefe y que puedes darnos órdenes?» contestó Sting.

«A mí me está bien que sea él quien nos guíe» dijo Alyna.

«¿Has oído? A ella le parece bien. Y si hiciéramos votaciones, no creo que te votara. Y después, soy el más viejo del grupo» puntualizó Christopher.

«Sí, el más viejo, solamente por unos meses. ¡De todos modos tu plan da asco!» protestó irritado.

«En cambio, para mí, tiene sentido. Las chicas dejaron sus abrigo en el bar, y seguramente el coche también estará en la zona; visto que de día estará cerrado, esta noche seguramente vayan a recuperar sus cosas.»

«Seguramente» comentó Alyna soltando una mirada de presunción a Sting.

«¿Qué cosa? ¿Estás de acuerdo con él? ¡Una novedad!» farfulló con tono sarcástico.

«Al menos él, cuando cruza las piernas no se roza el cerebro.»

«¿Sabes?, eres muy divertida tanto como un palo dentro del...»

«¡Ahora basta!» les reprochó el otro, «¡Estamos en una situación bastante complicada, por eso basta de peleas!»

Después del breve altercado, los tres abandonaron la villa. Sting se dirigió hacia su coche deportivo y Christopher hacia la moto, que había arreglado.

«¿No vamos todos con mi coche?»

«No tengo otro juego de ruedas en el caso que me hicieran otra sorpresa como la de ayer» respondió mientras se colocaba el casco.

Alyna intentó montar en el sillín, pero éste le interceptó la pierna, empujándola de modo grosero.

«¿Qué haces?» preguntó irritado.

«Vengo contigo. No quiero ir en coche con aquel loco.»

«En cambio irás, porque yo no tomo pasajeros en mi moto» le respondió frío, indicándole el vehículo deportivo de Sting.

Éste, obsequioso y divertido por la rabia de la vampiresa, bajó del coche y le abrió la puerta.

«¿Madame?»

Después de haberse quedado durante unos instantes mirando mal al centauro, contrariada por su rechazo, Alyna se resignó a compartir el vehículo con Sting, donde entró de malas ganas.

Cuando regresó a su puesto de conductor, éste se puso a mirarla insistentemente.

«¿Y ahora qué quieres?»

«El cinturón, tesoro: la seguridad en primer lugar.»

«¡Ridículo!» soltó ella.

«Piensa cuánto sería ridículo si tuviéramos un accidente, tu saltaras fuera del cristal y, delante de todos, te levantarás llena de sangre como si nada sucediera.» Enfurruñada, se puso el cinturón. «Pero muy bien, la prudencia no es nunca demasiado. A propósito, ¿has traído contigo algún arma? Podemos tener encuentros poco agradables.»

Entonces Alyna se desabrochó la cazadora de piel y le dejó ver el látigo enganchado en el cinturón.

«Uhm, si deseas practicar con éste, cuando regresamos...» se atrevió a decir poniendo una mirada maliciosa.

«¡No es mala idea, te daría latigazos con mucho gusto!» replicó ella rechinando los caninos desarrollados.

«Bueno, si sirviera para desfogar aquel secular deseo de pene reprimido, ¿por qué no?»

«Arranca y cierra esa asquerosa boca o inicio inmediatamente!»

Sonriendo, Sting giró la llave, haciendo tronar el motor, seguido de Christopher, que fue el primero en arrancar haciendo chirriar los neumáticos.

Cuando alcanzaron la ciudad, se dirigieron al *Sol Negro* y, desde una adecuada distancia, esperaron acechados..

Christopher entró dentro del coche del amigo, temiendo de no ser pasado inadvertido sobre la moto detenida en el borde de la calle.

Los minutos pasaban lentos, y Sting comenzaba a perder la paciencia.

«¡Este plan es un asco! No creo que esas tres regresen esta noche.»

El amigo indicó la acera de enfrente.

«Está bien, me trago todo aquello que dije» dijo mientras las divisaba. «¿Y ahora qué hacemos?»

«Deja que entren. Las alcanzaremos en el bar, así tendremos un lugar tranquilo y público donde poder hablar con calma. Se sentirán al seguro y no harán historias.»

Alyna asintió y Sting masculló.

Las chicas llegaron en el preciso instante que uno de los camareros abría la entrada.

«¿No hay gorilas esta noche?» dijo Jude, que como nunca hubiera agradecido la presencia de hombres fornidos en las inmediaciones.

«No, solamente el viernes y el sábado, después de las once cuando el bar se vuelve una discoteca. El resto de la semana realizamos solamente aperitivos. Los gorilas no sirven, al menos la mayor parte de las veces» respondió el joven realizando una media sonrisa.

«Una pregunta, ¿podemos entrar en el guardarropa? Ayer dejamos olvidados nuestros abrigos, y mi móvil está en el bolsillo del mío» preguntó Nina.

«Sí, claro ¿habéis conservado los tickets?» Las chicas se los mostraron. «Ok, acompañadme.»

Las tres siguieron al camarero en la habitación del guardarropa.

«Siempre alguien se olvida algo, estos deben ser los vuestros» dijo mientras les pasaba los abrigos que se correspondían con los tickets.

Nina controló inmediatamente el bolsillo, y se alegró al encontrar su móvil; estaba apagado, al haberse agotado la carga de la batería.

«Después que llegó la policía, hubo una cierta agitación entre los clientes » dijo el camarero.

«¿Qué pasó?» preguntó Nina, fingiéndose sorprendida.

«Sintieron disparos detrás del bar, y alguien llamó a la policía. ¿Vosotras no estabais? ¿O por casualidad os marchasteis porque escondíais algo?» las provocó el joven mostrando un gesto cómplice.

«No teníamos nada que esconder, el hecho es que la santa aquí presente» replicó Jude indicando Angelique, «tenía el toque de queda, y con la prisa nos olvidamos de recoger los abrigos. ¡Total, con la cantidad de alcohol que

teníamos en el cuerpo, habríamos podido llegar a Siberia!»

«¿Nos puedes contar qué pasó?» insistió Nina.

El camarero le sonrió y, apoyando el brazo sobre el muro, se dirigió hacia ella, que lucía una sonrisa de circunstancia.

«Nada de particularmente grave. Parece ser que la policía encontró unos casquillos, líquido orgánico y sangre. Ah, y cuando se llevaban las pruebas, les vi que introducían la punta de una espada dentro de una bolsa, creo de esas japonesas.»

«¿Una katana?» sugirió Angelique.

«¡Exactamente! Pero no había ningún herido, y menos mal porque sino nos habrían cerrado el bar durante días.»

«Que suerte» masculló Jude, recibiendo un codazo Angelique.

«Gracias por los abrigos» cortó Nina, «nosotras nos vamos.»

«Puedo invitaros a tomar algo, si queréis, antes que...» dijo, como si se fuera embalsamado a fijarla detrás de sus hombres.

A Nina le recorrió un violento escalofrío a lo largo de la espalda: la Triqueta ardía, y ella tenía una fuerte sensación familiar, pero no quería girarse para apurarla, como si rechazara aceptarla.

«¿Qué le pasa?» interrumpió Angelique.

«Idiota mentecato chichisbeo, ¿justo ahora que estabas por ofrecernos una copa?» dijo Jude.

«Chicas...» masculló Nina aterrorizada.

Mientras Angelique le chasqueaba dos dedos delante de los ojos, una mano desde atrás del hombro del joven camarero le agarró el mentón, girándole hacia atrás la cabeza.

Las jóvenes se estremecieron cuando se dieron cuenta que una mujer pálida, aparecida del nada, le susurró mirándole a los ojos: «Bombón vete a dar una vuelta.»

«O-ok, como quieras...» respondió él, mientras se alejaba caminando como un zombi.

La mujer aterradora le escrutó a una de ellas en los ojos.

«Así que vosotras sois las zorras...»

Las jóvenes dieron a la vez un paso hacia atrás.

«Alyna, no las asustes» exhortó una voz detrás. Las tres se giraron, encontrándose con Sting y Christopher delante. Al instante, se juntaron una contra otra, hombro contra hombro.

«¡Oh diablos!» imprecó Jude.

«¡Dios mío!» chilló Angelique.

«¡No os acerquéis!» intimó Nina, llevándose instintivamente la mano a la altura de la Triqueta, que inmediatamente aumentó de calor.

Christopher mostró las palmas de las manos. «Estad tranquilas, no queremos haceros daño.»

Angelique extrajo del bolso un crucifijo de madera, y lo apuntó temblorosa contra la cara de Sting.

«¡Aaah, nooo, es terrible!» gritó mientras se cubría el rostro con ambas manos. Cuando Christopher lo miró mal, se enderezó. «Perdona, pero soñaba desde hace noventa y dos años con hacerlo.»

«¡No es divertido!»

«Tampoco ciertas fijaciones lo son.» Alargó la mano y arrebató el crucifijo de las manos de Angelique, para llevárselo delante de la cara. «Que desperdicio» murmuró y lo tiró de malas ganas al suelo. Un humo ligero e imperceptible se desprendió de su mano. Mientras lo disolvía moviéndola teatralmente hacia delante y atrás, replicó: «Un día me darás las gracias.»

«¡Gracias!» gritó Jude, mientras le disparaba electrodos de un taser directamente sobre el cuello del vampiro, que había extraído del bolsillo de su abrigo.

El vampiro puso los ojos en blanco, apoderado por una potente descarga eléctrica. Su cuerpo dio saltos y vibró durante algunos segundos, provocando una cierta alegría en Alyna y un bufido impaciente en Christopher, hasta que no se hubo arrancado del cuello.

«¡Hace daño!» protestó, «Pero es también un buen excitante para probar con un voltaje menor» constató en voz baja.

«Si por una vez dejas de hacer el idiota...» lo reprendió Christopher.

«¡Ey, han empezado ellas!»

«¡Las estás asustando!»

«¿Qué está pasando aquí?» El dueño del bar y otros dependientes se dirigieron hacia ellos.

«Alyna, hazte cargo de ellos.»

La vampiresa asintió y los alcanzó, mientras se contoneaba con paso decisivo.

Christopher miró a Nina e intentó instaurar un diálogo: «Por favor, creedme, no estamos aquí para haceros daño.»

«Habla por ti» dijo Sting. «Yo un poco de daño a la larguirucha se lo haría con todas mis ganas.» Mientras le guiñaba un ojo.

Jude respondió mostrándole el dedo corazón.

«¿Qué es lo que queréis de nosotras?» preguntó Nina, evitando de mirarlo a los ojos.

«Me llamo Christopher, y quiero que sepas que no utilizaremos nuestro poder sobre vosotras, porque... es difícil controlar la voluntad de una persona que conoce nuestra verdadera identidad. Es como si vuestra mente se cerrara, erigiendo una barrera casi impenetrable.»

Sting blanqueó los ojos, considerando inoportuno y erróneo la postura de su amigo.

Mientras Angelique escuchaba atentamente las palabras de Christopher, Jude, con los ojos entrecerrados, examinaba a Sting con aire indagador, distrayéndose solamente para echar un vistazo desilusionado al taser.

«Yo, yo soy Nina» se presentó titubante. «Gracias por la explicación, pero vuelvo a repetir, ¿qué queréis de nosotras?» Les lanzó una mirada tímida y fugaz.

«Necesitamos vuestra ayuda» dijo Christopher con voz persuasiva.

Hizo un paso para acercarse a ella, pero las tres chicas dieron uno largo hacia atrás.

«Aquello que está intentando decir míster *me la tomo con comodidad*, es que nos sirve un pequeño favor, es una cosa muy simple: solamente tenéis que ponernos en contacto con los cazadores» dijo Sting con una mueca contrariada.

«¿Y por qué?» interrumpió Angelique, con tono belicoso.

«Son cosas que discutiremos directamente con ellos» afirmó Christopher.

«¿Y nosotras que entramos con ellos?» objetó Jude.

«¿Qué os hace pensar que sabemos cómo encontrarlos?» parafraseó Nina.

«De hecho no estábamos seguros, pero tu amiga, con su comportamiento protector, no nos deja dudas.»

Jude le devolvió a Angelique el codazo de antes.

Nina continuó: «Muy bien, ¿y qué te hace pensar que te diremos cómo encontrarlos?»

«Escucha bonita, mira que no queremos hacerles nada ... ehm, de hecho queremos, pero nos sirve un favor, por lo que el baño de sangre queda aplazado a fecha aún por decidir.» Todos los ojos se dirigieron hacia él. «¡Vamos!, ¿por qué no os relajáis un momento? ¡Estoy bromeando!»

«No en el hecho que necesitamos su ayuda.»

«Supongamos que os creemos y que tuviéramos la posibilidad de contactarlos, si no me explicáis con detalle qué queréis de ellos, ¿cómo haremos para convencerlos?»

«Nina, ¿estás loca?» la increpó Angelique desconcertada.

«¡Palabras santas, Angy! ¡De verdad *santas!*!»

«Los vampiros que nos han atacado en el callejón, la otra noche...»

«Aquellos dos armados con una katana, ¿entiendes?»

«Los mismos. Forman parte de un clan rival que, mientras estábamos en el *Sol Negro*, han atacado nuestra guarida.»

«*Son cosas que discutiremos directamente con ellos*» les dijo Sting.

«Como estaba diciendo» continuó Christopher mirando al amigo de mala gana, «han eliminado a aquel que podríamos definir como nuestro supervisor, y sin él estamos fuera del resto del clan. Solamente los ancianos conocen la ubicación de los otros grupos, y nosotros tenemos la extrema necesidad de afiliarnos con uno de ellos para obtener apoyo y protección.»

«Bravo, un aplauso a la discreción. A este punto puedes darles las llaves de casa y una estaca apuntada » interrumpió Sting.

«¡Me fio de ella!» dijo Christopher, sorprendiendo a Nina. «Además los cazadores no darían nunca peso a nuestra necesidad si la justificáramos con historias patéticas.»

«¿Y ellos que ganarían ayudando a unos monstruos sedientos de sangre?» preguntó Jude, perpleja. Las dos amigas la miraron inquietas. «¿Qué pasa? Me parece una pregunta más que legítima.»

«De hecho lo es» concordó Sting, «pero dado que me has dado del *monstruo*, la respuesta me la tengo para mí. Y sobre que estoy *sediento de sangre*, en cambio, no puedo decirte lo contrario.» Le dedicó una sonrisa provocadora.

«Nos uniremos a ellos para cazar al clan Duergaris. Después de lo que pasó la otra noche, estoy seguro que programen buscarlos y eliminarlos» precisó Christopher.

«¿Me lo haces a posta, eh?» disputó Sting.

Christopher no le respondió: Nina se había llevado una mano a la altura del pecho y había extraído un medallón del cuál sentía emanar ondas extrañas. Sting siguió la dirección de su mirada, notando el objeto justo en el momento en que la chica se lo volvía a colocar debajo de la ropa.

«¿Qué es lo que te aprieta entre las tetas?» preguntó Sting, con tono irreverente.

Nina cruzó los brazos y se los colocó delante del pecho. «No es asunto tuyo.»

«Parecía un jodido amuleto, lo que quiere decir que me mantendré alejado de ti.»

«¿Podemos acabar con todo esto?» les exhortó Alyna, ya cansada de vigilar a

todo el personal del local, que esperaba plácido sobre los sofás del reservado.

«¿Nos ayudaréis a interceder con los cazadores? Quizás tenéis la posibilidad de comunicar con ellos o ¿sabéis dónde se encuentra su morada?» preguntó Christopher.

Sting prestó atención, interesado por la respuesta.

Nina tragó saliva, después anunció: «Bueno, no es que después de lo que pasó ayer yo tenga motivo de fiarme de vosotros...»

«Míralo de otro modo: ahora te estamos pidiendo un favor por las buenas, pero podemos siempre pasar a las malas» la amenazó Sting, frunciendo los labios y mostrándole los incisivos.

«¡No! Si no queréis ayudarnos, buscaremos otra solución. Lo que está claro es que no os pasará nada, incluso si...»

«¿Existe un sí?» preguntó Angelique, asustada.

«Como os hemos encontrado nosotros, también podrían hacerlo los vampiros del clan Duergaris. Temo que no les guste saber que los que saben de sus existencia andan por ahí sueltos.»

Nina observó las expresiones tensas e irritadas de las amigas, aquella perversa de Sting y aquella impaciente de Alynna, poco distante.

Por último observó durante largo tiempo, por primera vez, los profundos ojos de Christopher.

Su mirada intensa no escondía malas intenciones o mentiras. Le sonrió apenas ella le dio confianza de cruzar finalmente sus ojos. La intensidad de su mirada se hizo insostenible, era como si pretendía sondear los abismos más recónditos de su alma, en busca de sus pensamientos y deseos más escondidos.

Desvió la mirada y se decidió.

«Tenemos la posibilidad de ponernos en contacto con ellos.»

«¿Y lo haréis?» preguntó él.

«Lo... lo haremos, pero no puedo garantizaros el buen resultado de la respuesta» precisó.

«Esto lo sé, ya que no depende de vosotras. Os pedimos solamente de llevar nuestro mensaje.»

«¿Cómo haremos a contactaros cuando tengamos su respuesta?»

«Deja un mensaje al camarero, del resto nos encargamos nosotros» dijo Christopher sonriendo.

«Está bien. ¿Ahora podemos irnos?»

«Será cuidado nuestro acompañaros al coche, para vuestra seguridad.»

Mientras Alynna impartía instrucciones al camarero, hipnotizándolo con su

poder, los dos vampiros y las tres chicas abandonaron el *Sol Negro*.

Durante el trayecto, Nina y Christopher se intercambiaron fugaces miradas sin decirse ni una palabra. Aún más silenciosa y cautelosa era la sospechosa Angelique, que antes de irse del bar había recogido del suelo su precioso crucifijo, a pesar de su comprobada inutilidad.

Fastidiado por el silencio, y debido a que el sonido de su voz era desde siempre una de sus melodías preferidas, Sting comenzó a provocar a Jude.

«¿Un taser? Me pregunto con cuál objeto probarás a mantenerme alejado la próxima vez» dijo riendo sarcásticamente.

«Si no me equivoco, ¿los botellazos en la cabeza te hacen daño, no?»

«De ti aceptaría cualquier tipo de dolor, si me sirve a hacerme apreciar» respondió con aire persuasivo, sin obtener una respuesta mayor que una breve mueca. «Bonitas tus puntas rojas, larguirucha» añadió.

«¿De verdad que logras verlas incluso desde ahí abajo, especie de tapón perverso?» dijo con ironía Jude.

«Jajaja, mira que quién desprecia, compra. Por cierto, yo soy Sting.»

Ella cruzó los brazos delante del pecho y levantó una ceja con aire desinteresado. Éste se le acercó mosqueado.

«En estos casos se usa decir el nombre.»

«Quizás en tu época: la Edad Media, pero en el siglo XXII a quién no te gusta no le dices un carajo!»

Sting sonrió de gusto.

«No importa, total ya conozco tu nombre, *Jude*. Se lo escuché a tus amiguitas.»

«¿Y entonces por qué diablos me lo preguntas?» lo bloqueó ella, mientras se alejaba con paso enérgico y voluptuoso.

Poco lejos, Alyna soltó una carcajada. Acababa de salir del bar, y no perdió la ocasión para burlarse: «¿Ves que no soy la única? A ella tampoco le gustas. En este caso, yo me haría un par de preguntas.»

Mascullando un insulto, éste se dio la vuelta y abrió la puerta de su coche.

«Por favor, cuento contigo» dijo Christopher mientras le hacía una reverencia a Nina.

La chica tragó saliva y sonrojó débilmente ante aquella exteriorización de confianza y al gesto galante.

El ruido de una bocina rompió aquel tierno momento.

«Debo irme» dijo Nina, indicando con el pulgar a su ansiosa amiga que la esperaba al volante con el motor encendido.

«Hasta pronto» le respondió él, suave, mientras la seguía sin perderla de vista hasta que el coche de Jude no arrancó a toda velocidad.

Capítulo 13 – El Contacto

1. [sumario](#)

Jude aparcó realizando una maniobra única y decida, golpeando al coche que estaba aparcado detrás, y todavía más fuerte aquel situado delante cuando ajustó el

«Entonces, ¿qué pretendes hacer?» la provocó Nina.

«¿Si sobrevivimos a la ira de mis vecinos, estás diciendo?» replicó ella, dando un vistazo al parachoques del coche que tenía de frente.

«¿No pretenderás ayudar a esos monstruos?» dijo Angelique, incrédula.

«Tengo la impresión de no tener otra posibilidad» respondió seria, fijando por turno a sus amigas. «Christopher ha sido amable, pero no sé hasta qué punto él y sus compañeros habrían aceptado un rechazo de nuestra parte. Y después está la cuestión de los vampiros guerreros. ¿Queréis arriesgaros?»

«No sabemos si es verdad» dijo Jude. «Tenía toda la pinta de ser un buen pretexto.»

«¿Y si no lo fuera? ¿Si estuviéramos todos en peligro?»

Las tres se observaron durante un largo tiempo, manteniendo varios minutos de silencio, roto por la voz gritona de Angelique: «¿Quieres que llame a Gabriel?»

«Sí, por favor.»

La chica se acomodó las gafas, tomó un profundo respiro y llamó.

El teléfono móvil de Gabriel emitió las notas de la canción *Sultans of Swing*.

«¿Todavía no has cambiado aquella porquería de tono?» protestó Vans, mientras lo alcanzaba en la habitación.

«¿Aló?» respondió el amigo, seco.

«Ehm, hola Ga-Gabriel... soy Angelique, ¿te acuerdas de mí?»

«Sería retrasado si no me acordara» masculló Jude en voz baja, pero Gabriel igualmente la escuchó.

«Sí, claro, Angelique» confirmó, haciendo un gesto al amigo de seguir la conversación, que puso en modalidad manos libres. «¿Estás bien?»

Se escuchó un traqueteo de murmullos prolongado, alternado con secos susurros incomprensibles y un par de “ah” acompañados de breves quejidos. Por último, silencio.

«¿Hola? ¿Angelique?»

«Soy Nina, Gabriel.»

Vans arrebató el aparato de la mano del amigo y se lo acercó.

«Nina, ¿qué diablos pasa?»

«Oh, Vans, bueno... acabamos regresar del club de la otra noche, el *Sol Negro*; hemos estado allí para recuperar nuestras cosas y el coche de Jude, y...»

«¿Y qué? ¡Vamos habla maldición!» la exhortó de malos modos.

«Esos dos vampiros, aquel alto y su amigo pelirrojo, junto a una chica morena, nos estaban esperando allí.»

«¿Os han hecho algo? ¿Sois sus prisioneras?» supuso de manera anticipada Gabriel.

«No, estamos bien. Pero nos han pedido, diría con cierta insistencia, de contactaros.»

Vans cubrió el pequeño micrófono con la yema del dedo.

«¿Estamos seguros que la conversación esté protegida y que el número no sea localizable?» Gabriel asintió varias veces. «¿Tienen un mensaje para nosotros?»

«Exacto, os quieren pedir un favor.»

«Espera, espera, repite: ¿un favor? ¿Ellos a nosotros? ¿Se han vuelto locos?»

«Escucha, yo te repito solamente lo que me ha dicho Christopher: os ofrecen una especie de intercambio de favores, tienen una propuesta que haceros.»

Vans fijó intensamente a Gabriel, para nada convencido por las palabras de la joven.

«Escúchame bien, Nina. Ahora no estás lúcida, no tienes el pleno control de ti misma, pero puedes adquirirlo si me escuchas atentamente y haces como te digo...»

«No, no, tranquilo, no han usado su poder sobre mí, solamente hemos hablado. Y si me dejas acabar, puedo decirte qué es lo que os quieren proponer.»

«Habla, Nina, te escuchamos» dijo Gabriel.

La chica tomo un largo respiro.

«Resumiendo, su anciano ha sido eliminado por los Duergaris, y necesitan encontrar otro anciano al que poder afiliarse. Por lo que he entendido» añadió estimulada por las miradas de sus amigas, «si vosotros le proporcionáis información sobre el lugar en donde se encuentra una célula de su clan, ellos os ayudarán a buscar y eliminar al grupo Duergaris que les ha atacado y que, al parecer, son también vuestro enemigo.»

Vans se tomó un momento para reflexionar.

«En el caso que quisiéramos ayudarlos, ¿dónde podemos encontrarlos?»

«Tenéis que decírnoslo a nosotras, que daremos vuestro mensaje.»

«Bueno, Nina, no depende solamente de mí. Debo hablar con los otros, antes

de poder darte una respuesta.»

Gabriel quedó pasmado, pero con una mueca y un gesto de la cabeza Vans le hizo entender que tenía todo bajo control.

«Apenas habremos tomado una decisión, os llamaremos.»

«Espero en una respuesta positiva. Christopher me ha parecido un sujeto fiable y muy tranquilo para ser... lo que es.»

«¡Otra que tal baila!» prorrumpió Vans.

«¿Qué?» preguntó ella.

«La enésima fan del vampiro. Bello, tenebroso y doliente: un clásico. Es típico de las chiquillas que leen *Twilight*. ¡Ha sido un maná caído del cielo para aquellos vampiros de las narices!»

«¡Escucha una cosa bonito, no sé con quién normalmente te juntas, pero se ve que no tienes grandes pretensiones! No soy una *fan del vampiro*, sino una que tiene miedo de salir por la noche porque, al improviso, la pequeña e insulsa ciudad en dónde vive está invadido de monstruos asquerosas, y el único que me da algo de seguridad y esperanza, y que me hace sentir protegida, ¿adivina quién es? ¡De seguro no un cazador!»

Colgó el teléfono.

«Me acaba de colgar el teléfono» dijo Vans, asombrado.

«Hizo bien. Siempre con esa historia de *Twilight*.»

«¡Pero es verdad, maldita sea!»

«No para todas, a cuanto parece, y tú tienes la tendencia a generalizar con demasiada superficialidad.»

«¡No soy superficial!»

«Eres prevenido, estás irritado y niegas la evidencia. Yo también odio los vampiros, pero lo tuyo ya es cuestión personal.»

«¡Porque lo es, maldición!» protestó mientras le pegaba el móvil sobre el pecho.

«¿Y entonces qué piensas hacer? Los miedos de Nina a los Duergaris no son inmotivadas.»

«¡Lo sé! Vamos a comunicar a Jared esta situación, quizás planificará algún modo para eliminar a esos dos y a esa puta vampiresa que siempre les acompaña, y a la vez obtener información del escondite de aquellos Zmeu de mierda.»

«Qué ejemplo de clase y templanza» añadió Gabriel, suspirando.

«¡Que estúpido!» soltó Nina, «¡Piensa que estoy coladita del primer vampiro que conozco! Y después, si así fuera, ¿qué le importa?»

«Te lo habré dicho para ponerte en guardia» sugirió Angelique. «De hecho deberías pensarlo dos veces antes de fiarte de ellos.»

«¡Qué dices! Yo creo que es solamente envidia» sentenció Jude.

«¿Qué?»

«¿Por qué envidia?» preguntó Nina, perpleja.

«Me explico: él es un cazador, su enemigo natural es el vampiro, por eso si odia *Twilight* es porque tiene envidia de ese...»

Angelique aspiró para hablar pero Nina gritó: «¡No! ¡No la apoyes en esta locura, al menos tú!»

«Del colmillo, ¿y además? Se sabe que la fascinación del vampiro está cuando muerde, y el cazador está envidioso de su encanto, de aquí ese lenguaje lleno de palabrotas, que denota también una cierta inseguridad, poco disimulada detrás de su máscara de tipo duro.»

Las dos amigas la fijaron desconcertadas.

«Desde cuándo te convertiste en analista?» objetó Angelique.

«No soy una analista pero, a diferencia tuya, he tenido muchas historias y conozco el mecanismo» dijo Jude, iniciando una discusión entre las dos a la que Nina ni siquiera decidió entrar.

La chica estaba demasiado ocupada en reflexionar sobre sus sensaciones personales.

¿De verdad tengo necesidad de estar atenta con Christopher? Así y todo me ha parecido inofensivo y gentil. No me ha parecido para nada que planificara planes diabólicos en mi contra. Su preocupación era sincera... ¿o quizás quiero que lo sea? ¿Quizás he malentendido? ¿Quizás de verdad los vampiros son grandes mentirosos y saben disimular muy bien? ¿Maestros del engaño?

Mueve la cabeza.

No, su mirada no mentía, era triste. A saber lo que significaba... y lo que lo ha llevado a intervenir en mi defensa...

«Ei, Nina, ¿estás bien?» preguntó Angelique sacudiéndole delicadamente un hombro.

«¿Eh? Oh sí, perdonadme, estaba pensando» se justificó inmediatamente.

«¿Piensas que aquel imbécil querrá tratar con los vampiros?» preguntó Jude.

Nina suspiró y se encogió de hombros.

«¿Cómo hago yo a saberlo? De todas formas espero que sí, así se verán con ellos, y por fin nos dejarán en paz.»

A pesar que su afirmación revelaba una cierta impaciencia a la idea de tener que hacer de intermediaria de las dos facciones, esta historia continuaba a

implicarla y, secretamente, a excitarla; tanto que la idea de ser dejada de lado de la aventurada misión la irritaba. Y, viendo el frenesí de sus amigas, también ellas comenzaban a sentirse implicadas de manera placentera en el asunto.

Capítulo 14 – Sombras Grises

1. [sumario](#)

Los dos jóvenes se apresuraron en bajar a planta baja. Kira se asomó por la puerta de la habitación de Vans.

«Te conviene permanecer ahí, aquí abajo tenemos bastante de qué discutir» le sugirió.

La gata, como si hubiera entendido, se estrujó los ojos y volvió a echarse sobre la cama.

Los dos ocuparon las escaleras que crujían. Vans, sospechoso, se agarró al pasamano, pero hizo un gesto de disgusto cuando al pasar los dedos por encima se levantó una gran nube de polvo y otra se quedó pegada sobre las yemas.

«Jared, ¿limpiar un poco no?»

El tío apareció con un paño raído en mano y se lo lanzó de malos modos.

«Inicie usted, *majestad*. ¿No creerás que estás en el Grand Hotel?»

«Jared, acabamos de recibir una llamada extraña de las chicas que conocimos en el callejón» dijo Gabriel, serio.

«¿Qué querían? ¿Qué le firmásemos las bragas?» dijo sarcástico.

«Algo aún más extraño: que hagamos un pacto con los vampiros.»

Moviendo una silla de la mesa de la pequeña sala, el hombre se acomodó y le invitó amablemente a hablar.

Los jóvenes contaron la historia, exactamente cómo se había expuesto Nina y la propuesta de Christopher.

«¿Y qué piensas?» preguntó Vans, apenas Gabriel acabó de contar.

Jared se rascó la barba y reflexionó enfrascado durante unos minutos.

«Tenemos que escuchar lo que nos proponen. Y si confirman las palabras de la joven, haremos un pacto con ellos» sentenció.

«¿Qué cosa? ¿Pero es que están todos locos en esta ciudad?» dijo Vans, irritado.

«Escucha una cosa, chaval, ¿has oído alguna vez el dicho *hay que tener amigos hasta en el infierno*?»

«¡Pero son unos jodidos vampiros!»

«Para ti es siempre todo justo o incorrecto, blanco o negro. ¿No conoces un término medio?» le recriminó severo.

«Pero yo...»

«Hazlo acabar, Vans» le invitó Gabriel.

Jared continuó imperturbable: «Si se compara con el de los Duergaris, el clan de esos tres vampiros es una asociación de amnistía, por lo que cualquier tipo de ayuda es buena para aplastarlos.»

«Y después haremos lo mismo con ellos, ¿no?»

«¡No! Mantendremos la palabra y haremos nuestra parte.»

«Pero Jared, has siempre sostenido que no se puede hacer pactos con vampiros, porque nunca los respetan» contestó Gabriel.

«Lo hemos visto: es probable que intenten matarnos una vez que han realizado su trabajo» añadió Vans.

«Si se demostraran hostiles, entonces actuaremos, pero no seremos nosotros en primer lugar quiénes violemos el acuerdo.»

Los dos no parecían convencidos: la conciliación sonó forzada y una motivación verdadera tardaba en aparecer.

«Escuchad una cosa, no soy un estúpido desprevenido» insistió Jared. «Realizo este trabajo desde hace mucho más tiempo que vosotros y aún se cómo funcionan las cosas.» Los jóvenes le concedieron un poco de atención, sin interrumpirlo. «Nunca se ha escuchado que vampiros pidieran ayuda a cazadores. Podrían ser muy útiles para introducirse en su organización, conocer cómo se mueven los clanes y obtener valiosa información.»

«Nosotros somos cazadores, no espías. Nos han enseñado a matar a aquellos monstruos, no a convertirse en sus aliados.»

«¡Te estoy diciendo que si renuncias a matar a esos tres ahora, podrías matar muchos más con su ayuda en un futuro! ¿Has entendido, cabezón?»

«¡Sssh! Silencio: ¿habéis escuchado?» dijo Gabriel, indicando la puerta, desde de la que fuera provenían ligeros ruidos.

Vans se ocultó detrás de la puerta, Gabriel se resguardó apoyándose sobre la pared, en la penumbra de la sala de entrada, mientras Jared se dirigía a buscar su escopeta recortada.

Un ligero crujido a la altura de la cerradura se anticipó unos instantes el movimiento. De repente la puerta se abrió de par en par y una figura apareció en el interior.

Vans lo agarró por los brazos y, girando sobre sí mismo, lo empujó contra la pared con fuerza.

«¡Aia!» protestó, «¿Qué tipo de bienvenida es esta?»

Vans soltó la presa para observar a quién tenía delante: una chica de larga cabellera lisa, rubia oscuro, que vestía un apretado abrigo militar y unos cómodos pantalones de camuflaje.

«Lynn, solo faltabas tú» dijo dándose la vuelta.

«Hola, Lynn, ¿cómo estás?» le preguntó Gabriel, saludándola con un fuerte abrazo.

«Bien, excepto el golpe en la nariz» replicó mientras se lo frotaba. «¿Me ayudarías a traer las maletas?» le preguntó mientras pestañeaba con aire remilgado.

Él, servicial, inmediatamente se dirigió a buscar las pesadas y grandes maletas.

«Bienvenida, has llegado en el momento justo» afirmó Jared, satisfecho.

«¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Y por qué no has tocado timbre?» contestó Vans.

«He llegado hasta aquí haciendo autostop. El tipo me dejó en la esquina y he continuado a pie. Ese baboso intentó ligar conmigo, pero extrañamente ha cambiado de idea» dijo mientras giraba el cuchillo de caza mostrando una sonrisa inocente. «Y con respecto al forzamiento de la puerta, bueno, quería daros una sorpresa» añadió con una expresión solar.

Vans hizo un gesto una expresión nauseada.

«Estarás cansada por el viaje» añadió Jared. «Vamos a comer algo, así mientras te actualizo. Hay novedades interesantes.»

Ella asintió y se quitó el abrigo, justo en el mismo momento que Gabriel estaba entrando la pesada maleta; y al ver su camiseta adherente negra le provocó un cierto temblor.

«¿Dónde la llevo...?» farfulló.

«Allá, en el final del pasillo» le indicó Jared, mientras acompañaba a Lynn a la cocina.

Vans se dirigió hacia las escaleras, bufando.

«¿Qué haces, no vienes a hablar con ella?»

«¡No tengo tiempo!» respondió, mordaz.

«Te recuerdo que es tu prima, y que deberías intentar ser más amable con ella» insistió el amigo.

«¿Estás seguro? Aún no entendí por qué nos han emparentado, y después no está escrito en ningún lugar que tenga que llevarme de acuerdo solamente porque sea mi prima.»

«¿Qué es lo que no te gusta de ella? Es una chica tan dulce» observó él en voz baja.

«¡Sí, es tan dulce que provoca caries! Escucha, mi desprevenido, fácil de embaucar, e ingenuo amigo: esa mujer es *el diablo*. Es una manipuladora,

imprevisible e insospechable, que usa las zalamerías para obtener todo aquello que quiere.»

«Bueno, ¿y qué criatura de sexo femenino no lo hace? No me parecen características despreciables.»

«Sí, claro. Hazte cargo de ella mientras le acomodas el bolso y las cosas en la habitación» concluyó mientras se alejaba.

Gabriel suspiró paciente, después arrancó hacia el pasillo, maletas en la mano.

Desde la cocina, resonó la dulce voz de Lynn: «Gabriel, tesoro mío, ¿ya que estás, me prepararías la cama? Jared dice que las sábanas están en el armario. ¡Muchas gracias!»

Media hora más tarde, Lynn golpeó la puerta cerrada de la habitación de Vans.

«¿Puedo entrar?» dijo mientras se asomaba tímidamente.

«Las habitaciones ya están asignadas. Vete a la habitación de abajo, justo al lado de la aquella del viejo follador, y suerte: ¡ronca como un tractor!» respondió con tono lúgubre, sin sacar los ojos de la lectura.

Vans estaba acostado sobre la cama, vestía un pijama azul oscuro que tenía más bien el aspecto de un chándal. Kira dormía enrollada sobre la panza, obligándolo a mantener una posición no muy cómoda, todavía más dificultosa por la lectura del compacto volumen que tenía entre las manos.

«¿Qué estás leyendo?» preguntó ella cerrando la puerta a sus espaldas.

Vans cerró el libro con un golpe y lo apoyó sobre la tapa, en la que Lynn hizo apenas en tiempo a entrever un enorme dragón oscuro rodeado de rayos que rompían el cielo borrascoso..

«Un libro de historia, una lectura muy atareada» dijo rápidamente.

«Seguramente será un libro de fantasía, lees solamente eso» replicó ella, agachándose en el suelo para desatarse las pesadas botas, y descalza, caminó hasta sentarse en el borde de la cama.

«¡Es un interesante libro de fantasía!» se defendió él, «Es una obra maestra, y después... ¿qué estás haciendo?» le preguntó perplejo cuando la vio agarrar a Kira. La gata maulló irritada mientras se dirigía a su caseta.

«Me parecía que estabas incómodo con ella encima» admitió sonriente. «Y después, quiero estar yo ahí» añadió sentándose a horcajadas.

«Pero... ¿qué haces?» desaprobó, intentando levantarse, pero ella se lo impidió colocándole las manos bien abiertas sobre su pecho.

«Además, nosotros tenemos que encontrar un modo para convivir pacíficamente» anunció, soltándolo mientras se restregaba ligeramente.

«Bueno, en otras circunstancias esto hubiera sido un óptimo inicio, pero somos primos, no deberías intentar seducirme» replicó él con la voz firme y decidida para compensar el rubor que mostraba.

«¿Qué hay de malo si te quiero hacer un poco de mimos?» preguntó, llevando las manos sobre los botones de la estrecha camiseta, que inició a desabrochar.

«Podría influir en nuestro trabajo de cazadores. ¿Y qué piensas que diría Jared si se enterara? Muy pronto lo sabrá, viendo que su habitación está debajo de la mía» intentó argumentar éste que, sin casi darse cuenta, estaba agarrando los muslos de ella.

«No influenciará en nada, y Jared no nos va a escuchar, salvo que tengas la intención de hacer mucho ruido, o que la cama chirríe» dijo mientras desabrochaba el último botón.

La camisa militar se entreabrió, dejando entrever la cavidad de los senos y el vientre plano, cuyo ombligo estaba decorado con un piercing con una media luna.

Músculos tensos, rostro contraído y pene abultado, Vans intentó autocontrolarse lo máximo posible. «Lynn, piensa, te lo digo por última vez. No soy un santo y tampoco un virtuoso, normalmente cedo a las provocaciones, especialmente de este tipo.»

Lynn se detuvo.

«Lo siento si te he provocado. Pero te he producido un buen efecto, diría: tú me deseas» afirmó maliciosa.

Los dos se miraron a los ojos durante unos instantes, entonces ella, con un movimiento imprevisto y repentino, descendió de la cama.

«Bueno, quizás tienes razón: es mejor evitar problemas. Buenas noches.»

Recogió las botas del suelo y abandonó rápidamente la habitación, dejando a Vans, asustado por la reacción que había tenido.

¡Tendría que haberlo imaginado, es siempre la misma cabrona!, pensó.

Capítulo 15 – Una Comida Difícil

[sumario](#)

«Christopher, ¿piensas que la chica hará lo que le has pedido?» preguntó Alyna, preocupada.

«Creo que sí, algo me dice que podemos fiarnos de ella» dijo seguro.

«Quizás hubiera sido mejor si hubiera usado tu poder sobre Nina, en lugar de explicarle cómo funciona» objetó Sting, parando delante de la clínica privada donde normalmente retiraban las bolsas de transfusión.

La clínica estaba situada en un lugar poco traficado, en la periferia en el sur de la ciudad. La fachada, blanca y con algunas grietas, no estaba especialmente cuidada, pero en el interior el ambiente estaba ordenado y aséptico, con maquinarias modernas y cómodas sillas de espera.

La gente de los alrededores sabía lo bien que los médicos pagaban las “donaciones” de sangre, y cuánto el lugar fuera seguro y limpio. Esto bastaba para garantizar a la clínica una afluencia constante de muchos clientes.

Desde hace muchos años, Abraham y su clan eran asiduos clientes. El equipo médico desconocía su naturaleza y no preguntaba: bastaba con que pagaban diez veces más con respecto a las tarifas de los hospitales. Esto compensaba el fastidio de realizar las entregas por la tarde o por la noche, y aliviaba su curiosidad acerca del uso efectivo que hacían con la sangre.

«¡Que suerte! Temía que fuera demasiado tarde, en cambio todavía hay alguien» constató Sting.

«Recarguemos y evitemos hacernos ver por estos lares» sugirió Christopher, controlando cuánto dinero tenían.

La entrada estaba abierta. Apenas la atravesaron, el ruido fastidioso de una pequeña campanilla situada encima de la puerta resonó débilmente en el ambiente.

En la recepción no había nadie, pero no era una novedad; a menudo cuando llegaban había quedado solamente uno de los médicos, y como mucho un enfermero.

Apenas pusieron pie dentro del edificio, iniciaron a sentir un intenso olor de sangre.

«Que extraño, normalmente el aroma es menos intenso, incluso en la sala de extracciones» dijo Sting, que era el que más a menudo procuraba alimento para el clan. «¡Seguidme!» les incitó, adentrándose en la estructura.

No se cruzaron a nadie, a pesar que el vampiro gritaba el nombre del médico y

de la enfermera con los que normalmente trataba.

Cuando llegaron delante de la habitación donde se guardaba el plasma, notaron la puerta entreabierta, desde la que se entreveía salir un sutil arroyuelo de sangre.

Sting la abrió de un golpe, y el cuerpo que estaba precariamente apoyado en equilibrio cayó al suelo.

Tenía el cuello desgarrado a la altura de la yugular, una intensa palidez en el rostro y los ojos vidriosos aún abiertos. Todo indicaba que había muerto desangrado.

«El Doctor Quentin» dijo indicándolo, antes de entrar en la sala. «Maldición, Debhra!» saltó al ver a la enfermera. La mujer estaba desnuda de la cintura para abajo; con diferentes hematomas y tumefacciones en los muslos y claros signos de mordeduras indicaban en donde habían hallado su perverso placer además de su fuente de alimentación.

Sting le cerró los ojos, fijos en una expresión de dolor y terror, y la recubrió con una sábana blanca que agarró de una camilla.

«Debhra era una chica estupenda. Hemos pasado muy buenos momentos sobre estas camillas» recordó Sting. «¡Esos capullos me la pagarán!»

«Y aquel debe ser el enfermero» dijo Alyna, indicando un segundo hombre con el cuello desgarrado.

«Deben de haber sido al menos tres para hacer esta masacre » precisó Christopher. Después se dirigió hacia la celda frigorífica en donde se conservaban las bolsas de sangre, que no habían sido mínimamente tocadas. «Tomad aquellos contenedores térmicos y llenarlos rápidamente, tenemos que irnos de aquí antes de que llegue alguien» las exhortó.

Rellenad los recipientes, se apresuraron en dejar el edificio pero, apenas estuvieron fuera de la habitación, el sutil ruido de la campanilla de la entrada resonó, anunciando una llegada imprevista. Se escucharon pisadas veloces y apacibles. No tuvieron el tiempo de esconderse que tres vampiros del clan Duergaris aparecieron desde el pasillo.

Al instante, Sting agarró la estaca, Alyna deshizo el látigo y Christopher empuñó la katana.

«Sabíamos que habríais venido a retirar vuestro alimento de vampiros de última categoría» dijo uno de ellos, corpulento y macizo.

«Hemos esperado con ansia vuestra llegada. Ahora resolveremos la cuestión con total tranquilidad» añadió el segundo, llevando la mano sobre la empuñadura de su katana.

«¿Estáis sintiendo el hedor? Sois tan jóvenes que aún tenéis olor de humano» dijo con tono despreciativo el tercero, adelantándose a los otros dos.

«¡Vete a la mierda!» contestó Sting, yendo a su encuentro.

A pocos metros de este último, le arrojó la estaca. Con un agarre seguro y preciso, el Zmeu lo interceptó a la altura del pecho y se apresuró de enviar al adversario una expresión despreciativa que le costó cara: Sting saltó rápidamente, pisoteando literalmente la estaca que aún el Duergaris tenía en mano.

Éste abrió los ojos de par en par, antes que la madera se le clavase en el corazón. El empujón lo hizo caer hacia atrás. Sting lo superó.

«¡Idiota!» le gritó en la cara, después enderezó los dedos de la mano derecha y se los clavó en el pecho, a unos pocos centímetros del orificio de la estaca. «¡Y dos! ¡Mándame una postal desde el infierno, gilipollas!»

El vampiro se quedó con la boca y los ojos abiertos de par en par. Sting extrajo los dedos del esternón un segundo antes que de los dos corazones perforados se propagara la reacción ácida que inició a licuarle del cuerpo.

Al ver el espectáculo, los otros dos Zmeu avanzaron para atacar.

Alyna chasqueó su látigo en dirección del vampiro corpulento. Esta vibró en el aire, produciendo un ruido seco, que se extinguió apenas impactó contra el cuello del objetivo, enrollándose rápidamente como una soga.

El Duergaris llevó las manos al cuello intentando liberarse, pero ella, con una brusca sacudida, lo tiró hacia sí con fuerza. El vampiro giró sobre sí mismo, mientras el látigo se desenrollaba del cuello, dejando en su lugar un profundo surco desde el que desbordaba abundantes borbotones de sangre.

Alyna se encontró cara a cara con su adversario, inmóvil y con expresión atónita, le dio un ligero golpe en la frente, y la cabeza se separó del cuerpo, rodando al suelo.

Poco después, sea el cuerpo que la cabeza iniciaron a hervir desde el interior.

«¿Pero qué tipo de látigo es ese?» preguntó Sting, desconcertado.

«No me digas que ya no la quieres probar» replicó ella fingiendo desilusión.

Mientras tanto Christopher había iniciado un duelo de espada con el tercer Duergaris.

A pesar que era el arma favorita del clan desde hace siglos, y que las técnicas de combate fueran estudiadas por todos los miembros, Christopher fue capaz de plantarle cara sin problemas.

«Si fuera un sable, te hubiera cortado a pedacitos» dijo irónico, moviéndose de modo impecable de frente a la saña de su adversario.

«¿Te sirve una mano?» preguntó Sting, mirándolo, mientras Alyna tomaba las medidas para vibrar un golpe con el látigo.

«¡No, quedaros quietos!» le intimó.

Sting se encogió de hombros y empezó a disfrutar del espectáculo.

No obstante, Alyna comenzó a envolver el látigo con cuidado.

Christopher aprovechó un fondo demasiado desequilibrado de su adversario para parar y abrir la guardia, después lo atravesó con la espada perforándole el pecho transversalmente.

El Duergaris se estremeció y las fuerzas empezaron a flaquear, partiéndose en dos.

Christopher aprovechó para agarrarle la muñeca con la que sujetaba el arma y retorcerla con fuerza, hasta que un ruido decretó su ruptura.

Éste pasó a la presa por la katana y, un instante después, un violento puñetazo lo golpeó en mitad de la cara, tirándolo al suelo.

Sting agarró la estaca, para acabar con su adversario.

«Detente, hay un motivo por lo que lo he dejado con vida.

Alyna, busca algo para atarlo y amordazarlo, y presta atención de no mover la katana: está clavado perfectamente en uno de los dos corazones y tiene herido el otro.

Hasta que permanece ahí, bloqueará la regeneración y le impedirá recuperar las fuerzas.»

«Buena idea» lo increpó Sting.

«Y dime una cosa, ¿cuándo has aprendido a usar la espada de ese modo?»

«Mientras tú solamente te preocupabas de meterla en el primer agujero que encontrabas» replicó Alyna mientras apiolaba al vampiro con tiras hemostáticas.

«Oye chavala, eres una verdadera...»

Christopher lo interrumpió:

«Guárdate tus piropos para más tarde, Sting, y ayúdame a cargarlo: tenemos que largarnos lo antes posible de aquí.»

Capítulo 16 – El Acuerdo

[sumario](#)

«Llama a la chica, dile que estamos listos para discutir un acuerdo» exclamó Jared apenas Vans puso pie en la cocina.

«Buenos días» dijo molesto.

Se miró alrededor:

Gabriel y Lynn estaban desayunando.

El primero se esforzaba por no mirar los pechos de la joven, cuyos contornos eran perfectamente visibles a través de la estrecha y adherente camiseta interior que vestía; la segunda, en cambio, hacía todo lo posible por continuar erguida y quedar bien a la vista, intentando no sonreír demasiado por los tentativos que hacía Gabriel de no mirarla.

«¿No tienes frío así semi desnuda?» le dijo Vans, desviando el importante argumento que había introducido su tío.

«No, estoy bien así» respondió ella, inspirando profundamente.

«Llamaremos inmediatamente a Angelique» dijo Gabriel, que no tenía ganas de encontrarse en el medio de una de sus habituales discusiones.

«Óptimo, era hora» exultó Jared.

«Muy bien, tú sí que eres un hombre de acción, Gabriel» lo ablandó Lynn, acariciándolo.

«Allá voy» anunció éste mientras se levantaba de golpe de la mesa sin acabar sus crepes..

A causa del ímpetu, dio hasta un rodillazo sobre el borde.

Vans se sirvió una taza de café y añadió torvo:

«Voy con él, se me ha pasado el apetito.»

Cuando retiró el teléfono del cargador, Gabriel verificó que tenía suficiente autonomía y llamó a Angelique.

«¿Será un buen horario para contactarla?» preguntó culpable.

«Es tarde para preguntárselo, Romeo.»

En la tranquilidad de la habitación, una dulce melodía repentina, proveniente de la mesita de noche, despertó a Angelique de sobresalto.

Se esforzó por actuar rápidamente y agarró rápidamente el teléfono que le resbaló de las manos, casi cayéndole al suelo.

Después lo agarró fuertemente y controló el número: era el número de Gabriel.

Tragó saliva y acomodándose el pelo con un gesto espontáneo, respondió:

«¿Di-diga?»

«Buenos días, Angelique.

¿Por casualidad te he despertado?»

«Sí, pero ya me estaba levantando.

Tengo que ir al instituto» dijo ella.

«Bueno, bien.

Vans y yo hemos hablado con los demás cazadores y estamos dispuestos a escuchar la propuesta de los Morland.

¿Podrías decírselo a Nina, por favor?»

«¡Claro!» asintió con una exagerada alegría.

«Se lo comunicaré de persona.»

«Perfecto, te lo agradezco, eres muy amable» dijo exhibiendo su mejor sonrisa, como si él pudiera verla.

«¡Oh, por favor, tengo ganas de vomitar!» dijo Vans, metiendo a su amigo en una situación incómoda.

«No le hagas caso, es un verdadero idiota incluso por la mañana» dijo.

«Bueno, la gentileza no es nunca apreciada por quiénes probablemente reciben mucha sin merecérsele.»

«¡Tienes razón!» comentó Gabriel.

«¿Qué ha dicho?» añadió Vans, sospechoso.

El amigo lo ignoró.

«¿Entonces te pondrás en contacto con nosotros apenas sepas algo verdad?

No es el método más rápido de la tierra, pero irá bien.»

«Entonces hasta pronto» dijo, ruborizándose.

«Hasta pronto, Angelique.»

Colgó el teléfono.

«¿Qué ha dicho de mí esa infeliz reprimida?»

Gabriel lo miró mal.

«Un gran verdad: eres un verdadero ignorante.»

Se puso serio, evitándole la mirada.

Vans suspiró.

«Está bien, he entendido, te gusta.

¿Intentaré contenerme la próxima vez, contento?»

«Bueno, ser algo más amable no te hará mal seguro.

Con respecto a ella, no has entendido nada.

Lo siento haberte mentado.»

«No te rayes, la idea de Jared es óptima.

Esta noche, cuando los vampiros vayan a controlar si hay mensajes, nos encontrarán allí, listos para recibirlos y escuchar qué es lo que dicen.

Y si lo que nos proponen no nos gusten...»

Los dos regresaron a la cocina.

«Todo está listo» comunicó Gabriel, sucinto.

«Bien.

Las chicas comunicarán el mensaje durante la jornada, y esta noche, al caer el sol, los vampiros irán al Sol Negro, pero nosotros estaremos allí antes que ellos» dijo Jared.

«Para nosotros, pretendes decir yo, Gabriel y aquella, verdad?» precisó Vans.

«¿Por qué no me quieres en la fiesta?»

«No quiero que te quedes seco en la fiesta.»

Jared suspiró molesto.

«Escucha, yo cazaba vampiros...»

«Sí, la conozco la historia, desde cuando nosotros usábamos pañales, desde antes que aprendiéramos a usar la polla y estupideces del estilo.

Pero tienes que entender que desde entonces ha pasado tiempo, y tu salud no te permite más entrar en acción, ¡entiéndelo de una vez!»

Jared se pasó una mano a la altura del corazón, sacudiendo nerviosamente la cabeza.

«Tío, me ocuparé yo de vigilar a esos dos, estate tranquilo» dijo Lynn, dándole un afectuoso golpecito en el hombro.

«Verás que irá todo bien, Jared.

Llegaremos a un acuerdo sin necesidad de combatir» añadió Gabriel.

«¿No puedes estar callado, por una maldita vez?» protestó Vans.

«¡Sabes que tus previsiones optimistas después siempre acaban jodiéndose!»

Después, al ver la mirada preocupada de su tío, rectificó:

«Pero quizás, esta vez, el monaguillo tiene razón.»

Aquella mañana, Angélique quiso que sus padres la acompañaran al instituto mucho antes de la apertura.

Se detuvo delante de la entrada, inmóvil como una gárgola de piedra, con la mirada atenta, lista a recibir a los dos objetivos primarios.

Nina y Jude llegaron juntas, y ellas las interceptó a unos pocos metros de la entrada.

«¡Me han llamado!» dijo casi sin aliento por la breve carrera que había hecho y la emoción.

«¿Quiénes, los del casting de Gran Hermano?»

¿Acaso les faltaba la religiosa para completar el grupo de locos?» dijo Jude, sarcástica.

Ésta la congeló con una mirada mortal.

«¡Gabriel y Vans!» puntualizó seca.

«¿Qué te han dicho?» preguntó Nina, sorprendida y excitada por la noticia.

«Aceptan encontrarse con ellos, para escuchar lo que quieren proponerles y discutir los términos del acuerdo.»

«Tenemos que ir al Sol Negro para transmitir el mensaje al camarero, así esta noche se lo comunica a Christopher» dijo Nina.

«Yo creo que a ese tipo se le ha fulminado el cerebro, que está las veinticuatro horas del día en el bar haciendo de secretaria» supuso Jude.

«¿Pensad id después de clases?» preguntó tímidamente Angelique.

Nina aspiró para hablar, pero Jude, inquieta se le anticipó.

«Yo diría de ir inmediatamente.»

Agarró a las amigas por los hombros, pero Nina puso resistencia.

«No creo que sea así de urgente: tenemos todo el día para ir» dijo.

«Efectivamente...» añadió Angelique.

«Escuchad una cosa, estamos haciendo una labor importante para esta ciudad, nos merecemos una mañana de descanso.

Además estoy segura que aquel camarero nos preparará todo lo que queramos, por lo tanto...¡aprovechemos!»

Nina sonrió divertida, y después añadió:

«¡Olvídate!

Yo me preocupo por tu hígado.»

«Yo también, te prometo que me comeré todo el apio de mi Bloody Mary.»

«No podemos faltar a clase, nuestros padres se enterarán.

¡Díselo tú también, Angelique!»

Pero ésta calló: no estaba persuadida de querer faltar a clases, pero ardía a la idea de continuar con su misión de intermediaria.

Jude insistió:

«Pensadlo bien.

El sol ahora está alto y, si vamos ahora, no nos arriesgaremos de tener malos encuentros.»

«Me ha convencido» declaró Angelique que, junto a la amiga, fijó a Nina en silencio hasta que no emitió un resoplido en señal de rendimiento.

Las tres hicieron marcha atrás, en dirección al coche de Jude, que estaba aparcada a unos pocos metros.

En aquel instante llegó Tony que, desde lejos, las vio marcharse.

Intentó alcanzarlas, pero en ese momento Heric lo agarró de un hombro:

«Amigo, aún no he tenido el modo de agradecerte por lo del sábado.

Si no me hubieras acompañado y ayudado mientras vomitaba, hubiera acabado muy mal.»

«No te podía dejar conducir en ese estado.

Pero, no vuelvas a emborracharte de ese modo.

Prueba a moderarte, la próxima volta» respondió de mala gana, mientras observaba a las chicas subirse en el coche y marcharse.

Estaba atardeciendo cuando Christopher alcanzó a Sting en el pórtico exterior de la villa.

Con su traje de cuero, su melena roja color sangre y sus fieles ojos oscuros, retaba al último rayo de sol que, alcanzado el crepúsculo, había perdido gran parte de su intensidad; con la misma había disminuido también la influencia negativa de su cuerpo de vampiro.

Christopher inicialmente no le hizo mucho caso, normalmente el amigo realizaba eso que para él no era más que una peligrosas extrañeza sin sentido.

Pero una vez en el coche, la curiosidad pudo más.

«¿Puedes explicarme por qué continúas haciéndote aquellos baños de sol?

Yo también los he probado, y no son para nada agradables.»

«No soy masoquista, si es eso lo que te estás preguntando.»

«De hecho algo de dudas tenía.»

«Entrenamiento.

Se trata solamente de entrenamiento» especificó.

«No puedes ganar al sol, esto incluso un loco como tú debería saberlo.»

«No puedo ganarlo, pero puedo tolerarlo, disminuir el poder que tiene sobre mí, desafiarlo.

Esto me basta, y además...»

«Lo se: siempre has amado el sol.»

«Exacto, era así cuando era humano.

Pero ahora, en cambio...»

Los dos recorrieron las calles secundarias que conducían a la ciudad, para continuar hacia el Sol Negro.

Aparcaron delante del bar, que cerraba por descanso los lunes por lo que estaba completamente desierto.

«¿Crees que ya tendremos nuestra respuesta?» preguntó Sting.

«Algo me dice que sí.»

Descendieron del coche y se dirigieron hacia la entrada.

Apenas atravesaron la puerta, el joven camarero los vio y se precipitó inmediatamente hacia ellos.

«Tengo un mensaje para vosotros...» dijo nervioso, mientras tragaba saliva y miraba hacia atrás.

«Habla» le invitó Christopher.

«La señorita Nina me ha dicho que os comunicara que...»

«Los cazadores quieren saber más acerca de vuestra propuesta» interrumpió Vans a sus espaldas, mientras con una mano les apuntaba con una pistola y en la otra tenía una estaca.

«Ya, y nos gusta ser prevenidos, por lo que no debéis preocuparos, no es nada de personal» añadió Gabriel, saliendo del guardarropa con un frasco de agua santificada en una mano y en la otra una pistola.

«Si yo fuera ellos, algo me preocuparía» concluyó Lynn, saliendo del palco sobrealzado apuntando una ballesta hacia ellos.

La dirigió al camarero y, con la punta de la flecha, les indicó que saliera inmediatamente.

Éste desapareció de la escena sin que se lo repitieran dos veces.

«Os pido que razonéis, estamos aquí solamente para hablar» intentó apaciguarlos Christopher con voz persuasiva, mientras Sting los observaba con desprecio.

«¿Dónde está vuestra hembra?

Por lo que nos han dicho, sois tres en la banda» dijo Vans.

«Está en nuestra guarida, custodiando un elemento importante que forma parte del acuerdo» explicó Christopher.

«¿Es decir?» lo invitó Gabriel, bajando un poco el arma.

«No corras tanto.

En tanto repasemos los pactos» intervino Sting, invitando con un breve ademán a Christopher a hablar.

«Ya sabéis cuáles son los términos de nuestra propuesta, y me imagino que habéis reflexionado acerca de todas sus consecuencias, sea para nosotros que para vosotros.»

«Los Duergaris son uno de los clanes más peligrosos que actualmente se encuentran en circulación» argumentó Gabriel.

«Se nutren solo de manera tradicional, destrozan a sus víctimas y hacen desaparecer los cuerpos.

Entrenan a sus guerreros en el uso de la katana, y cada año reemplazan las

pérdidas con nuevos reclutas.

No desdennan en eliminar a vampiros de otros clanes, o de cargar a ellos la responsabilidad de sus propios asesinatos, para que sean los cazadores quiénes se ocupen de los casos.»

«¡Está preparado!» constató Sting, sorprendido.

«Por eso, eso los convierte en nuestros enemigos, y también los vuestros» concluyó Gabriel.

«Y el enemigo, en este caso vosotros, de tu enemigo es tu amigo.

De todas formas, nos hemos entendido» dijo Vans determinado.

«Es un tonto» sentenció Sting, indicándolo.

«¡Oye, cabeza de cerilla, intenta de no darme motivos fútiles para acabar contigo, porque serían más que suficientes!» replicó mientras le apuntaba con la pistola.

«Oh-oh, ¿prevenido o solamente quisquilloso?»

«¡Empiezo a aburrirme!» exclamó Lynn, sin perder nunca de mira a los dos vampiros.

«Quizás es el caso de ir al punto» sugirió Gabriel, impaciente.

«Nosotros os ayudamos a encontrar y eliminar el clan de los Duergaris,» sostuvo Christopher, «y vosotros, a través de vuestra red de contactos, encontraréis la información que nos sirve.

Me parece un intercambio ecuánime.»

«¿Sabes lo que sería aún mejor?

Si dejáramos que vosotros y los Duergaris os jodierais mutuamente, para después hacernos cargo de los supervivientes» replicó Vans, hostil.

«Así, mientras tanto, una de las jovencitas morirá con la garganta desgarrada.

¡Vaya genio, y cuánta confianza en ti mismo!» lo provocó Sting, sarcástico.

«Ni nosotros podemos hacerlo solos, y para vosotros sería imposible encontrar su escondite sin nuestra ayuda» le advirtió Christopher.

«¿Sabéis lo que os digo malditos estúpidos?» soltó Vans.

«¡No creo para nada que sepáis cómo desencovar a aquellos monstruos, por lo que ahora mismo acabaremos con vosotros, y después a los Duergaris los buscaremos nosotros solitos!»

Sting mostró los incisivos y su rostro se convirtió en una máscara sádica y severa.

Christopher se llevó lentamente la mano a la empuñadura de la katana.

Lynn se preparó a disparar su flecha sobre el primer vampiro que hubiera movido un músculo, mientras Gabriel y Vans apretaron las armas, realizando un

paso hacia adelante.

La tensión estaba latente.

De un momento a otro, se habría desatado un infierno.

«¡Quietos!» interrumpió una joven voz.

Todos se sobresaltaron.

«¿Nina?» dijo Vans, sorprendido.

«¿Pero qué tipo de acuerdo es este?» gritó fijando primero a los cazadores, y después a los ojos tristes de Christopher.

«Siempre dije que la teoría sobre Twilight existe» masculló Vans mirando mal a su amigo.

«Nina, por favor, tienes que irte de aquí» le intimó Gabriel.

«¡Ni lo sueñes! ¿Vosotros leéis los periódicos? ¡Ha ocurrido un desastre en la clínica!»

Allí fuera andan sueltos unos monstruos asesinos y vosotros estáis aquí discutiendo con los únicos que pueden ayudaros»

«Nina, aprecio tu interés, pero podemos muy bien resolver la cuestión entre nosotros. Mantente alejada de esto» le suplicó Christopher.

Sting miró al amigo, después al cazador, y por último a la joven; y sacudiendo la cabeza, interrumpió cansado: «Estas escenas trágicas no las soporto, por lo que las cosas son dos. O nos enfrentamos, y algunos de nosotros no saldremos vivos de esta sala, o bien nos ponemos de acuerdo, y quizás os decimos dónde es que tenemos al Duergaris que hemos capturado.»

Vans bajo su arma.

«¿Tenéis un prisionero?»

«¿No lo has oído?»

¿O quieres que vuelva a repetírtelo?

¡Sí, tenemos un prisionero!» confirmó.

Capítulo 17 – Forma Parte de Mi Trabajo

[sumario](#)

Vans, Gabriel y Lynn se intercambiaron miradas llenas de sospecha pero llenas de interés.

«¿Cómo es que lo habéis capturado entero?» preguntó Gabriel.

«Tenemos nuestros métodos; ahora se encuentra en un lugar seguro, completamente inofensivo» replicó Sting.

«¿Quién nos garantiza que es una gran mentira?» interrumpió Lynn, mientras le apuntaba la ballesta.

«Déjame pensar, dulzura.

¡Mmm, es difícil... ya lo sé!

¿Nadie?» se mofó Sting.

«¡Yo seré la garantía!» anunció Nina.

«Si puede servir...»

Los cazadores se angustiaron al escuchar aquella afirmación.

En cambio los dos vampiros la miraron, incrédulos y agradecido, que ella intercambió con una sonrisa.

Después Christopher dijo con voz segura:

«Con o sin la intercesión de Nina, os entregaremos al prisionero; lo haréis hablar con los métodos que consideréis más oportunos.»

Sting hizo un gesto disgustado y contrariado.

«Por tanto lo hacemos hablar, él nos dice dónde se encuentra la guarida de sus semejantes y vamos todos a acabar con ellos, ¿justo?» resumió Vans.

«Exacto.

Después nos daréis la información que os hemos pedido.

Por nuestra parte, es un acto de confianza, os conviene» remarcó, girándose nuevamente hacia Nina.

«Obviamente, si traicionáis nuestra confianza, alguien se va a arrepentir de ello» comunicó Sting con una gran sonrisa socarrona.

«Soy muy sensible, y después quedo muy desilusionado, por ello guardo tanto rencor.»

Nina lo miró muy mal y éste le extendió los brazos, soltando un ¿“qué pasa?” en labial.

«Si llegáramos a un acuerdo, ¿cómo pretendes actuar?» preguntó Vans a Christopher.

«Existen pocas alternativas» respondió él, «tenéis que venir con nosotros a

nuestra guarida.

El Zmeu se encuentra allí, y desplazarlo sería peligroso.»

Vans y Gabriel se intercambiaron una profunda mirada.

A ninguno de los dos les gustaba la idea de encontrarse en una cueva de vampiros.

«Oye que tampoco es seguro para nosotros haceros saber dónde reposamos de día» replicó Sting, cansado de aquel cansador procrastinar.

«¡Vamos chicos!» los animó Lynn, «¡No existen otras soluciones menos arriesgadas, por lo que decidiros o nos quedaremos aquí toda la noche!»

«Después de la confianza que nos han demostrado, pienso que por una vez podríais ceder» encaró Nina.

«Bueno, me duele admitirlo, pero tendremos que fiarnos» dijo Gabriel a Vans.

Éste último, aunque no estaba de acuerdo, concordó:

«Está bien, tenemos un acuerdo, quizás el primero de la historia entre cazadores y vampiros, una auténtica novedad.»

Lynn bajó la ballesta y abandonó su puesto.

«¡Muy bien, entonces movámonos, que a este paso se hace día!»

«Sabes, bonita, me has quitado las palabras de la boca» comentó Sting, realizando una mueca maligna.

Emitiendo un sonoro bufido, Lynn se colocó la ballesta listo para el combate y respaldó a Vans, que dijo:

«Os seguimos, pero antes llevaremos a Bella a casa.»

«¿Cómo me has llamado?» intervino Nina.

«Por favor, Nina, haz lo que te dice e irá todo bien» la tranquilizó Christopher.

«¡Bien una mierda!» dijo Jude, interrumpiendo en la sala como un ciclón ecuatorial.

Angelique estaba detrás de ella.

«¡Chicas!»

«Mierda, ¿pero por qué las chicas siempre deben complicarlo todo?» interrumpió Vans, fastidiado.

«¿Qué hacen aquí estas dos?» preguntó Lynn.

«Las fans se expanden como un virus» comentó Gabriel, con tono funéreo.

«¿Es que acaso me echabas de menos pelirroja?»

«¡Que te den enano microcéfalo!» lo apostrofó Jude, para después agarrar a su amiga por un brazo.

«Yo digo que estás loca al venir aquí sola en mitad de la noche»

«Cómo os habéis enterado...»

«He llamado hace una hora a tu casa, y tu madre me ha dicho que habías ido a estudiar a casa de Jude, así la he llamado y...»

«¡Y casi me da un infarto cuando me ha llamado!

¡Ahora vas a venir inmediatamente con nosotras!» rugió enfurecida.

«Muy bien, marchaos» les dijo Lynn.

«No, un momento, yo...» probó a oponerse Nina, a pesar que la Triqueta le estaba quemando desde hace un buen rato.

«Nada de peros, tenemos que marcharnos» se impuso Angelique.

Pero mientras se estaban encaminando hacia la puerta, Christopher interrumpió:

«¡Un momento!»

Todos se giraron para mirarlo.

«Quizás es mejor si vosotras tres venís con nosotros.»

«¿Estás loco?» gritaron al menos en cuatro.

«¡Maldita sea, pensad un momento!

El callejón, la clínica... los Zmeu conocen nuestros desplazamientos porque probablemente siempre nos vienen siguiendo.

Podrían perfectamente estar aquí afuera, ahora, por ello es arriesgado ir solas por la ciudad o marcharos solas a casa.

Si vinieran a por vosotras, no habría nadie que pudiera defenderos a vosotras y a vuestras familias.»

Gabriel observó de reojo a Angelique, que fingía mordisquearse las uñas por el miedo, y apretó los puños.

Miró a Vans, y éste dijo:

«El Morland tiene razón.»

«¿Y cuándo iremos de caza?» le preguntó el amigo.

«Las dejaremos en casa de Jared», dijo mientras chasqueaba los dedos, «vosotras tres, con nosotros.»

Jude dio un paso hacia adelante.

Con su altura, se alzó con el dedo levantado, gritando como poseída:

«Nosotras no vamos a ningún lugar, y mucho menos que unos psicópatas muertos vivientes y vivos moribundos como vosotros!

Ahora mismo nosotras nos vamos a casa, y vosotros a tomar por el culo, ¿quedó claro?»

En el bar vacío su voz resonó varias veces, por último reinó una quietud irreal.

Lynn se echó a reír, escrutándola con interés, y entre los cazadores y los vampiros hubo un intercambio de miradas.

«Ella viene con vosotros» respondió Vans, con semblante seco.

«¡Esta colaboración empieza a gustarme!» exultó Sting.

Vans y Gabriel decidieron realizar un recorrido tortuoso y alternativo para despistar a posibles espías.

Estaban en el coche desde hace algunos minutos cuando, para disminuir la tensión, Gabriel tomó la palabra:

«Habéis arriesgado mucho esta noche viniendo hasta aquí.»

Se dio la vuelta, mientras cruzaba la mirada perdida y culpable de Angelique.

«Tenéis que estar muy unidas.

Habéis tenido mucho coraje.»

«La pregunta es» se entrometió Vans, mientras observaba a Nina desde el espejo retrovisor, «¿por qué has venido?

No estabas segura que hubiéramos ido, ni que los Morland vendrían justo esta noche a recoger el mensaje.»

«¿Y vosotros, por qué estabais allí?» replicó Nina, prevenida.

«¡Primero responde a mi pregunta!» anunció Vans, irritado.

Nina reflexionó durante algunos instantes, mientras observaba los ojos serios del joven, que se reflejaban desde el espejo y la expresión tensa de Gabriel y Angelique.

«Sentía una fuerte sensación de inquietud, como si algo pudiera ir mal de un momento a otro, y por eso acudí al lugar en donde pensé que os encontraría a todos.

E hice bien en venir: ¡dos zoquetes como tú y Sting hubierais acabado seguramente discutiendo!»

«¡No oses a compararme con aquel monstruo chupasangre!» dijo resentido.

«Vans» pronunció Gabriel, al ver que el perfil de Nina se alargaba.

«Discúlpame, pero es que estoy un poco malhumorado» dijo arisco.

«¡Esto no te da el derecho de hablarme de ese modo, ni de hacer saltar todo solamente porque odias los vampiros!»

«Sabes, tengo todos los motivos de este mundo para hacerlo.»

«Esto no quita que estabas por perder la cabeza y desencadenar un infierno, incluso después que ellos se habían demostrado colaborativos.»

«Especialmente aquel Christopher, Mister ojos tristes, el bello tenebroso.

Él es uno que sabe mantener la sangre fría, ¿verdad?»

«A mí me parece que sí» replicó Nina, seca.

«Bueno yo no me fío para nada de quién está siempre calmado y relajado.

A saber lo que esconde detrás de aquella cara de cordero degollado.»

«¿Tu en cambio, no logras nunca relajarte?» le respondió con fastidio por los continuos ataques verbales.

Vans suspiró paciente.

«No, desde hace muchos años que no puedo» replicó triste, con la mirada depositada sobre la carretera pero perdido entre oscuros recuerdos.

Aquel tono sorprendió a Nina que aspiró para replicar, pero al ver que encendía el estéreo y subía el volumen manifestó la clara voluntad del joven de interrumpir cualquier diálogo hasta que no hubieran llegado al lugar de la cita.

Junto a Lynn, Jude esperaba enfrente del local la llegada de los dos vampiros.

Habían tomado el coche para realizar una vuelta de reconocimiento, útil para desviar posibles seguimientos.

Estaba muy nervosa, por lo que intentó calmar los nervios fumando un cigarrillo, una cosa que en presencia de Nina y Angelique le estaba absolutamente prohibido.

Para combatir el frío, se paseaba por el borde de la acera, alternando bufidos impacientes con miradas de reojo hacia su compañía.

Lynn no le quitaba los ojos de encima.

De tanto en tanto, se miraba alrededor por seguridad, con la ballesta siempre en posición, pero después volvía a dirigir la mirada hacia ella.

En un momento aspiró para hablar, pero Jude la detuvo:

«Si piensas que pienso socializar contigo, estás equivocando, colega.»

«Está bien, pero me recordaré de esto cuando tenga que salvarte el culo, colega.»

Le soltó una mirada tóxica, que la cazadora devolvió con una media sonrisa complacida.

Jude rodeó el filtro con los labios y realizó una ávida aspiración, que soltó después en forma de nubecilla gris entre el espacio que las separaba.

Después volvió a caminar.

Pocos minutos después, chirriando los neumáticos, un coche deportivo salió de atrás de la curva ocupando la calle.

El vehículo se detuvo delante de ella.

«Sube, pelirroja» dijo Sting, mientras bajaba por la mitad la ventanilla con cristales tintados de su coche deportivo.

«Que te den, gilipollas» replicó mientras pintarrajeaba con la colilla del cigarrillo.

Después de haber neutralizado el posible daño en el interior de su precioso vehículo, se apresuró en responderle agriamente, pero Christopher le hizo un

gesto de mantenerse calmo.

«Señorita, ¿me hace el favor de subir?» volvió a preguntarle con un tono falso y forzado.

Ella sonrió con chulería y montó en los asientos traseros.

Lynn montó después de ella.

Sting metió la marcha.

«Bien, ¡y ahora vayamos a recoger al resto de la banda!», y arrancó haciendo salir humo de los neumáticos contra el asfalto.

«Bienvenidos» dijo Christopher, como un perfecto dueño de casa, mientras abría la puerta de entrada.

Alyna los esperaba en el atrio, con el látigo colgado de la cintura y la mirada siniestra.

Cuando vio a las inesperadas invitadas, no pudo contenerse de pedir explicaciones.

«¿Qué han venido a hacer aquí?»

«Garantía, esta es su función» mintió Sting para no crear celos en la vampiresa.

«No le hagáis caso, acomodaros» insistió Christopher con tono cortés.

«Esta villa pertenecía al vampiro anciano que dirigía nuestro grupo, Abraham Tasker.»

«Prematuramente desaparecido» dijo irónico Vans.

«Me imagino que se encargarán ellos de recoger información sobre los Duergaris» dijo Alyna, cerrando la puerta después que el último de ellos había entrado.

Christopher asintió, mientras Sting torcía la boca.

«Entonces no hay tiempo que perder: quién se ocupa del interrogatorio que me siga, los demás pueden esperar en el salón o en la biblioteca.

No deis demasiadas vueltas por la villa» les avisó.

Vans, con una bolsa que sujetaba en las manos, siguió a la vampiresa.

«Tened paciencia, muy pronto todo habrá acabado y podréis iros» los tranquilizó Christopher.

Nina esbozó una tímida sonrisa.

«Gabriel, tu quédate aquí y controla que todo vaya bien» dijo Vans.

El amigo asintió.

Después se dirigió a Lynn, que ya estaba en fila para seguirlo:

«Preferiría que tu no vinieras.»

Ella lo miró pasmada en los ojos, decididos pero entristecidos.

También Nina captó aquella mirada, que no supo cómo interpretar.

«Está bien» se limitó a responder la cazadora.

El grupo, capitaneado por Alyna, se puso en marcha, dejando atrás a Sting, que fue mirado de manera recelosa por todos los presentes.

«¿Tú por qué no vas?» les preguntó Gabriel.

El vampiro se encogió de hombros.

«No me apetece.

En todo caso, alguien debe quedarse a controlar a los invitados», escudriñó Jude, «supongamos que tengan necesidades particulares...»

«Como, por ejemplo, la de romperte la cara...» replicó ella dándole la espalda.

Tomo a sus amigas por las muñecas, y las arrastró hacia una gran sala elegante y confortable.

Alyna los condujo hasta una maciza puerta dotada de una pesada cerradura; la abrió y entró primera, seguida de Vans y Christopher.

El cazador se miró alrededor; la habitación estaba desnuda y tenía dimensiones modestas.

Las paredes estaban completamente insonorizadas y recubiertas de un tejido color púrpura.

Cadenas que colgaban del techo, una cama de baldaquino y una mesita de madera era la única decoración de la habitación, además de una silla en la que, atado y amordazado, y con una katana aún clavada en el corazón estaba el Duergaris.

«Un bonito lugar, hay que reconocerlo» dijo Vans.

«No sé de preciso para que la utilizaban, puedo solamente presumir que un tiempo atrás el anciano la usara para consumir sus alimentos de manera tradicional.

La insonorización servía para no asustar a los guardias diurnos que eran humanos» argumentó Christopher sin pestañear.

«Estos bonitos discursos no los haces delante de la chica, ¿verdad?» replicó Vans, mientras tiraba la bolsa sobre la mesa.

«¿Queremos comenzar?» propuso Alyna.

El cazador asintió, y ella quitó primero la capucha de la cabeza del prisionero, después se mordió la muñeca y se la colocó debajo de la nariz.

Al sentir el olor de sangre, el vampiro se sobresaltó y, pocos segundos después, comenzó a recuperarse.

Abrió los ojos y los miró con desdén.

«Oh, bienvenido» dijo Vans, prodigándole una gran sonrisa.

Abrió el bolso sin añadir nada más, mientras Christopher y Alyna se colocaban a un lado.

Abrió el bolso e inspeccionó los objetos contenidos en el interior, revolviendo con pocas ganas, sin ni siquiera dirigir una mirada al Duergaris.

«¿Por qué aún no me habéis matado?» preguntó el vampiro, obteniendo como respuesta solamente las miradas vacías e inexpresivas de los dos Morland.

«Ves, bonito, te equivocas si piensas que te darán explicaciones» dijo Vans, dándole una mirada furtiva, y continuó a revolver en el bolso, levantando una ceja, como si estuviera dichoso de haber encontrado algo interesante.

«Calla, humano.

Yo no me rebajo a hablar con la comida!» respondió con tono despreciativo.

«Este es tu segundo error» replicó, y extrajo un puñal con un largo mango de madera, apuntado en el extremo, y lo colocó a vista sobre la mesa.

«¡Ya he entendido, queréis torturarme para sacarme información, pero no hay nada más doloroso que el castigo que me espera si hablo!»

«Tercer error.

Espero por tu bien que tu rápidamente cambies de opinión» dijo el cazador, colocando algunos objetos sobre la mesa con extrema calma y meticulosidad.

El Duergaris cerrando los ojos intentó en vano liberarse de las cadenas que lo tenían prisionero.

Vans terminó de preparar todo lo necesario para iniciar el interrogatorio.

Poco después, hizo una expresión de satisfacción; sobre la mesa estaban dispuestos con cuidado un frasco con una cruz celta impresa, una maciza manopla de plata, una extraña lámpara, al parecer de led, y un cuchillo.

Vans abrió lentamente el frasco, tomó el puñal y vertió líquido sobre la cuchilla.

Se acercó al Duergaris, lo fijó directamente sobre los ojos, reluciendo la misma sonrisa con la que había recibido su despertar.

Con un gesto seco y decidido, clavó el puñal en su muslo; este gritó de dolor.

«¿Quema?

Y es solamente agua.

Bueno, agua santa, se entiende.»

«Aargh!

Maldito humano, ¿qué diablos quieres de mí?»

«¿Quién te dice que yo quiera algo?

Puede ser que solamente me estoy divirtiendo un poco» respondió mientras se colocaba la manopla de plata en la mano derecha.

Un violento puñetazo lo centró en mitad de la cara.

El Duergaris escupió un chorro de sangre que se depositó sobre los pantalones de látex negro de Alyna.

Un ligero chisporroteo y un ligero humo iniciaron a desprenderse del muslo y de la mejilla del Zmeu.

«¿Dónde es que se esconden los demás miembros de tu clan?» preguntó con voz tranquila.

El vampiro se echó a reír de placer.

«¿Todo esto es lo que sabes hacer?»

¡No te diré una mierda!

Tu raza es inferior, los machos humanos son débiles y las hembras son buenas solamente para calmar nuestros apetitos.»

«¡Oh, yo también calmaré tu apetito: cómete esto!»

Un segundo puñetazo lo alcanzó en la boca, haciéndole saltar tres dientes.

Vans depositó sobre el cuchillo otra ración de agua santa, después se la depositó entre las carnes.

El vampiro chilló a grito pelado.

Christopher y Alyna asistieron a la tortura, el primo impasible, la segunda divertida, casi excitada.

«Pero todavía no has visto lo mejor, y te aseguro que lo verás bien.»

Vans encendió la antorcha que tenía una extraña forma, y un fino e intenso haz de luz se proyectó inmediatamente a tierra.

«Ultravioletas, muy similares a la luz del sol, el efecto es similar sobre vuestros cuerpos; solamente se requiere más tiempo para obtener un buen resultado, esta es la única diferencia importante.

Por suerte, no tengo prisa.»

Desde la tierra, la luz pasó sobre el Duergaris, hasta llegar a la mejilla que, lentamente, inició a chisporrotear.

El vampiro se encogió sobre la silla.

Con un gesto sádico sobre la cara, Alyna saltó sobre el vampiro para inmovilizarle la cabeza, mientras Vans orientaba el fino haz de luz sobre el bulbo ocular.

Desde afuera, la gruesa puerta y la insonorización de la sala impedían a los demás escuchar los gritos deshumanos del Duergaris.

Capítulo 18 – Interludios Interesantes

[sumario](#)

Mientras Vans se ocupaba de hacer hablar al Duergaris, en el salón Sting controlaba a las tres chicas, Gabriel y Lynn.

Un silencio pesado flotaba en el aire, un silencio que nadie parecía capaz de romper.

Sting paseaba nerviosamente hacia adelante y hacia atrás, mientras las chicas continuaban a mirarse alrededor, cada vez más aburridas.

La Triqueta de Nina estaba ligeramente caliente, pero la joven ya se había habituado.

Era como si comenzaba a apreciar aquella agradable tibieza sobre el pecho, especialmente después de haber constatado que no le causaba enrojecimientos o irritaciones de algún tipo sobre la piel.

Gabriel observaba los movimientos del vampiro, preparado para actuar ante cualquier mínimo signo de hostilidad.

De reojo examinaba a Angelique que, a menudo, intercambiaba tímidas miradas.

También Jude examinaba con los ojos entrecerrados a una mira bien precisa: Sting.

Sentía un rencor y una repulsión desde el primer momento en el que lo había visto en el Sol Negro, y a pesar de todo, había algo en el que la intrigaba.

Lynn, en cambio, disfrutaba la compañía de su música, que era emitida a bajo volumen desde sus auriculares.

Su aparente desinterés escondía, el control atento que, con rápidos vistazos, ejercitaba sobre todos los presentes y sobre las vías de acceso a la sala.

Pocos minutos después, cogió un cigarrillo, se la puso entre los labios y se levantó, directa hacia la puerta.

«¿Y tú que intenciones tienes?» le preguntó Sting, interponiéndose en su camino.

Esta se le enfrentó con altanería.

«Tengo ganas de fumar y, ya que estoy, quiero rastrear el perímetro» respondió fijándolo directamente en los ojos.

Jude abrió los ojos, pensando que lo de fumar era una óptima idea.

Estaba por ponerse en pie cuando la idea de tomar frío afuera y los consejos recriminatorios de sus amigas le hicieron abandonarla.

Miró a Lynn salir con pesar y con un poco de envidia.

La cazadora le devolvió una mirada de interés, acompañada de una breve sonrisa, un instante antes que Sting la echara de la sala.

Jude apenas hizo en tiempo a devolverle uno de respuesta.

Un par de minutos después, Gabriel se puso de pie de un salto.

Inmediatamente el vampiro se dirigió hacia él.

«¿Dónde estás pensando ir?»

«Visto que tenemos que esperar el interrogatorio, quiero entretenerme leyendo un buen libro.

¿Dónde está la biblioteca?»

«En esa dirección, pero no te pases de listo, en las demás habitaciones está prohibido entrar, ¿entendido?»

Gabriel le devolvió una sonrisa sarcástica.

«¿Vosotras venís?» les preguntó a las chicas.

Angélique se puso de pie inmediatamente, Nina la siguió.

Alcanzaron a Gabriel en el centro de la habitación, maravillándose que Jude no hiciera lo mismo.

La observaron y ella se justificó:

«Ni hablar.

¡Yo no soy tipa de biblioteca!»

«Ya vuestra amiguita se ha ido a dar una vuelta, sería mejor que os mantuvierais juntas, así os podría controlar mejor» dijo Sting, con un extraño tono paciente.

«Yo de aquí no me muevo, estoy cómoda.

Tu si quieres vete a la biblioteca» le respondió colocando las manos detrás de la cabeza.

«Polvo y libros: ¡no, gracias!

Y aquel poco que había de interesante ya lo he leído.»

«¿Entonces qué quieres hacer?

No creo que tu raza tenga el don de estar en dos lugares a la vez» dijo irónico Gabriel.

«Id si queréis, pero nada de bromas, tengo un oído finísimo.»

El cazador y las dos chicas se alejaron en dirección a la biblioteca.

Nina dio una última mirada de preocupación a la amiga; estaba casi por volverse, cuando ella le guiñó un ojo, indicándole de irse.

Jude y Sting se quedaron solos en la gran sala de aspecto austero e imponente.

El continuaba a caminar nerviosamente y a lanzarle breves miradas.

«Mira que puedes relajarte un poco, tanto no tengo la mínima intención de

moverme de aquí.»

Sting la fijó intensamente.

«¿Acaso estás probando a usar tu poder conmigo, cabeza de cerilla?»

«Curioso, eres la segunda persona que me llama así hoy.»

«Es que tu pelo destaca.

El rojo me gusta, no por casualidad es también mi color.»

«De hecho te queda bien» dijo el vampiro a media voz, «y en todo caso no tenía ninguna intención de usar mi poder, estaba solamente buscando las palabras adecuadas para pedirte disculpas.»

La chica hizo una expresión entre sorprendida y atónita.

«Quería pedirte perdón por haberte metido dentro de esta fea historia» continuó con tono disgustado, mientras lentamente se le acercaba.

«Estáis arriesgando la vida y esto no es justo; vosotras no tenéis la culpa de nuestros problemas, y mucho menos de tener que véroslos con aquellos cazadores.»

Ella le devolvió una carcajada, que lo sorprendió.

«¿Acaso está intentado derretirme?»

Por lo poco que te conozco, me parece que no eres de esos que se preocupan por el prójimo.»

Entonces el vampiro le devolvió una sonrisa maliciosa y socarrona, llevando su cara delante de la suya.

«Tienes razón» admitió en un aflato.

«Quería solamente aparentar ser un tipo sensible y atento, cuando de verdad lo único que deseo es arrancarte a mordiscos las bragas y hacerte mía de todas las maneras posibles.»

Jude se echó a reír, de un modo bien alejado de lo divertido.

«Bueno, solo bastaba decirlo...»

Con un movimiento inesperado como imprevisto, lo abrazó y lo tiró hacia ella.

Pegó sus labios a los suyos, y se fundieron en un beso impetuoso y salvaje.

Lo saboreó durante largo tiempo, mientras sus lenguas combatían por apropiarse de la boca del otro.

De repente, Jude separó los labios de los suyos y, jadeante, le lanzó una mirada sensual y decidida.

«¡Dime que no duermes en un ataúd, y que tienes una cama cómoda para follar como se debe!»

El vampiro, asombrado y extasiado por aquel lenguaje desinhibido, la levantó del sofá y la condujo hacia el piso de arriba.

Cuando llegaron al piso de arriba, clavó los pies sobre el suelo y lo empujó con fuerza contra la pared.

La cabeza del vampiro se estrelló violentamente contra la pared pero este no mostró ningún tipo de fastidio.

Jude se acercó hacia él.

Se empujó contra el cuerpo de Sting; sus manos eran rápidas y curiosas, al igual que las de él que, una vez que se posaron sobre las nalgas de Jude, no querían cambiar de lugar.

Sting abrió la puerta de la habitación con una patada, hizo entrar dentro a Jude, entró y la cerró.

Una vez dentro, la empujó de forma descortés sobre las sábanas.

Ella se agachó para sacarse los botines, mientras él se desabrochaba el cinturón de sus pantalones de piel.

Se los sacó, mientras se quitaba el resto de la ropa, mostrando su físico delgado y su pecho completamente lampiño.

Ella hizo lo mismo; y con poca gracia, se desnudó ante él.

Cuando se quedó en bragas y sujetador, Sting se le subió encima, dirigiéndose hacia su cuello.

Por un instante ella se estremeció aterrorizada con la idea que quisiera morderla, pero se tranquilizó cuando sintió sus labios y su lengua acariciarle su piel.

Decidida, le metió una mano dentro de los calzoncillos para buscarle su miembro excitado.

«Estás más caliente de lo que pensaba» constató con placer.

«Hermosura, yo no estoy muerto, mi corazón palpita, lentamente, pero lo suficiente» explicó.

«No me importa, basta que sea suficiente para hacerme sentir tanto placer!»

Él se precipitó hacia sus bragas y se las sacó realizando un único y preciso movimiento.

«Lo siento por ti, pero yo no amo los largos preliminares» le dijo, dominándola.

Ella intentó liberarse con la fuerza, pero Sting mostró resistencia, mientras se reía del intento de demostración de su superioridad física.

Entonces Jude, con un movimiento repentino, le agarró del cuello fuertemente, y haciendo palanca, lo hizo caer de espaldas, y se le subió encima, haciendo girar la situación.

«Y yo no soy una a la que le gusta estar debajo.»

Lo besó nuevamente; y el no mostró resistencia.

Casi una hora después de haber entrado, Vans, Christopher y Alyna salieron de la habitación insonorizada.

El rostro del vampiro era impasible e inexpresivo, mientras que el de ella era de satisfacción y arrobamiento.

Miraba a Vans que estaba a su lado, admirada; estaba a punto de agradecerle por la información que había logrado sacar al Duergaris y por las magistrales torturas que había llevado a cabo con un estilo según ella impecable.

El cazador, por el contrario, tenía una expresión de horror en su rostro.

Con bruscos movimiento de la mano, se rascaba la nariz, como si quisiera eliminar el insistente olor de líquidos pútridos biológicos.

Los tres llegaron al salón.

Al verla desierta, Christopher llamó inmediatamente a Sting, mientras Vans gritaba los nombres de Gabriel y Lynn.

Poco después, de la biblioteca salieron Nina, Angelique y Gabriel.

«Estamos aquí» exclamó el.

«¿Pasa algo?» preguntó mirando a Nina.

«Todo bien» respondió ella, esbozando una sonrisa.

«¿Dónde está Lynn?» preguntó mientras se miraba alrededor.

«Ha ido a controlar afuera, voy a llamarla.»

Gabriel salió entrecerrando la puerta, de frente a la que se apareció Alyna, con porte de guardiana.

Christopher renovó con mayor concitación la llamada, mientras las chicas comenzaban a preocuparse al ver que su amiga no aparecía.

Una serie de pasos agitados se escucharon desde el piso de arriba.

Sting y Jude se asomaron sobre la rampa de escaleras, con el pelo encrespado y jadeante como si vinieran de correr una maratón.

La ropa arrugada y la bota izquierda desatada sugirieron a Nina una clara interpretación de como los dos hubieran pasado el tiempo; también Angelique no tardó mucho tiempo en entender lo que había pasado, al punto que Nina tuvo que acomodar su mentón, colgante por la boca abierta fruto de su desconcierto.

Gabriel y Lynn volvieron a entrar y Alyna cerró la puerta de entrada.

«Bien, ahora estamos todos» dijo Vans.

«Tenemos la información que estábamos buscando.

Cuando volvamos, las chicas podrán regresar a casa» sentenció Christopher.

«No se quedarán aquí» contestó Vans, «prefiero acompañarlas a nuestra guarida, así nuestros compañeros...», por un instante casi les da una señal a

Gabriel y Lynn, «puedan protegerlas adecuadamente.»

«Me parece sensato» confirmó Sting, mientras se colocaba la camisa dentro de los pantalones.

Jude le hizo un tímido gesto indicándole la cremallera, y él la subió con un movimiento seco y desenvuelto.

«Nosotros acompañaremos a las chicas a nuestro refugio, mientras vosotros nos esperaréis delante del Sol Negro» propuso Gabriel.

«Lynn, ¿quieres ir con ellos, o prefieres que vaya yo?» le preguntó Vans.

«No te hagas el protector conmigo, no funciona; iré» replicó.

«Bien, entonces nos vemos delante del Sol Negro» dijo él.

«Bueno, viendo que estamos por iniciar una hazaña peligrosa y letal, yo diría que al menos nos serviría un beso de buena suerte» dijo Lynn, dirigiéndose hacia el inicio de las escaleras, donde Jude y Sting estaban parados uno al lado del otro.

Los dos se miraron a los ojos durante un breve instante, el lapso de tiempo que los pasos veloces de Lynn emplearon en alcanzarlos.

Sting se encogió de hombros.

«Bueno, ¿cómo podría negarle un beso en esta circunstancia?»

«¡No tuyo!» respondió Lynn, un instante antes que se precipitara sobre los labios de la incrédula Jude.

La joven abrió los ojos y se paralizó, después, de frente al ímpetu de la cazadora y de la impaciencia de su lengua de insinuarse en su boca, se dejó llevar.

Envolvente, cautivador e inesperado, aquel beso la excitó tanto como aquellos que había intercambiado hasta hace poco con Sting.

Las amplias bocanadas y las lenguas que se deslizaban se movían ante la mirada atónita del vampiro y de todos los presentes en la sala.

Lynn se separó con pesar de la chica y, después de haberla mirado de reojo sensualmente, le guiñó el ojo y se fue, con la misma velocidad con la que se le había venido encima.

Jude sonrió y dirigió la mirada hacia un incrédulo Sting.

«Bueno, tú lo has dicho:

¿cómo podía negarle un beso en estas circunstancias?» le echó en cara.

«¿Sabes?, no es fácil sorprender a un tipo como yo, pero vosotras lo habéis conseguido.»

Capítulo 19 – El Refugio del Enemigo
sumario

Durante el trayecto en coche, Vans asumió una expresión más tensa y severa de lo normal; no había pronunciado una sola palabra, al igual que Gabriel, que se limitaba a observarlo de costado, en intervalos regulares.

Sabiendo lo que había estado obligado a hacer y cuánto esta cosa pesase sobre su estado de ánimo, Gabriel buscó las palabras más indicadas para levantarle la moral.

La presencia de las chicas, no lo ayudaba a entablar un argumento así de delicado, por lo que decidió enviar un mensaje a Jared, para informarle de lo que había pasado y que ya estaban por llegar.

«Ey, vosotros dos» dijo Jude.

«Cuando entramos en la villa, he escuchado que hablabais de un interrogatorio.

Y visto que también nosotras estamos involucradas en esto, ¿qué piensas si nos dices de que se trata?»

«Ok, como quieras.

Pero, después me cuentas los detalles de tu tête-à-tête con el vampiro» replicó Vans, con tono áspero.

«¡No son cosas que te importen!» gritó resentida, mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba de malas maneras sobre el respaldo del asiento.

«Pero nos implica» replicó Nina, lanzándole una mirada indagadora.

«¿Cómo te vino en mente acostarte con ese tipo?» le reprochó Angelique, escandalizada.

«Veo que nadie sospecha que me haya forzado a hacerlo, utilizando sus poderes» sostuvo contrariada.

«¿Acaso lo hizo?» preguntó Nina, poco convencida.

«Bueno, no.

¡Ha sido una elección mía , y no diré ni una palabra más ni intentaré justificarme con vosotras, o mucho menos con aquel cretino que está al volante!»

«Ella va con un monstruo y después el cretino soy yo» se quejó Vans.

«¿No te parece que ya has sido demasiado grosera con ella?» le preguntó Gabriel, sin obtener respuesta.

Las palabras de Gabriel suscitaron en Nina una rápida asociación de ideas.

Vans era grosero, pero también prepotente y reacio para explicar las cosas como estaban, por el simple hecho que las consideraba tres niñas sin cerebro, incapaces de distinguir un vampiro diamantado de uno verdadero.

Ella no soportaba que los demás le escondieran verdades esenciales y esto la

hacía sentir subestimada.

Era adulta, incluso más madura para su edad, y estaba implicada en este asunto, por lo que tenía el derecho de conocer cualquier aspecto de la cuestión.

Por un momento se olvidó de las proezas sexuales de su amiga, de las que ya hablaría en su momento, y replicó:

«De hecho Jude no está equivocada.

Visto que nos habéis metido en esto, ¿no deberías ponernos al corriente de todo?»

Vans suspiró, y concediéndose una breve pausa, por último respondió:

«Ojos tristes y cabeza de cerilla, junto con la dominadora, han capturado un Duergaris, y me han pedido de sacarle alguna información.»

«¿Por qué te lo han pedido a ti?» objetó Angelique, perpleja, «No me parecen tipos que tienen escrúpulos a levantarle las manos a un prisionero.»

Vans se echó a reír sumisamente.

«Bueno, digamos que muchos de los medios de persuasión que tienen mayor resultado sobre un vampiro no pueden ser utilizados correctamente por otro miembro de la misma raza, ¿entiendes?»

«Sí... creo que entiendo» confirmó Nina.

Siguieron algunos minutos de silencio.

«Quiere decir, que forma parte de mi trabajo, pero es una parte que no me gusta hacer» admitió Vans, de manera espontánea.

«Quiero decir, que a veces no está mal hacérsela pagar a aquellos monstruos, pero no quiero que comportándome de ese modo me convirtiera en un monstruo yo también.»

Nina observó la parte derecha de su rostro extrañamente triste e indignado.

Le hubiera gustado animarlo, hacerlo hablar de la cosa que lo perturbaba, pero entendió que no eran ni el lugar ni el momento más adecuados.

Vans apreció que nadie pidiera más explicaciones que, en todo caso, no hubiera dado.

«¿Y ahora dónde nos está llevando de preciso?» preguntó Angelique.

«Estamos yendo a nuestro refugio.

Allí nos espera nuestro coordinador Jared.

Se ocupará de protegeros» explicó Gabriel.

«Me había parecido escuchar que habían otros cazadores en vuestro refugio, no uno solo » dijo Jude, con tono ácido.

«Bastará» concluyó Vans, lapidario.

Echó un vistazo en el espejo retrovisor, captando los ojos asustados de Nina.

«Y no estaréis solas, está también Kira» añadió esbozando una sonrisa.

«¿Y quién sería?» preguntó Nina, llevándose la mano sobre la Triqueta.

«Es su gata» dijo tajante Gabriel.

«¡Ella es especial!

Tiene un olfato muy particular.»

«Por favor, acomodaros» dijo Vans, mientras abría la puerta.

Las tres entraron tímidamente dentro del chalet, mirándose alrededor con curiosidad.

A pesar que Jared había limpiado y acomodado, se veía que el lugar estaba deshabitado desde hace tiempo y que faltaba un cierto estilo.

«¿Ellas son las jóvenes a las que debo cuidar?» dijo Jared, con un tono ligeramente arisco.

«¿Y este sería el tugurio en donde estaremos al seguro?» replicó Jude.

«¡No seas maleducada!» le reprochó Angelique.

«Gracias por vuestra hospitalidad, estoy segura que aquí estaremos al seguro» concluyó Nina, esbozando una sonrisa.

«Uhm» comentó sonoramente el hombre.

Correteando sobre las escaleras, sin importarle su problema físico, Kira se acercó a las recién llegadas.

Las inspeccionó minuciosamente, girando alrededor y olfateándolas durante largo tiempo, con la cola levantada y los ojos bien abiertos.

«¿Es tu gata?» preguntó Nina, mientras se ponía de cuclillas y le tendía la mano para dejarse olfatear.

Inmediatamente Kira se les acercó, la olfateó con cautela y la observó bien, después acercó su cabeza sobre su mano y se dejó acariciar.

«Más que una gata es una alarma anti-monstruos, diría» respondió Jared, anticipando al joven.

«¿Qué significa?»

«Como te decía antes, tiene un olfato muy particular para espectros, vampiros y monstruos en general» les explicó Vans.

Gabriel le puso una mano sobre el hombro.

«Ahora tenemos que irnos.

No me siento tranquilo en haber dejado a Lynn con aquellos vampiros.»

«Es por ellos que deberías temer» lo animó el amigo.

«Estad atentos, chicos, quiero que regreséis vivos y sanos» dijo Jared, no disimulando su preocupación.

Los dos amigos asintieron.

«Estad atentos» añadió Nina, preocupada.

Vans esbozó un sonrisa y la miró de reojo.

Nina sintió el irrefrenable instinto de abrazarlo, instinto al cuál no quiso oponerse.

Se le tiró al cuello, adhiriendo el perfil a su pecho, con un gesto que no sabía cómo explicarse, como no lograba entender por cuál motivo no podía apartarse de él.

Al igual que todos los presentes, excepto Jude que realizó un gesto malicioso, Vans se quedó paralizado, con los brazos abierto alrededor de ella.

Tragó saliva y, lentamente, le apoyó las manos sobre la espalda.

El cuerpo caliente de Nina y su abrazo inesperadamente fuerte lo llenaron de miedo y de temores que hasta entonces nunca había probado.

Inspirada por su amiga, Angeli que fijó a Gabriel, que le devolvió la mirada, y añadió una sonrisa de estupor.

Por un momento pensó en abrazarlo, pero se contuvo, mientras enrojecía visiblemente mientras pensaba en aquellos que hubiera querido hacer.

Cuando la unión entre Vans y Nina se prolongó hasta al punto de cohibir a los presentes, Jared masculló:

«Ehm, bueno, no es que quiera meterte prisa, pero es que debes irte ya.»

Primero se soltó Vans e inmediatamente después Nina.

Los dos se miraron a los ojos, llenos de extrañas reflexiones confundidas e inexpresivas.

Vans volvió a esbozar de nuevo una tímida sonrisa.

«El tía tiene razón.

Regresaré temprano y entero.»

«¿Es una promesa?» le insistió ella.

«No realizo promesas, pero cuando digo que haré una cosa, me empeño siempre al máximo para hacerla» admitió determinado.

Empujó a Gabriel fuera de la puerta, y poco después su coche salió como una bala por la calle de enfrente, perdiéndose en la noche.

Cuando llegaron al Sol Negro, el coche con los tres vampiros y Lynn ya estaba en el lugar esperándolos.

Se le acercaron con su vehículo y bajaron las ventanillas.

«Os dejamos pasar» dijo Sting, mientras arrancaba.

Los dos vehículos abandonaron la ciudad y continuaron a lo largo de una callejuela secundaria que se internaba en los campos de alrededor.

Sting detuvo el coche a un borde de la calle, a unos doscientos metros de la

puerta de entrada de una amplia villa de campo de estilo victoriano.

Vans detuvo su monovolumen inmediatamente detrás.

Los vampiros y los cazadores se reunieron en la orilla del sendero.

Un ligero viento frío increpaba tímidamente sus rostros tensos.

Vans, Gabriel y Lynn abrieron el portaequipaje para armarse de todo lo necesario.

El primero estaba por encender una lámpara a led, cuando Alynna le agarró de la muñeca fuertemente.

«No es una buena idea.»

Él la fijó, entreviendo los contornos de su rostro, débilmente iluminado por el cuarto de luna.

Ella notó más claramente sus facciones duras y decididas que comenzaba a apreciar.

«Seguidnos rápidos y en silencio» sentenció Christopher mientras se colocaba una katana como bandolera.

El y Sting se acercaron a las puertas de entrada que estaban sin vigilancia y carecían de alarmas.

«Me parece demasiado fácil» comentó el segundo.

Los dos agarraron una barra y abrieron un pasaje.

«Adelante, primero los humanos» dijo Sting con un gesto elocuente.

Los seis continuaron en el interior de la propiedad recintada y se detuvieron al reparo de un espeso seto situado delante de la fachada: dos vampiros armados con una katana y pistolera patrullaban la entrada.

Lynn agarró su preciada ballesta, mientras Alynna extrajo de su pectoral un puñal para lanzar con unas runas incididas en la hoja.

Las dos se intercambiaron una rápida mirada de espera y, anticipando a los demás, se lanzaron contra los guardias como panteras en caza.

Por la breve distancia, la flecha atravesó el corazón izquierdo del vampiro, en el exacto momento que el puñal se clavaba en el otro, mientras el segundo Zmeu fue vuelto inofensivo por un ataque desemeñado cuerpo a cuerpo.

Como si fuera una danza sincronizada, Lynn le rompió el corazón con un cuchillo de caza, mientras Alynna desgarraba el otro con sus afiladas uñas.

Todo ello conteniendo el jaleo gracias al efecto sorpresa: veloces y letales como rayos, sus ataques no habían dado a los adversarios ni el tiempo de concebir el dolor.

Vans y Christopher se intercambiaron una mirada de asombro.

Gabriel les exhortó a continuar:

«Bueno, no os asombréis mucho, actualmente son las mujeres las que resuelven la mayor parte de los problemas.»

«O a crearlos» añadió Sting.

«Lo que es verdaderamente extraordinario es cómo han hecho en coordinarse de aquella manera sin haber nunca luchado juntas» murmuró Vans, suscitando una leve sonrisa de complacido en Christopher.

Mientras los Duergaris echaban espuma quedando reducidos en líquido orgánico, Alyna recuperó el puñal, y sin pensar demasiado en una estrategia y optando aún en el factor sorpresa, ella y el grupo hicieron una irrupción en la villa.

El gran recibidor situado delante de ellos estaba vacío.

Dos pasillos daban sobre ambos lados de la casa, mientras una larga escalinata en el centro llevaba a los pisos superiores.

De la zona más alta llegaron dos Zmeu.

Mientras llevaban las katanas apuntadas descendieron la larga rampa realizando amplios saltos.

Uno de ellos se lanzó contra los Morland mientras que el otro olfateando el olor de humano, se enfrentó a los cazadores.

Vans disparó dos tiros a la altura de sus corazones, derribándolo al instante.

Cuando se dieron cuenta que aún faltaba uno, Gabriel se precipitó para clavarle su estaca, y originar la licuefacción.

Christopher esperó a su adversario extrayendo su espada; los metales de las cuchillas chirriaron produciendo chispas y crujidos al tocarse entre ellos.

Durante el duelo, Sting se situó a espaldas de su enemigo; con movimientos muy rápidos y precisos, mientras le clavaba una estaca en la espalda.

Este cayó al suelo, y mientras esperaba su estocada final, apareció Alyna y lo detuvo:

«¡Espera!»

Mientras el vampiro se levantaba con esfuerzo, ella golpeó su látigo y le rodeó el cuello, y con una patada lo derribó al suelo.

Después escrutó a los demás y exclamó:

«¿Estáis escuchando?»

«¿Y que se supone que deberíamos sentir?» interrumpió Vans.

«No sentimos nada» afirmó Christopher, con las orejas apuntadas hacia el piso de arriba.

«Nadie acude» añadió Sting, sospechoso.

«¡Y no creo que sean solo cuatro!» exclamó Lynn.

«Yo también me esperaba un grupo más numeroso» dijo Sting, «pero considerando los dos del callejón y los tres que hemos eliminado en la clínica , es probable que no haya más.»

«¿En una casa así de grande?» señaló Gabriel, perplejo.

«¿Y su anciano?»

Siguieron largos intercambios de miradas ansiosas, después el Duergaris levantándose a gatas, se llevó las manos al látigo intentando inútilmente de liberarse, y las atenciones se catalizaron sobre él.

«¿Quizás es el caso de preguntar a tu amiguito?» propuse Vans a Alyna.

La vampiresa respondió con una malvada sonrisa de deleite y dando tirón al látigo, derribó al infeliz al suelo.

«¿Dónde están tus compañeros?

¡Habla!»

El vampiro se echó a reír, y con la poca fuerza que le permitía el agarre del látigo, replicó con desprecio:

«No tiene importancia, porque serán ellos los que os encuentren a vosotros.»

«¡Claro, pero a nosotros no nos gusta esperar, por lo que haznos ahorrar tiempo y nosotros te ahorraremos el dolor!» insistió Vans.

«Digamos que en este momento se están ocupando de las palomillas que se habían acercado demasiado al fuego...»

Siguió riendo, mientras ríos de sangre le colaban del cuello y de un lado de la boca.

Con desprecio y realizando un golpe seco Alyna le arrancó la cabeza de cuajo.

«¿Que entiende por "palomillas"?» dijo Sting.

Christopher y Gabriel abrieron los ojos al mismo tiempo.

«Las chicas...» dijo el primero.

«Jared...» dijo el segundo.

Vans salió de la villa corriendo; Lynn y Gabriel detrás de él.

Los vampiros le siguieron sin pensárselo ni un segundo.

Capítulo 20 – Contraataque por Sorpresa

[sumario](#)

«¿Entonces vosotros os dedicáis a cazar vampiros?» preguntó Jude interrumpiendo un largo silencio que, para su gusto, estaba durando demasiado.

«Exacto» se limitó a responder Jared.

«¿Sois un movimiento afiliado a la Iglesia o qué?» preguntó Angelique.

«¿La Iglesia?

Hablas como si existiera solo una, y sobretodo como si pudiera ser el remedio de todos los males del mundo y no la causa» replicó el hombre, mientras la hacía callar de repente.

«¿Acaso existen clanes rivales que combaten entre ellos?

¿Qué sentido tiene?» anunció Nina rápidamente para salvar a su amiga de la brusca reacción del hombre.

«Finalmente una pregunta sensata» constató Jared, levantando una ceja.

«Mira chica, no es una cuestión solamente de clanes, sino también de razas: no existe una sola.

Existen los Pricolic, de los que forma parte el clan de los Morland, que son quizás el mal menor, excepto que seas una chica joven y atractiva.»

Nina se sintió nuevamente aludida.

«Después están los Zmeu, de los que forman parte los Duergaris.

Aquellos bastardos son peligrosos, les gusta buscar camorra y provocar víctimas.

No se conforman con beber sangre extraída de forma artificial, como hacen muchos clanes.

Cada raza tiene sus peculiaridades y su tradición, por lo que no pueden ir todas de acuerdo.

«¿Por lo que cada clan pertenece a una raza diferente?» supuso Jude.

«Existen diferentes clanes para cada raza.

A veces toman el nombre de su fundador, otros de la región en la que se reunieron.

¿Sabéis una cosa? no se reproducen de modo tradicional.

Al menos, no que yo sepa.»

«Entonces ahorrarán un montón de preservativos» dijo con tono irónico Jude, ganándose tres malas miradas.

«¿En qué se diferencian las razas?» preguntó Nina.

«Bueno, depende.

Existen vampiros considerados vivos, como los Morland, que tienen un latido casi regular, o aquellos con pulsaciones talmente lentas que parecen más bien cadáveres ambulantes.

Poseen poderes sobrenaturales diferentes: algunos la hipnosis, otros la velocidad o la fuerza muy desarrolladas, y otras cosas escalofriantes.

Por último, la mayor parte de ellos se nutre chupando sangre, o asumiéndolo de alguna manera, pero existen algunos que absorben energía de los cuerpos de los seres vivos.»

«¿Y cómo hay que hacer para protegerse?

Porque la cruz con la que les he apuntado no hizo mucho efecto» admitió Angelique.

«Los símbolos sagrados no sirven mucho, pero normalmente una buena estaca clavada en el corazón, especialmente si es de plata, hace siempre su trabajo.»

«¿Qué tiene de especial la plata?» preguntó la chica.

«Suelta una serie de iones que provocan una especie de reacción alérgica extrema que se desencadena, a su vez, en una química.

La plata bloquea la auto regeneración de los tejidos y, si es prolongada, dependiendo de las razas, puede causar auto combustión espontánea, deshidratación total o licuefacción.»

«¿Y la estaca?» dijo Nina.

«La estaca sirve a volverlos inofensivos, como si estuvieran en estado de coma, pero debes matarlos de otra manera y estar bien atento a no extraerlo si no quieres que se despierten.

En el caso de un Zmeu, te sirve uno más porque, después de la mutación en vampiro, desarrollan un segundo corazón.»

«¿Y el ajo?» preguntó Jude.

«A ver pelirroja, si tuvieras un olfato muy desarrollado, ¿tú qué harías?»

«Puag, ¡escaparía!»

«Ellos desgraciadamente no siempre: el ajo, como también el espino, la rosa canina y otras hierbas sirven solamente para desorientarlos, para cubrir otros olores, no necesariamente para mantenerlos alejados.»

«Si la plata es mortal para ellos, ¿por qué cuando Vans les disparó en el pecho, el vampiro se recuperó casi inmediatamente?» preguntó Nina.

«Bueno, una cosa son un par de balas que te traspasan el corazón, además aquel puede regenerarse rápidamente, y otra es tener un pedazo de plata, tipo una estaca, bien clavado dentro, ¿entiendes?»

«Bueno, sí creo que sea diferente...»

«¿Y el sol?» insistió Jude.

«La exposición prolongada al sol produce sobre ellos quemaduras amplias y dolorosas, hasta que no lleva a una verdadera combustión.

Es como si se tratara de una forma extremada de fotosensibilidad.

Algunas razas son más resistentes que otras a la luz del sol, y se dice que en muchos casos raros esta sea ineficaz.»

«¿Otros métodos para acabar con ellos?» preguntó Jude, que le había tomado gusto a la conversación.

«Cortarles la cabeza funciona siempre.

Mejor todavía si quemas los restos o los entierras en lugares separados.»

«¿Funciona de verdad?» dijo Angelique, algo escéptica.

«Jovencita, también un Highlander muere si le cortas la cabeza.»

«¿Una cosa?» preguntó ella, asombrada.

«¿Pero cuántos años tenéis?» respondió disgustado.

«¡El abuelito sabe un montón de cosas, es un pozo de saber!» exclamó Jude.

«Jovenzuela, ¿a quién has llamado abuelito?»

Kira levantó de repente la cabeza y descendió de las piernas de Nina, en las que se había acurrucado cómodamente.

Divisó la puerta con las orejas extendidas hacia atrás y la mirada fija.

Con los pelos de punta y la cola hinchada, comenzó a maullar intensamente.

«¡Mierda!» exclamó Jared.

«¿Qué pasa?

¿Por qué hace así?»

«Tenemos visita» reveló el cazador, abriendo el armero.

«¿Qué significa tenemos visitas?» gritó Jude, histérica, mientras Angelique no dejaba de hacerse la señal de la cruz.

«Está diciendo que...» osó Nina, mientras se tocaba la Triqueta que emanaba calor.

Como respuesta, Jared les pasó tres ballestas ligeras.

«Tomad esto.»

Con las manos temblorosas y un nudo en la garganta, las tres obedecieron.

«Disparad solamente cuando el adversario está cerca, y siempre a la altura del corazón.

Recargar es simple, basta con colocar la flecha y tirar hasta que dispare.»

Una vez simulada la recarga demostrativa con el arma de Nina, distribuyó unas flechas que las chicas se pusieron en el bolsillo.

Después apoyó sobre la mesa su escopeta con cañón recortado y dos largos

cuchillos, se aseguró de haber cargado su berreta en la pistolera y embrazó su ballesta de precisión.

Ruidos de pasos agitados se escucharon fuera de la puerta y de las ventanas.

Kira se acurrucó debajo de la mesa; Jared acomodó a las chicas en las esquinas, de modo que dos apuntaran hacia la ventana y una hacia la puerta de entrada.

«¡Recordad que aquellos bastardos no tendrán piedad de vosotras, por lo que vosotras no debéis tener piedad con ellos!»

La Triqueta de Nina continuó a calentarse, Angelique a temblar y Jude a decir palabrotas indecibles.

Jared se precipitó al panel eléctrico y accionó un interruptor; inmediatamente el exterior se iluminó como si fuera de día.

«Mi señor, poneros de una parte» exhortó Duncan, atento, mientras se protegía el rostro con el brazo.

La intensa luz inesperada obligó a Lord Gregor, austero e impasible, a dar unos pasos hacia atrás mientras los otros ocho Zmeu se colocaron delante de la puerta para realizar la irrupción.

«A la de tres» ordenó Duncan.

«Uno... dos...»

En lugar de tres, se sintió detrás de ellos el potentísimo estruendo de un motor rugiente y dos bruscas frenadas.

La llegada inesperada de dos coches había levantado una densa polvareda.

Cuando el vehículo se detuvo, seis personas rodeaban en fila la casa en posición de ataque.

«Saludos, Lord Gregor» dijo Christopher haciendo chirriar los dientes de la rabia.

El anciano realizó una mueca malvada.

«Los queridísimos hijos de Abraham.

Vuestro maestro os ha formado bien: aún estáis vivos.»

Realizó un breve gesto con la mano y los guerreros se pusieron en fila para enfrentarlos.

«¿Por qué has matado a nuestro anciano, pedazo de mierda?» preguntó Sting.

«¿Cómo osas a dirigirte de ese modo a nuestro señor?» replicó Duncan, furioso.

Lord Gregor levantó plácidamente tres dedos, callándolo, y explicó con una calma innatural:

«Morland, no sois digno de hablarme de ese modo así como de ser llamados

vampiros.

Sois desecho, que se nutre de basura y que se familiariza con la vulgar comida.»

«¡Comida que hará tu culo con aquella boca cuando te haya reducido en pútrido cieno!» le replicó Vans mientras apretaba las armas.

Se ganó una mirada de deleite de Alyna y una admirada de Sting.

Lord Gregor emitió una tétrica risotada gutural, y escudriñando a los cazadores uno por uno después centró su mirada en Christopher.

«Las elecciones de vuestro clan han sido siempre discutibles pero, cuando un simple compromiso se ha transformado en una escuálida alianza habéis superado el límite.

Abraham ha sido castigado y ahora lo pagaréis también vosotros.

Los Morland son blasfemos traidores de su misma raza y, por ello, serán exterminados del primero al último.»

Chasqueó sus esqueléticos dedos pálidos.

Seis Zmeu aparecieron en escena, mientras un séptimo se dirigió junto a Duncan hacia la entrada del chalet.

«¡Tenemos que detener a esos dos!» gritó Christopher agitando un par de veces la katana para concentrarse y prepararse al inminente duelo.

«El viejo sabe defenderse.

Librémonos de estos y después nos encargamos del jefe» le replicó Vans mirando.

Disparó.

El proyectil fue desviado por una magistral parada de un guerrero que se dirigió inmediatamente hacia Alyna.

Con un chasquido seco que resonó como un trueno, Alyna desenrolló su látigo y la lanzó contra su enemigo.

Con un movimiento sinuoso y preciso, la katana del Duergaris la cortó a cercén.

Y en un abrir y cerrar de ojos, la vampiresa extrajo dos puñales que le dieron apenas tiempo de empujar, en un baño de chispas, la terrible hoja de su adversario.

Lynn colocó una flecha, segura de dar en el blanco por la breve distancia, pero su adversario se retiró en tiempo y el dardo se le clavó en el antebrazo, haciéndole perder el arma.

La segunda flecha se le clavó en un hombro pero, en lugar de desalentarlo lo hizo enfurecer.

Rechinando los dientes, el Zmeu se le enfrentó un momento después que ella tirara al suelo la ballesta para desenfundar su grueso cuchillo de caza.

Después de haber inundado a su enemigo de agua santa, Gabriel empuñó la estaca por la punta de plata y la pistola.

Mientras la carne sobre el rostro del vampiro crepitaba, obstruyéndole la visión, Gabriel le disparó en uno de los corazones.

El Zmeu se arrodilló.

Gabriel se acercó para disparar el tiro de gracia, pero el vampiro, inesperadamente y al tanteo, lanzó un golpe lateral con su arma hiriéndole en el muslo.

Gabriel se cayó, con los dientes apretados para no ceder al dolor, y apuntó la pistola.

Otro rápido pasaje de la hoja golpeó el arma de fuego, lanzándola lejos.

Sin perder el ánimo, Gabriel alzó la estaca e intentó levantarse para impulsarse, pero la katana lo golpeó en el otro muslo, extendiéndolo en el suelo.

Gimiendo de dolor, lo miró animalesco y despiadado: uno de los ojos del Zmeu le intercambió una mueca cruel.

Lo veía.

Y se puso de pie para acabar con él.

Levantó la katana como si quisiera cortarlo en dos, pero se sobresaltó, paralizándose.

Gabriel lo vio abandonar el arma y caer a sus pies: por la espalda se asomaba el mango de un familiar cuchillo de caza.

Este se giró desesperado invocando:

«¡Lynn!»

Lanzando su cuchillo para salvar a su amigo, Lynn recibió un violento puñetazo en su rostro, que la tiró al suelo aturdida.

El Zmeu se le tiró encima: le agarró el cuello e inició a apretar como si quisiera triturárselo en miles de pequeños pedazos.

En presa del pánico y del sufrimiento, Lynn vio aquella expresión diabólica sobre el cielo estrellado oscurecerse.

Estaba muriendo.

En breves la tráquea cedería a la presión y se moriría ahogándose en su misma sangre.

Después un estruendo inesperado recorrió su consciencia, un estruendo cercano, diferente del fondo de hojas y disparos que hasta ahora había percibido.

Una tremenda explosión, hizo explotar por completo la cabeza del vampiro

cayéndole el cuerpo encima.

Sting sopló satisfecho el grueso fusil truncado y humeante que había tomado prestado a los cazadores.

Cuando Gabriel lo escrutó, lleno de gratitud, este le guiñó un ojo lanzándole la pistola que había perdido con la punta del pie.

Y después, muy rápido, apuntó el arma al Zmeu que tenía delante.

«¿Qué decíamos?» lo retó cargando el siguiente golpe con una mueca divertida.

El guerrero titubeó, apretando la mandíbula que casi parecía que se le rompían los dientes de la ira.

Después, el grito de dolor de Alyna le hizo girar: su adversario la había herido en el abdomen.

Aprovechándose de aquella situación, el Zmeu volvió al ataque.

Pero en el segundo paso que realizó, su tórax explotó esparciendo pedazos de órganos por todas partes.

«Jajaja, ¿has picado eh?» dijo el riéndose.

Besando el fusil añadió:

«¡Tu sí que sabes hacerme feliz, nena!»

«¡Detrás de ti!» le gritó Christopher.

Sting se giró protegiéndose con el arma.

Vio solamente una hoja surcar el aire, después un áspero rechinar de metales y la amarga constatación: un trozo de su fusil había sido cortado a cercén.

El Morland levantó los ojos lleno de furia hacia su adversario.

«Esto no deberías de haberlo hecho» gruñó.

Acomodó dulcemente el resto mutilado de la escopeta y se puso en guardia, colocando los puños delante del rostro.

«¡Adelante, luchemos!»

Pero el Zmeu esperó en el lugar.

Ojos bien abiertos, cayó hacia adelante visualizando a Gabriel, herido, que estaba siendo sujetado por Lynn.

Antes que iniciara la licuefacción, ella se agachó y del hombro del vampiro extrajo su estaca y su cuchillo recuperado.

Sting aspiró para hablar pero ella le mandó callar:

«¡Estamos igual, bonito!»

Le siguió otro grito.

Todos se giraron:

Alyna estaba arrodillada, a los pies del Zmeu, que estaba preparado para

cortarle la cabeza.

Antes que pudieran pensar en cómo intervenir, se escucharon cuatro disparos seguidos que le despachurraron los dos corazones.

Gracias a los proyectiles modificados, el Duergaris comenzó inmediatamente a licuarse.

Alyna lo miró con gratitud.

Pero Vans inspeccionaba a sus alrededores para entender en donde era que se encontraba el enemigo número uno y cruzó los ojos azules de Christopher.

Este, después de haber pateado la cabeza del adversario apenas decapitado, les hizo alusión hacia un punto preciso y después dijo:

«Sting, ocúpate de los heridos.

Nosotros acabaremos con los trozos de mierda.»

«¡Así se habla jefe!» lo incitó el, ayudando inmediatamente a Lynn a alejar a Gabriel y Alyna.

El y Vans se intercambiaron una mirada de entendimiento, después dirigieron una cargada de odio hacia Lord Gregor.

Al avistar desde la ventana dos vampiros que se dirigían a la puerta, Jared rompió rápidamente un cristal y disparó en una rápida secuencia dos tiros formidables.

El primer Zmeu, centrado en ambos corazones, se derritió como nieve bajo el sol en el umbral de la puerta.

Duncan irritado superó el cieno biológico y derribó la puerta impactándose violentamente.

En el interior de la casa tres gritos se alzaron al ver la figura del Zmeu aparecer por la puerta arrancada.

Este entró divisando inmediatamente a Nina.

«¿Dispara!» gritó Jared.

Sin pensarlo, disparó una flecha, golpeándolo en el objetivo.

Pasmado, Duncan se vio la flecha traspasarlo por el costado y se la arrancó, y avanzó rechinando los dientes.

Con la mano temblorosa, Nina se enredó en la febril búsqueda de una flecha de poder recargar.

Duncan casi la había alcanzado y Jared estaba listo para atacarla pero Angelique y Jude dispararon sus flechas.

La flecha de la primera se clavó en el borde la ventana, a pocos centímetros de la nariz de Jared, mientras que la de la segunda se le clavó en la ingle.

El vampiro se dobló del dolor, y mientras agarraba el cuerpo de la flecha, la

miró muy mal.

«¡No lo he hecho a propósito!» gritó Jude, con un falsete histérico.

Duncan se la extrajo, y arrojándola, tensó la punta de la katana hacia ellas.

«Os arrancaré a mordiscos esas...»

La cabeza le salió volando, aterrizando a los pies de Nina y Jude.

Esta última, gritando, la pateó aterrorizada para hacerla rodar hasta la mesa, en donde inició a descomponerse.

«Así se hace pelirroja» la felicitó Jared, guardando su largo machete sanguinolento, mientras Kira resoplaba desde debajo de la mesa, donde se había refugiado, contra el cieno espumoso.

Lord Gregor extrajo una katana de estilo antiguo, embellecida por un filo de plata pura en la hoja y por gemas en el mango.

Vans recargó el revólver, lo apuntó hacia él y disparó tres tiros que fueron neutralizados por la rápida rotación de la hoja.

«¡Mierda!» soltó vaciando el tambor, al no obtener un resultado mejor.

Christopher sujetó la espada y cargó contra el enemigo.

El Duergaris interceptó fácilmente su golpe.

Su técnica y su velocidad eran impresionantes.

Christopher entendió inmediatamente que no tenía muchas posibilidades en un duelo con un arma blanca, pero no se quedó atrás, pero, inmediatamente un azote del anciano le abrió un tajo profundo a la altura del hombro.

Perdió la espada.

«¡Ríndete!» gritó Vans con la pistola ya apuntada contra lo Zmeu.

«¡No, es asunto nuestro!» replicó Christopher, con dolor.

«¡Me siento honorado» afirmó Lord Gregor girándole la espada delante de su rostro.

«Quieres vengar a tu maestro y esto soluciona poco tu despreciable destino.

Mereces una muerte veloz.»

Preparó un aumento de velocidad, al que Christopher, delante del estupor de todos, no quiso esquivar: ofreció una apertura y se dejó herir en el abdomen.

«¡Aaah!» gimió.

La herida era dolorosa y la hoja ardiente.

«¿Qué es lo que sucede ahí afuera?» interrumpió Nina, preocupada por el lamento proveniente del exterior.

Realizó un paso ansioso, como si quisiera ir fuera a ver, pero sus amigas la agarraron a tiempo:

«¿Estás loca?»

¿Adónde crees que vas?»

«Jude tiene razón, ¡tenemos que permanecer unidas!»

«No puedo... tengo una mala sensación.»

Saltó.

«¡No, detente!» le gritó Jared.

«¡Vosotras dos, quedaros donde estáis!» intimó a las demás antes de seguir a Nina fuera, con la pistola en la mano.

Christopher colocó las palmas de la mano sobre la hoja, y a pesar que la piel crepitaba al contacto con el corte de la plata, la mantenía bien sujeta.

El Duergaris intentó extraerla, tirándola hacia sí, pero Christopher avanzó hacia adelante, haciéndose traspasar hasta que no llegó a agarrar el puño.

A este punto, se empujó, arrancando el arma de las manos de su adversario.

Gregor se quedó impresionado de aquel movimiento imprevisto, pero solamente por pocos minutos: un violento puñetazo se plantó sobre su cara, haciéndolo girar hacia un lado.

Una ligera neblina empezó a salir de su mejilla.

Contrariado fijó al hombre que había osado a tal.

«¡Y ahora coloca la otra mejilla!» exclamó Vans, cargando otro, pero se le anticiparon: el vampiro le devolvió uno que, por poco, no le desgarró la mandíbula.

El cazador acabó abatido en el suelo; Gregor se agachó y, agarrándolo por la garganta, lo levantó.

Vans se mantuvo a su brazo con la derecha, mientras con la izquierda buscó su fiel estaca.

Cuando los dedos se cerraron sobre la presa, tomó fuerzas y se lo clavó en el pecho del Duergaris.

El vampiro se sobresaltó, y después casi sin fatiga, lo lanzó lejos.

Vans aterrizó sobre un lado y rodó hasta las raíces de un árbol.

«¡No!

¡Vans!

¡Christopher!» gritó Nina, asolada.

«¡Regresa dentro!» gritó el, y después de haber tragado saliva, se quitó la hoja del abdomen, jadeando por el terrible dolor.

Una vez extraída, cayó de rodillas jadeante: las entrañas le ardían, emanando humo de la herida.

A pesar de la estaca clavada en uno de los dos corazones, Gregor no deba ninguna señal de sufrimiento ni de debilitamiento.

Sin pensárselo, se lanzó sobre Christopher, que estaba postrado de rodillas.
Fue un paso largo y rápido.

«¡NO!»

Nina alargó una mano contra él, como si quisiera intentar que se detuviera, y un extraño calor le atravesó el pecho recorriéndole el brazo hasta salir de la punta de sus dedos.

El vampiro, inesperadamente, se arrastró algunos metros hacia atrás, logrando a penas a permanecer en pie.

Ella, ruborizada, se miró la mano.

«Pero... pero qué cosa me ha...»

Jared le agarró la muñeca y después gritó desesperadamente:

«¡Ahora, raza de idiotas!»

Vans, desde el suelo, haciendo palanca con los codos, miró y vació todo su cargador sobre la espalda del Duergaris que cayó de rodillas.

Christopher se levantó del suelo, tendió bien las orejas y escuchó claramente el batido marcado del único corazón que le quedaba: era débil.

Podía resistir.

Recogió su arma y se acercó a su enemigo.

Desde arriba, pronunció:

«Solamente las razas que se adaptan a los cambios sobreviven.

Las demás están destinadas a extinguirse.»

«Traidor...» agonizó mientras de la boca le salía espuma mezclada con baba.

«¡Vete al infierno!»

Con un golpe sabio, elegante y giratorio, le separó la cabeza del cuello.

Siguieron largos momento de silencio, en el que todos fijaron al Morland, que estaba inmóvil delante del cadáver que se estaba en licuefacción.

Christopher tiró la katana y se confortó la herida abierta y sangrante que tenía en el abdomen.

Vans se levantó con fatiga y, cojeando, se le acercó.

«¿Estás bien?»

El vampiro asintió.

«¿Y tú?»

Miró sombrío el riachuelo de sangre que le colaba del labio partido.

Vans se frotó un poco, y al darse cuenta que era sangre, lo escrutó incierto y prevenido.

Christopher se echó a reír:

«No, no te saltaré encima instigado por el olor de la sangre, si es lo que te

estás preguntando.

Los Morland nos sabemos controlar.»

Vans esbozó una sonrisa.

«Bueno, no lo habría dicho.»

«Ni yo que al final hayas cambiado de opinión.»

«Ahora no exageremos, ¿eh?

Soy siempre un cazador y tú un mons... un Morland.»

Christopher realizó una sonrisa, que apenas fue intercambiada.

«Ok, ahora creo que tendremos...», apuntó el dedo pulgar hacia atrás, hacia los compañeros.

«¿Nos ayudaréis?» le preguntó el vampiro antes que se alejase.

Vans dudó y miró a Jared que sentenció:

«Nosotros respetamos los pactos.

Tendréis la información que andáis buscando.»

Capítulo 21 – A Cada Uno lo Suyo

[sumario](#)

Después de haber limpiado el claro situado delante de la casa y cosido las heridas de Gabriel, Jared se dirigió al lugar donde tenía su ordenador.

Garabateó una dirección en un pedazo de papel y lo plegó, para después precipitarse fuera del chalet, donde los Morland esperaban, inmóviles, su regreso.

«¿Quién de vosotros es el que manda?» preguntó.

Christopher realizó un paso hacia adelante.

«Esta es la información que estabas buscando, bien fresca proveniente de nuestra sede separada.»

El vampiro asintió con deferencia y agarró la hoja de papel que Jared inicialmente no soltó.

«Escúchame bien» dijo serio, «lo sabemos que era vuestro interés eliminar a los Duergaris, y con gusto hemos hecho la parte de los tontos porque nos estaba cómodo; pero tontos no somos, ¿entiendes?»

«Entiendo» respondió seco.

«No me entusiasma la idea que un clan de vampiros se haya establecido en mi ciudad, pero entre todas las razas que existen, vosotros pertenecéis a aquella que menos detesto, por lo que he decidido aceptaros, siempre que caminéis derecho.»

«Ahórrate la tolerancia» objetó Sting, «no tenemos intención de quedarnos.»

«Habla por ti» replicó Alyna, mientras miraba a Vans que estaba apoyado con el hombro apoyado sobre la viga del pórtico.

Christopher habló:

«Nunca ha sido nuestra intención, sino al contrario.

Abraham nos enseñó a convivir civilmente.»

«Lo veremos» concluyó Jared, abandonando el papel.

Christopher lo agarró y controló la dirección.

«¿La información es segura?

El lugar es muy cerca»

«Es más que segura.

Es desde hace un poco de tiempo que mis secuaces controlaban esa villa por precaución.»

El vampiro asintió, después hizo un gesto a Sting y a Alyna de retirarse.

La vampiresa lanzó a Vans una mirada intensa, seguida por una sonrisa maliciosa, e hizo golpear fuertemente aquello que quedaba de su látigo antes de

colocárselo en el cinturón.

Sting miró de reojo a Jude, que estaba al lado de Nina, en el umbral; aspiró para decirle algo, después, con media sonrisa y un gesto imperceptible de la cabeza, la saludó.

Ella interpretó aquel gesto, que esperaba con una cierta e insólita ansia, pero cuando lo recibió no le dio satisfacción: no le intercambió el saludo, sino que le desvió la mirada desinteresada.

Christopher se acercó a Nina; Vans, sabiendo sus intenciones, aguzó los sentidos.

«¿Estás bien?» preguntó el vampiro.

«Cla-claro, estoy bien.

Solamente fue un gran susto pero no tengo ni un rasguño, por suerte.»

«No me refería a eso.

Debió de sucederte algo de extraño que te veo turbada.»

«No sé de qué estás hablando...»

«Lord Gregor.

¿Ha huido por tu culpa, verdad?»

La joven se asombró al oír estas palabras.

El joven se rectificó.

«¿Has sido tú?

Explícame cómo diablos has hecho.»

Instintivamente, Nina se llevó una mano al pecho, intentando dar una explicación lógica que en absoluto tenía.

«Yo... no lo sé» admitió cabizbaja.

«Lo que has demostrado no es una habilidad que la gente común posee.

Podría ayudarte a comprender de que se trata, y quizás enseñarte a controlar tu insólita capacidad» propuso Christopher.

«Me ocuparé yo de la cuestión» interrumpió Jared.

«Tengo más experiencia, y no estoy implicado personalmente.»

«¿Pero?...» probó a replicar Vans.

«Intentaré comprender que ha generado aquel evento, pero no esta noche.

Las chicas han pasado muchos peligros y han visto demasiado por hoy.

Es tarde y sus familiares podrían iniciar a preocuparse, y quizás llamar a la policía.»

Solo en ese momento Nina se dio cuenta de lo tarde que era, y del hecho que no había advertido a nadie.

«Quizás es mejor llamar a Angelique, que está arriba.»

«Voy yo.

¡Mmm, chiquillas que deben llegar temprano a casa!» replicó Jude.

«Yo os acompaño» la tranquilizó Vans, «en este momento Gabriel está viajando con toda aquella morfina que ha tomado.»

«Está bien, nosotros tenemos que irnos, Nina» dijo Christopher.

«Tenemos que llegar a nuestra nueva morada antes de que amanezca.

Espero verte pronto.»

«Gra-gracias, yo también lo espero» respondió ella, enrojeciendo.

Los tres vampiros montaron en el coche y abandonaron el chalet.

Apenas se alejaron, Vans hizo montar en su vehículo a las chicas pero, antes de partir, preguntó a Jared.

«¿Hemos hecho bien en perdonarles la vida?» preguntó confundido.

«¿Has escuchado alguna vez aquel proverbio que dice:
es mejor malo conocido que bueno por conocer?»

«No me refería a esto, sino el hecho que hay demasiado cosas que no me cuadran.

Abraham, su anciano maestro, ha sido asesinado por Lord Gregor porque, según he entendido, había iniciado a colaborar con ellos.

¿Sabes algo al respecto?»

«¡No sé qué es lo que está pasando por la cabeza de aquellos monstruos y tampoco quiero saberlo!» replicó Jared, arisco, escapando de la mirada de Vans.

«¿Y de Nina que piensas?» insistió sospechoso.

«Seguro no es un monstruo, pero aquello que ha hecho no es de humanos.»

«Quizás posee alguna reliquia extraña y ni ella lo sabe.»

«O practica magia, no le veo ninguna otra explicación.»

«En tal caso, tenemos que controlarla.

La magia puede ser fuente de corrupción, y la sed de poder puede trastornar incluso a la mente más ingenua y pura» concluyó Jared.

Siguieron algunos instantes de total silencio, roto solamente por los golpecitos que daba Angelique a la luna posterior del coche.

«¿Por qué tengo la sensación de que me estás escondiendo algo?»

«Porque el golpe que te diste contra el árbol debió de ser más fuerte de lo previsto.

Acompáñalas a casa y después de regresa pronto: tú también debes descansar.»

Poco convencido, Vans asintió y se dirigió hacia el coche.

Cuando esta desapareció al final de la calle, Jared controló los restos de los

vampiros y se ocupó de ocultar el material que no había dado fuego.

Inmediatamente el ojo le recayó sobre la misteriosa katana.

«Gira a la derecha» ordenó Christopher.

«¿Estás seguro?

La villa de Abraham está más cerca que aquel lugar.»

«Sí, pero nosotros llegaremos a Riverfalls antes que amanezca, especialmente si aceleras.»

Sting aceleró.

Durante el trayecto, quiso aclarar una cuestión que no acababa de convencerle:

«¿Podemos fiarnos de aquellos cazadores?»

«Existe una tregua entre nosotros; podemos estar tranquilos, al menos durante un periodo.»

«No juraría por ellos, pero creo que podrían sernos útiles de algún modo, antes o después» comentó Alyna.

Una hora más tarde, los tres llegaron al lugar indicado por Jared.

Los restos de aquella que un día fue una enorme villa, se recortaban miserablemente delante de ellos, reducidos a un cúmulo de vestigios ennegrecidos.

«¿estás seguro que este sea el lugar?

A mí me parece un amasijo de viejas ruinas» sentenció Sting, mientras apartaba algunos detritos.

«Estoy seguro, y no creo que los cazadores no estuvieran actualizados acerca de sus condiciones.

Tú también has escuchado que decían que los tenían controlados.»

«Aquí recientemente ha habido un incendio» intervino Alyna, «quizás las noticias no eran recientes.»

«¡Y por tanto estamos en la mierda!» dijo Sting.

«Claro, podíamos imaginarlo que los Duergaris habrían atacado el clan y eliminado a sus componentes, al menos nos ahorramos de acabar asados exactamente entre...»

«¡Identificaros si no queréis que el polvo de vuestros cuerpos se mezclen con los de la villa!» ordenó una voz de mujer a sus espaldas.

Los tres se dieron la vuelta.

En pie sobre la capota del coche deportivo de Sting, una vampiresa de ojos claros y pelo negro azabache presidía el lugar empuñando una larga espada en la mano, y una pistola berreta automática en la otra.

«¡Oye, nena, ante todo quita esos tacos de aguja de mi capota que me la rayas!» gritó Sting, con tono beligerante.

Christopher lo detuvo, interponiendo un brazo.

«Somos los secuaces del anciano Morland, Abraham Tasker. explicó Alyna.

«Nuestro anciano ha sido asesinado por el clan de los Duergaris y hemos venido hasta aquí para pedirnos de poder uniros a vosotros.»

«¡Bien, cuéntale toda nuestra vida!» le reprendió Sting.

«Ella es la anciana, ¿es posible que eres el único que no se ha dado cuenta?» le reprendió Christopher.

Sting la fijó con mayor atención.

La vampiresa se acercó, lentamente, sin guardar las armas.

Los inspeccionó de cerca, observándolos atentamente en los ojos y sopesándolos con la mirada.

Cuando la tenía delante, Sting depositó la mirada en el canalillo que se creaba entre sus senos, muy ceñidos por el traje negro de piel que vestía.

Ella le acomodó el mentón con el cañón de la pistola y dijo:

«Soy Katrina, la anciana del clan, única superviviente del ataque de los Duergaris.»

Mostró a los tres un tatuaje que tenía en el interior de la muñeca, muy similar a aquel que tenía Abraham.

«Mis secuaces combatieron hasta el final, permitiéndome abandonar el campo.

Mis enemigos eran muy numerosos y nos pillaron por sorpresa» reveló sin transmitir ningún tipo de emoción.

«Han intentado también de matarnos a nosotros, varias veces, pero nos hemos vengado:

Lord Gregor está muerto, junto a su clan» comunicó Christopher.

«¿Cómo habéis hecho?

«¿Y quién os ha dado la información para encontrar este lugar?» preguntó dudando.

«Hemos asistido a la operación de quién nos ha dicho donde poderos encontrar» se limitó a decir Alyna.

Katrina cerró los ojos para reflexionar, después los analizó de nuevo, uno por uno, y replicó:

«Yo no he podido hacer nada.

Los Duergaris eran muchos, y este lugar ya no es más secreto.

Además, como podéis ver, no queda nada de aquella que un tiempo era mi

morada.»

«La villa de Abraham Tasker es espaciosa y segura.

Mira qué casualidad que se acaba de liberar la suite» dijo irónico Sting.

«Venga con nosotros, estaremos todos más seguros» propuso Alyna.

«Podrá contactar a los ancianos y comunicarles que los Duergaris han roto la tregua, al atacar dos refugios de nuestro clan» precisó Christopher.

La vampiresa volvió a enfundar la espada y después la pistola.

«Está bien, vendré con vosotros.

Pero que quede claro, que a partir de este momento, el jefe soy yo.»

Los tres asintieron con diferentes grados de convicción.

«Creo que sea mejor alejarse rápidamente de aquí: aunque los Duergaris han destruido el lugar podrían regresar» propuso Christopher.

«¡Además el sol está por freírnos a todos!» exultó Sting, socarrón.

«Le ayudaremos a recoger sus cosas» dijo Alyna, con tono reverencial.

«Todo aquello que poseo es lo que llevo conmigo» aclaró Katrina.

«Bueno, no me parece cosa de poco...» comentó Sting, lascivo.

Epílogo

sumario

«¿Te molesta si hago una pequeña desviación?

Quisiera pasar a un lugar, una cosa rápida» dijo Gabriel, mientras conducía la furgoneta de Jared.

«¡Uffa, tengo hambre, y de aquí a casa las pizzas se enfriarán!» replicó Lynn.

«Solo un par de minutos, te lo prometo» dijo implorante.

«Está bien, desvía» respondió ella sonriendo.

El joven condujo hasta una larga hilera de chalets adosados situado en un barrio tranquilo, limpio y acogedor.

Se detuvo y en lugar de abrir la puerta, se detuvo y agarró el teléfono móvil.

«¿Qué haces, no vas a visitar a tu amada?» preguntó ella, sorprendida.

«Ehm, no.

No es mi amada, solamente es que... quisiera saber cómo está.

Y presentarme ahí, delante de su familia, no me parece lo más apropiado.

Al teléfono es más simple y acabamos antes» marcó el número, sin dar tiempo a Lynn de molestarlo más.

Angelique respondió después del tercer tono.

«Hola, soy Gabriel, quiero saber si va todo bien...»

«¡Hola!» dijo Angelique desde el otro lado, «Estoy contenta de sentirte.

Sí, todo bien.

Ahora que la historia ha acabado, estoy más tranquila.»

«Perfecto, estoy contento.

Bueno, eso es todo, ahora te dejo que tengo prisa, estamos en contacto.»

«¡Estamos aquí afuera, si quieres baj... ups!»

La frase de Lynn es interrumpida por una mano que le tapó fuertemente la boca.

«¿Quién está contigo?»

«Nada, no hagas caso, es aquella loca de mi amiga cazadora» dijo quitando importancia a los hechos y fulminando a Lynn con la mirada.

«De todos modos, si un día de estos te va que nos veamos, para mí sería un placer.»

Gabriel se echó a reír casi embriagado por aquellas palabras.

«A mí también.

Entonces hasta pronto.»

«Hasta pronto.

Adiós.»

El joven colgó, giró su sonrisa hacia Lynn que le devolvió otro de broma, después malhumorado arrancó el vehículo.

«¡Espero que esas pizzas te manchen los pantalones de grasa! ¡Arpía!»

«Oye, por qué no tomas la segunda calle a la derecha, de ese modo llegaremos antes» propuso ella, sin replicarle.

«Uhm, no me parece que sea más breve, por ahí pasamos por...» Se quedó mudo y, con una tímida sonrisa, siguió las indicaciones.

El sol ya se había puesto, las luces en el interior de las casas estaban encendidas, incluso aquella de la habitación de Jude.

Lynn se asomó por la ventanilla, mientras Gabriel disminuía de velocidad.

Fue un momento, apenas para esbozar una breve sonrisa y darle rápidamente al joven la orden de continuar.

«¡Ya llegaron las pizzas!

Si está fría, es culpa de Gabriel» dijo Lynn, mientras había la puerta del chalet.

«¿Qué ha sucedido a mi navegador?

No me digas que te has confundido de calle.»

«De hecho sí, está un poco perdido...» lo picó ella.

«¡Dame un pedazo, tengo hambre!» soltó Jared.

«¿Has comprado las croquetas para Kira?» preguntó Vans.

«Claro que las he comprado, para gatas adultas con problemas de peso, y también anti-bolas» respondió paciente con tono soso.

«Esa gata come mejor que nosotros» constató Jared.

«¡Venga pásame la pizza!» lo exhortó Vans.

«A ver... pimientos y salchicha es la tuya; jamón y champiñones para Jared; caprichosa para Lynn, y la vegetariana es la mía.»

«¡Vegetariana, que tristeza!» comentó el amigo.

«¡Calla y come!»

Los chicos comenzaron a cortar las pizzas, mientras Jared ponía sobre la mesa las cervezas y la Coca-Cola.

«Uhm, Jared, ¿has entendido algo que puede explicar los poderes de Nina?» preguntó Gabriel entre una bocanada y la otra.

Vans aguzó el oído.

«¿Quieres decir si se trata de reliquias o de algo diferente?

Aún no, pero no renuncio» respondió concentrando la mirada sobre su pizza.

«Quizás la chica posee cualquier poder paranormal innato, todo es posible» supuso Lynn, después de un largo trago de cerveza.

«No me la imagino como bruja» observó Gabriel, que fue inmediatamente fulminado por la mirada de Vans.

«Quiero decir que no me la imagino como practicante de magia» precisó con un tono más moderado.

«Sea lo que sea, lo descubriremos, como siempre hemos hecho.

¡Ahora comed!» intimó Jared, mientras bebía a tragantadas un copioso trago de cerveza.

Clarissa apenas había acostado a George cuando Nina, para llegar a su habitación pasó delante.

«Tesoro, ¿ya vas a dormir?» preguntó la madre con un hilo de voz, mientras cerraba la puerta.

«Sí, estoy un poco cansada.»

«Estoy segura: ti ha cambiado el biorritmo después de aquella noche en la que entraste tardísimo, y sin ni siquiera advertirnos» replicó ella.

«Mamá, creo que ya te he explicado cómo han ido las cosas, ¿no?» con tono fastidioso.

Clarissa la empujó hasta su habitación, donde pudo continuar la conversación con un tono de voz lo más indicado como para manifestar su indignación.

«¡No te creas que ahora, solamente porque has cumplido dieciocho años, puedes hacer lo que quieras!

Me parece bien que tengas tus espacios pero no estoy de acuerdo en que no nos informes de aquello que haces.

¡Tu padre y yo estábamos preocupados!»

«Sí claro, papá duerme en el sofá como un perezoso invernando cada vez que entro a casa.

Si esto demuestra cuánto está preocupado por mí, entonces no deberías alarmarte.»

Clarissa suspiró.

Nina se sentó en la cama.

«Yo y tu padre te queremos, y nos preocupamos por ti.

No creo que pido tanto si solo quiero saber adónde vas y cuando regresas, especialmente si mañana tienes clases»

«Has olvidado con quién estás, esa es la verdadera pregunta.»

«Escucha» dijo paciente, sentándose a su lado y apoyándole las manos sobre los hombros.

«El mundo allí afuera es más despiadado y terrible de lo que piensas.»

«¡Créeme que ya me he hecho una idea!»

Inmediatamente después, se mordió el labio pensando en cuánto fue inoportuno haber dicho una frase similar.

«¿Qué significa?» preguntó la mujer, alarmada.

«Significa que estoy cansada, he tenido una jornada larga y pesada, y que quiero descansar: eso es todo» dijo inmediatamente.

«Está bien, tesoro, pero no creas que aquí queda todo.»

Mañana volveremos al discurso, y no pienses que me he creído las excusas que me has dicho la otra noche.»

Le acarició el rostro, con un gesto dulce y cariñoso, en total contraposición con el rostro tenso y contraído, acto seguido Clarissa abandonó la habitación.

Dio un rápido vistazo al piso de abajo: su marido miraba la televisión sentado en el sofá, con un ojo abierto y otro cerrado.

Después se dirigió a la pequeña biblioteca que estaba al final del pasillo, encendió la luz y cerró la puerta.

Tiró uno de los pesados libros situados en la última estantería, al que llegó de punta de pie y, pocos instantes después la pared se movió dejando ver detrás de ella una pequeña alcoba.

La mujer, con las manos colocadas en la cintura, empezó a mirar los tomos, las ampollas y los amuletos situados de frente a ella.

Tomó el teléfono móvil y marcó el número de su madre.

El aparato sonó varias veces antes que la anciana mujer se decidiera responder.

«Clarissa, ¿qué es lo que pasa de urgente para llamarme a esta hora?»

«Temo que un clan rebelde se haya establecido en Persépolis» respondió, seca.

El tono de Agatha se volvió grave:

¿Duergaris?

«Por qué lo piensas?» preguntó agarrando con fuerza el auricular.

«Un contacto mío de la policía me ha hablado de tres homicidios producidos con modalidades sospechosas.

He probado ponerme en contacto con Abraham, pero sin ningún resultado, además... desde hace varias noches la Triqueta de Nina emana calor.»

«Signo de que se ha relacionado con vampiros hostiles» sentenció la anciana.

«Tenemos que indagar acerca de estos eventos y vigilar la Lágrima con extremada precaución.

Creo que es el momento que Nina lo sepa.»

«Son años que te lo repito: debes revelare su verdadera naturaleza y los secretos de nuestra familia.»

Con el rostro tenso y la expresión contraída, Clarissa asintió.

Nina estaba por apagar la luz del velador de noche, cuando su teléfono, situado en la mesilla, comenzó a vibrar insistentemente.

Ella lo agarró y, sin mirar el número, se lo llevó a la oreja:

«¿Aló?»

«Hola, Nina.

Soy Tony.»

«Hola» respondió ligeramente desilusionada por las falsas expectativas.

«Disculpa que te llame a esta hora, pero quería saber cómo estabas.

Desde hace días que te veo extraña en clase, tienes una expresión indescifrable.»

«Está todo bien, me parece de haberlo repetido demasiadas veces últimamente, así que perdóname pero es tarde y quiero dormir.

Adiós» lo liquidó.

Volvió a colocar el aparato en su lugar y buscó impaciente el interruptor de la lámpara, cuando el teléfono vibró de nuevo; lo agarró rabiosa.

«¡Creo que he sido clara, no me molestes!» gritó.

«¡Ei, cálmate, bonita!» respondió Vans.

«¿Vans?

¿Eres tú?

¡Disculpa, no la tenía contigo!» se justificó rápidamente.

«Menos mal.

¿Es que acaso tienes un admirador que te acosa?

Me imagino que una chica como tú debe tener muchos.»

«Bueno, quizás uno o dos; ¿acaso quieres unirte a la lista?» lo provocó.

«No, la verdad es que no es mi estilo.

Quería saber cómo estabas y si te había pasado algún episodio extraño durante la jornada.»

Nina tomó aliento y exhaló paciente:

«Estoy bien, y no, no me ha pasado nada de extraño.

No he asustado a nadie, no he levitado ni echado fuego por la boca o por otros lugares.»

«Bien, bien.

Comprenderás que ha sido muy extraño aquello que hiciste la otra noche.

Tenemos que vernos para intentar entender que es lo que no cuadra.»

«¿Es tu manera para pedirme una cita?

Porque en tal caso no hace falta que busques estúpidas justificaciones: pídemelo y basta.»

Sonrojó de frente a su descaro.

«Bueno, antes tenemos que entender lo que te ha pasado, ¿estás de acuerdo?»

«Creo... creo que sí.

En efecto creo que no he valorado lo suficiente la cuestión, pero ello no significa que no quiera aclarar los hechos.

¿Puedes ayudarme a entender la situación?»

«Claro, fíate de mí.»

«¿Fiarme?

En el fondo apenas te conozco, y no me pareces un tipo demasiado recomendable» dijo con tono irónico.

«Es verdad, no deberías fiarte de nadie, ni de nosotros cazadores ni de los vampiros.

Y tienes razón en decir que no soy un tipo recomendable, de hecho no lo soy.

Pero espero ganarme tu confianza con los hechos que, al fin y al cabo, son lo que de verdad cuentan.

Y después, con las palabras nunca he sido bueno.»

«A mí no me parece que lo haces tan mal... de todos modos, gracias, Vans.»

«Aún no me des las gracias, todavía no tenemos respuestas, pero verás que pronto sabremos algo.

Te llamaré, buenas noches.»

«Buenas Noches.»

Sonriendo, se echó pesadamente sobre el cojín, y con los dedos entrelazados detrás de la cabeza, suspiró a fondo.

Su pecho se hinchó de aire, que después expiró de un soplido.

«Quizás un poco de confianza se la merece» murmuró con apenas un hilo de voz.

Por último alcanzó la lámpara y apagó la luz.

Un ligero ruido en el techo llamó por un instante su atención.

La triqueta se volvió templada, pero ella no le dio demasiada importancia tal y como estaba perdida en otros pensamientos.

Christopher, con un salto elegante, se tiró del techo de la casa de Nina.

Había escuchado toda la conversación y, no le había gustado el hecho que Vans se le había anticipado, después se dirigió hacia su moto.

No tenía que estar ahí, y no lograba pensar en ella.

Montado en la silla, se puso el casco y, antes de partir, lanzó un último vistazo al segundo piso de la villa.

Alyna paseaba nerviosamente hacia adelante y hacia atrás en la sala del piso inferior.

«¡Ei, basta!

El ruido de tus tacones me disturba» dijo Sting, impaciente, y aumentó exageradamente el volumen de la televisión.

«¡Con el oído que tienes, no hace falta todo este estruendo!» replicó ella.

«Quizás, pero es que a mí me gusta escuchar bien todos los chistes y hasta los ruidos ambientales, mientras tus tacones de puta no me interesan una...» se bloqueó de golpe para admirar la andadura sinuosa de Katrina que ocupaba las escaleras, directa en el piso superior.

«Me retiro a mi habitación, intenta hacer menos barullo aquí abajo» ordenó.

«¡Sí, señora!» respondió el.

Pocos instantes después, apenas ella desapareció de su vista, Christopher abrió la puerta de entrada.

«¡Bienvenido» lo acogió Sting, sin quitar la mirada del vídeo.

«¿Dónde habías ido?» preguntó Alyna.

«No es asunto tuyo» replicó seco.

«¿No habrás ido a ver a esa niña?»

¡Esa es una bruja!

Es inútil que demos rodeos, es mejor hablar claro» decretó Alyna, llamando la atención de Sting y las iras de Christopher.

El vampiro la agarró por el cuello y la elevó del suelo para adherirla con fuerza a la pared.

«¡No oses hablar de este modo de ella!» soltó rabioso, cara contra cara, mostrándole los dientes.

Ella respondió con una sonrisa maliciosa: aquel temblor de miedo la había excitado.

«¿Y si no?» la retó ella, lánguida.

Irritado, soltó la presa y, sin darle otras atenciones, alcanzó las escaleras para dirigirse a su habitación.

Alyna, contrariada, se dirigió a Sting:

«¿Tú también lo piensas?

¡Di que lo piensas!»

«¿Que eres una idiota masoquista sexualmente reprimida?

Claro que lo pienso.»

Llena furia, la vampiresa estaba por tirársele encima con intenciones asesinas, cuando el añadió:

«Quizás la jovencita no es una bruja, pero lleva algo de extraño en el cuello o, mejor, entre las tetas.»

Christopher se detuvo en mitad de la rampa.

«Yo controlaría pero quizás prefieres hacerlo tú.»

Christopher resopló y se retiró a su habitación.

Alyna hizo lo mismo, pero no antes de haber tomado una bolsa de transfusión, nutrición extra de la que tenía necesidad para calmar los nervios.

Una vez que se quedó solo, Sting bajó el volumen y, durante un minuto, reflexionó en cómo emplearía la noche.

Divisó la puerta con la mirada fija.

Tenía unas ganas inesperadas e imprevistas de dirigirse a la ciudad, a casa de Jude, entrar en su habitación por la ventana, tirarla sobre la cama y tener sexo con ella.

Deleitándose con la idea, apagó la televisión y se levantó del sofá.

Se dirigió hacia la puerta pero se detuvo de repente antes de alcanzarla.

Sacudió la cabeza, como para convencerse de no tener necesidad dos veces de la misma humana para apagar sus apetitos, por tanto volvió sobre sus pasos, volvió a encender la televisión y se echó pesadamente en el sofá.

En aquel preciso momento, Jude se levantó de repente de la cama, como si alguien la estuviera llamando.

Se asomó por la ventana y miró hacia afuera, esperando que algo o alguien se le apareciera, pero no había nada, al menos no aquello que esperaba encontrar.

Mientras Christopher y Alyna hurgaban en sus habitaciones y Sting miraba una de sus series preferidas, Katrina intentaba escribir en un pergamino una larga carta.

Cuando acabó la obra, selló el pergamino con cera negra.

Abrió la ventana e inmediatamente una lechuza se posó majestuosa en el antepecho.

Ella ató la carta a la pata del rapaz nocturno, sin que esta mostrase ninguna señal de renuencia.

Una vez finalizada la obra, pronunció:

«Vuela.»

El rapaz se echó a volar.

La vampiresa anciana cerró la ventana y permaneció a escrutar la noche desde detrás de un espeso cristal.

Notas del Autor

[sumario](#)

Un enorme saludo a ti que has acabado de leer mi novela.

Espero que haya sido de tu agrado, regalándote plácidas horas de lectura.

Mi intención era con este primer volumen “Los Guardianes de la Lágrima”, introducir los diferentes personajes que dan vida a la historia, sus primeras interacciones significativas y la base en la que se desarrollará la historia.

He querido ser críptico en diferentes aspectos de la trama, que me espero, pueda ser fácil de interpretar y en parte dar pie a indicios y a información oculta que he aportado a lo largo de toda la obra.

El segundo volumen de la serie se publicará entre otoño/invierno del 2014.

Gracias por haber leído mi novela.

Simone Lari

*Si deseáis contactarme, mi dirección de correo electrónico es:
laron.gr@hotmail.it*

Estaré encantado de responderos.

Agradecimientos

[sumario](#)

Quiero agradecer a las personas que me han ayudado a realizar esta obra:
Lorena laurenti por la preciosa portada y **Mara Fontana** por los útiles consejos
y por las valiosas contribuciones a la novela.

[Inicio](#)

Table of Contents

[Capítulo 1 – Los Dieciocho Años de Nina](#)

[Capítulo 2 – Vans y Gabriel](#)

[Capítulo 3 – Christopher y Sting](#)

[Capítulo 4 – Festejos](#)

[Capítulo 5 – Sol Negro](#)

[Capítulo 6 – Un Callejón Abarrotado](#)

[Capítulo 7 – Encuentros Imprevistos](#)

[Capítulo 8 – La Villa de Abraham](#)

[Capítulo 9 – El Chalet de Jared](#)

[Capítulo 10 – Regreso en Punta de Pie](#)

[Capítulo 11 – La Guarida de los Duergaris](#)

[Capítulo 12 – Solicitud de Mediación](#)

[Capítulo 13 – El Contacto](#)

[Capítulo 14 – Sombras Grises](#)

[Capítulo 15 – Una Comida Difícil](#)

[Capítulo 16 – El Acuerdo](#)

[Capítulo 17 – Forma Parte de Mi Trabajo](#)

[Capítulo 18 – Interludios Interesantes](#)

[Capítulo 19 – El Refugio del Enemigo](#)

[Capítulo 20 – Contraataque por Sorpresa](#)

[Capítulo 21 – A Cada Uno lo Suyo](#)

[Epílogo](#)

[Notas del Autor](#)

[Agradecimientos](#)

[sumario](#)

[Inicio](#)